



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

3

DIALOGO VITAL: NUESTRA BELLA ELIF





PROLOGO

Diálogo Vital 3: Nuestra bella Elif es el tercer volumen de la Serie DIALOGO VITAL de la Biblioteca Inteligente.

La Serie DIALOGO VITAL consta de 10 volúmenes diseñados para niños pequeños que tanto necesitan del amor y del calor que nos brindan los animalitos con los cuales compartimos nuestra casa, nuestro planeta.

Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

- DIALOGO VITAL 1 ¡Muy bien Muchacho!
- DIALOGO VITAL 2 Molly Bottomless
- DIALOGO VITAL 3 **Nuestra bella Elif****
- DIALOGO VITAL 4 El Shequel y su pandilla
- DIALOGO VITAL 5 Un día con Porcel
- DIALOGO VITAL 6 Con vosotros. . . ¡El George Frankenstein!
- DIALOGO VITAL 7 OVNIS y Extraterrestres
- DIALOGO VITAL 8 Una familia muy normal
- DIALOGO VITAL 9 El Cuchicito Higinio
- DIALOGO VITAL 10 Diálogo con nuestros semejantes

* * *

La Serie DIALOGO VITAL, trata del diálogo con nuestros semejantes y hace resaltar nuestra responsabilidad para con los seres humanos, con los extraterrestres, con los animalitos y con los seres virtuales como es el caso del George Frankenstein con quien el diálogo se torna conmigo mismo.

Diseñé la Serie DIALOGO VITAL movido por la partida de Higinio Peña de Cuéllar, el abuelito de mi hija Lili Ester y padre de mi esposa Amanda, que el 8 de mayo del 2017 pasó para estar en la presencia del Señor a los 87 años de edad. Con este motivo difundimos a petición de nuestros seres queridos su historia, *El Cuchicito Higinio*, seguida de las demás historias de la Serie relacionadas con su memoria.

La Serie DIALOGO VITAL contiene mayormente de historias infantiles. Por lo mismo, se complementa con los volúmenes *Historias de Infancia 1-5* insertos en la Serie SHILICOLOGIA de nuestra página web Biblioteca Inteligente.

* * *

Diálogo Vital 1: ¡Muy bien Muchacho! es la historia de un hermoso hámster dorado al cual mi hijita le puso por nombre, Shadow. Su epíteto “Shadow Internacional” se debe al hecho de que por varios años me acompañó en mis viajes La Paz-Lima-La Paz, dos veces cada año. Buena parte de las historias tratan de esos viajes y las aventuras que significaron.

Diálogo Vital 2: Molly Bottomless es la historia de una perrita Cocker Spaniel a la cual mi pequeña hija Lili Ester le puso como nombre, Molly, nombre de su artista favorita de rock. Y lo de Bottomless se debe a que le cosió un chalequito chiquito, muy halajita, y como se olvidó de coserle un calzón, la perrita parecía una sensual belleza brasilera.

Diálogo Vital 3: Nuestra bella Elif deriva su título de su historia inicial sobre Elif, una hermosa perrita Poodle que llegó a nuestro hogar en circunstancias providenciales. Esta vez fue su abuelita Amanda quien le puso como nombre, Elif, nombre turco de mujer, no porque tengamos alguna relación con Turquía, sino porque ella es fanática de las telenovelas turcas. Elif es un nombre que llevan las mujeres más bellas de Turquía. Simplemente no hay Elif que no sea linda.

El resto del volumen incluye historias de perritos, entre los que destaca Shequel del cual sin duda te enamorarás.

Diálogo Vital 4: El Shequel y su pandilla es un desfile de seres admirables precedidos por Shequel, un perrito cuya historia conmovedora tiene grandes lecciones para todos los seres humanos.

Diálogo Vital 5: Un día con Porcel deriva su título de su historia inicial sobre una hermosa gatita que vino a formar parte de mi vida. El resto del volumen incluye historias de todo clase de animalitos que solemos tener en nuestras casas como regalones o mascotas.

Diálogo Vital 6: Con vosotros. . . ¡El George Frankenstein! ya no es sobre animalitos sino sobre un ser humano virtual cuyo misterio sin duda querrás develar, porque él es quien está más cerca de mi alma.

Diálogo Vital 7: OVNIS y Extraterrestres es un volumen que trata sobre los seres tan parecidos a nosotros que nos visitan provenientes de las estrellas. De que los hay, los hay; y a pesar de que no he visto a ninguno, quizás yo soy el único ser humano en la Tierra que se ha propuesto orar por ellos, para que nuestro Creador dirija sus pasos milenarios hasta el momento en que nos encontremos de manera personal en la parusía.

Diálogo Vital 8: Una familia muy normal es la historia de los miembros de mi familia. Pero para uno de ellos hemos preferido escribir un libro entero: El abuelito Higinio. Con las relaciones dentro de nuestra familia ilustramos la realidad del diálogo con nuestros semejantes. En realidad, la Serie DIALOGO VITAL fue designada originalmente con la expresión: “Diálogo con nuestros semejantes”.

Diálogo Vital 9: El Cuchicito Higinio fue un niño ciego de nacimiento, pero parecía ver. Su vida ha estado llena de lecciones para todos. Dios lo tenga en su gloria donde esperamos volvernos a ver.

Diálogo Vital 10: Diálogo con nuestros semejantes era originalmente la formulación del título de la Serie DIALOGO VITAL, y lo rescatamos al final porque su contenido es más importante: Nos enseña a ser buenos y amorosos con los animalitos. Cuando les hablamos constantemente, ya sea un perrito o un cochecito, nos llegan a entender. Pero más nos entienden en el plano de la comunicación de sentimientos.

Este libro también enseña cómo cuidarlos, cómo alimentarlos, cómo velar por su salud. En el caso de los perritos, por ejemplo, existe una apreciación mitológica y antihumana de pensar que sus cuerpecitos están hechos para asimilar la basura y las sustancias que se han convertido en venenos. No es así; ellos, si son pequeños, recién nacidos, son tan semejantes a nuestros bebés humanos, y si no se los atiende morirán.

* * *

Las citas bíblicas en la Serie DIALOGO VITAL provienen de la *Biblia Decodificada*, la Versión Oficial de la Santa Sede.

Para profundizar las enseñanzas de las historias cortas de la Serie DIALOGO VITAL visita nuestra casa en internet. Aquí tienes la llave para abrir, y cuando sales, dejas la llave en el batán, pero bien escondida debajo del chungo para que nadie la encuentre:



En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que publica temas acerca del diálogo con nuestros semejantes, para, para recibirlo escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarcbup@gmail.com

¡Seas bienvenido al apasionante diálogo vital con nuestros semejantes!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





El Agente 0028 y la Agente Elif

CONTENIDO:

PROLOGO

HISTORIAS CORTAS

1
NUESTRA BELLA ELIF

2
EL AMOR EN TIEMPO
DE CORONAVIRUS

3
EL MEJOR REGALO
DEL DIA DE LA MADRE

7

4
EL SHEQUEL
Y LA BIBLIA DECODIFICADA

5
¡PETARDO, PRESIDENTE!

6
DOCTORA HONORIS CAUSA

7
AÑO NUEVO, ¡VIDA NUEVA!

8
NONO Y SISI

9
¡JOE, CORRE, JOE!

10
LAS MEMORIAS DE JUANITA KAHN

11
¡POBRE PAPI!

12
ROCKY EVANGELISTA

13
LOS PERRITOS NEGROS DEL ALTIPLANO

14
ESCAPADA A LLANGUAT

15
EL ZOOLOGICO DEL FUJMORI

16
LA MAJA DESNUDA

17
LA NUMERO 5 EN MI VIDA

8

18

LAS REFLEXIONES DE ROCCO

19

EL CUCHICITO HIGINIO

20

MI PERRO ES EL MEJOR

21

MI GATO GRINGO

1

NUESTRA BELLA ELIF



Mi esposa, Amanda, es fanática de las telenovelas turcas, y su actriz preferida es Beren Saat, que actúa como la hermosa Fatmagul, en la telenovela, “¿Qué culpa tiene Fatmagul?” Y es tan, tan fanática de las telenovelas turcas, que me pidió que visitáramos Turquía para ver de cerca el escenario de sus telenovelas, y acaso verla de cerca, en vivo y en directo, a Fatmagul y conseguir su autógrafo.

Ella me refiere la trama de sus telenovelas y me dice: “Las chicas que se llaman en turco, Elif, todas son hermosas. No hay en Turquía alguien que se llame Elif que no sea excesivamente bella. Por eso, cuando mi hija Lili y su novio Rodrigo aparecieron en nuestra casa con una linda perrita en sus manos, Amanda decidió que se llamaría Elif, y se descartaron todos los otros nombres sugeridos.

Y en un diccionario turco que tengo en la biblioteca encontré que Elif significa “esbelta”.

* * *

Así llegó Elif a nuestra casa en la ciudad de La Paz, Bolivia, y se robó nuestros corazones. Y así ahora Lili tiene un nuevo hermanito, o perdón, una nueva hermanita, porque es hembra. Perdón, ahora ella tiene una hijita, porque legalmente es la mamá de Elif, y Amanda y yo hemos llegado a ser abuelitos.

Elif fue traída a casa el sábado 2 de noviembre del 2019. La Dra. Melisa Tarifa le examina sus dientecitos y dice: “Tiene dos mesecitos.”

¡Elif se convirtió en nuestro preciado regalo de Navidad! ¡Elif vino a llenar en enorme vacío dejado por Shéquel en nuestros corazones!

* * *

Elif fue dejada por alguna persona en plena vía pública, en la zona más concurrida de El Prado, en la ciudad de La Paz. La persona que la abandonó la puso al lado de una parejita de jóvenes venezolanos que estaba pidiendo ayuda al público que pasaba, y desapareció sin decirles nada y sin darles nada.

Momentos después, posiblemente pocas horas después, pasaron por allí Lili Ester y su novio Rodrigo Rodríguez (de cariño, Rorro), y sin ver a la perrita que se defendía de los pies de los transeúntes cobijándose contra la base de la pared, se acercaron para darles algo a los venezolanos. Entonces vieron a la perrita.

Preguntaron: “¿El perrito es de ustedes?”

La chica venezolana le dice: “No. La han abandonado aquí por ser hembra.”

Y al enterarse de boca de ella de cómo fue abandonada por ser hembra, la levantaron y se la trajeron a casa.

Lili Ester comenta: “Me hubiera gustado traer también a casa a los venezolanos, pero no era posible. ¡Y pensar que ellos cuidarían de la perrita, estando ellos mismos en la necesidad de que a ellos también alguien les acoja y les dé techo y comida!”



Elif cuando llegó a nuestra familia

Ya en casa, ni bien la dejaron en los brazos de la Sra. Amanda, Lili y Rodrigo se fueron para comprarle una camita, comida, juguetes y otras sonseritas. Y así es como renace la hermosa Elif Chávez Peña, que ahora mismo se encontrará arreglando maletitas para su viaje a Israel, Turquía y Grecia en la próxima semana, como tienen previsto los esposos Chávez para el mes de diciembre.

—¿Qué me dices, Calongo? ¿Se la llevarán consigo a Turquía, el país donde se origina su nombre, Elif? ¿Se la presentarán a Beren Saat, la hermosa Fatmagul, la actriz mejor pagada de Turquía?

—Mire, doctora Olano: Tratándose de Don Trepa, ¡luáse! De él, cualquier cosa se puede esperar. . .



Elif y su amiguita Milonga, la perrita de Rodrigo

Fue muy duro para Amanda y para mí dejar a nuestra bella Elif al emprender nuestro largo viaje a Israel y a otros países del Medio Oriente. Tenía entonces dos mesecitos, y mientras íbamos en el auto al Aeropuerto Internacional de la ciudad de La Paz, su corazoncito vibraba en mis manos sospechando quedarse de nuevo desprovista de amor y protección como ese día.

Pero por medio del teléfono celular desde Jerusalem pudimos verla crecer y ponerse cada día más hermosa. El tiempo pasó rápidamente, y al cabo de un mes volvimos a cobijarla.

El día que llegamos de regreso a Bolivia después de un largo viaje, Elif fue a recibirnos en el aeropuerto. Ahora, a los cinco mesecitos de edad es la dicha de todos en casa. Lo que más me apasiona son sus lindos ojos inocentes y pícaros, y la manera cómo osa desobedecerme.

A propósito, Elif modela como toda una dama turca y cambia a discreción vestidos que dichosamente le compra su “mamá Lili”. En la foto a continuación ella luce su costoso polo marca “Adidog”.

—¡Esa marca me suena, doc!

—¡Claro! Se trata de una línea exclusiva de la marca ADIDAS, especial para perritos deportistas como Elif. Casualmente, “DOG” significa “perro” en inglés.



Elif de cinco meses luce su polo Adidog de ADIDAS

Pero a semejante belleza hay que darle trabajo, hay que darle ocupación, ¡y qué mejor trabajo que el de modelo! Muchas de las actrices ELIF de la televisión turca, ¡sin duda empezaron como modelos de televisión!

Pues a continuación la puedes ver modelando para un comercial que presenta al mundo la TARJETA MAGICA de mi página web Biblioteca Inteligente punto com:





| Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com

PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace “Inicio” diviértete con “El Changuito de la Biblioteca Inteligente” y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip “Caminando por la Vida”.

Luego ingresa al enlace “Biblioteca Inteligente” y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace “Antologías de Historias Cortas” y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!

2
**EL AMOR EN EL TIEMPO
DEL CORONAVIRUS**



Nuestro largo confinamiento debido a la pandemia del Coronavirus que predijo el profeta Joel con el simbolismo de la plaga de langostas y sus sucesivas mutaciones, sin duda tiene serias consecuencias físicas y mentales, no sólo para los seres humanos, sino también para los pobres animalitos. Tal es el caso de los perritos de la calle que por las noches gimen de hambre, de sed y de frío en los largos meses de cuarentena estricta cuando no ven en la calle la mano de un ser humano que les extienda un tarrito de agua o un bocado de pan.

Pero en el más pulcro estilo de la novela de Gabriel García Márquez, *El amor en el tiempo del Cólera*, yo personalmente he experimentado *el amor en el tiempo del Coronavirus*, que me ha librado de la mortal depresión.

Yo he disfrutado del amor puro e inocente que nos brinda nuestra pequeña nietecita Elif que nos han traído nuestra hija Lili Ester y su novio Rodrigo. Ella ha hecho nuestra vida más llevadera a pesar de que ella también sufre del confinamiento cuando a su tierna edad, siendo todavía una cachorrita, debería estar correteando en un lugar abierto.

Ella se ingenia para salir adelante como perro, y cuando le damos su “huesito” de galleta y no encuentra en nuestro departamento un lugar apropiado donde enterrarlo, no le queda otra que “esconderlo” encima de su camita y taparlo. . . ¡con aire!

* * *

Su nombre, Elif, es muy preferido en Turquía. Los padres lo escogen para sus hermosas criaturas. Y así como en Israel no hay una chica que se llame Ester que no sea excesivamente hermosa e inteligente, en Turquía no hay una mujer que se llame Elif que no sea despampanante. Casualmente, en turco Elif significa “esbelta”, y tú puedes ver lindas chicas Elif en las telenovelas turcas, de donde mi esposa Amanda sacó este nombre para ella.

En la foto que sigue aparece Amanda cobijando a su adorada nietecita Elif:



A propósito, el arco que tiene Elif sobre su cabecita es el asa de la caldera que está en la cocina, y no una aureola canina, porque ella no da para tanto.

* * *

Llegó a casa el sábado 2 de noviembre del 2019. La doctora Melisa examina sus dientecitos y dice: “Tiene dos mesecitos.”

Había sido dejada en plena vía pública, en la zona más concurrida de El Prado, al lado de una pareja de jóvenes venezolanos que pedían ayuda al público que pasaba.

Cuando mi hija y su novio se acercaron para darles algo, la vieron defendiéndose de los pies de los que pasaban.

Les preguntaron: “¿El perrito es de ustedes?”

La chica venezolana le dice: “No. Aquí la han abandonado.”

Entonces mi hija la levantó con sus manos y la trajo a casa, y comenta: “Me hubiera gustado traer también a esos pobres muchachos venezolanos. ¡Cómo pensar que ellos cuidarían de la perrita, estando ellos mismos necesitando que alguien les acoja y les dé techo y comida, sobre todo en este tiempo de cuarentena estricta!”



Elif cuando llegó a casa

El 21 de Agosto del 2020, que es el cumpleaños de Amanda, celebramos también el primer aniversario de nuestra adorada Elif, con la asistencia del Chico, el Osito y el Nachito, los perritos de Melisa, Claudia y Silvia, las chicas que trabajan con mi esposa en nuestra casa en auditoría y contabilidad.



En la fiesta de cumpleaños de Amanda y Elif

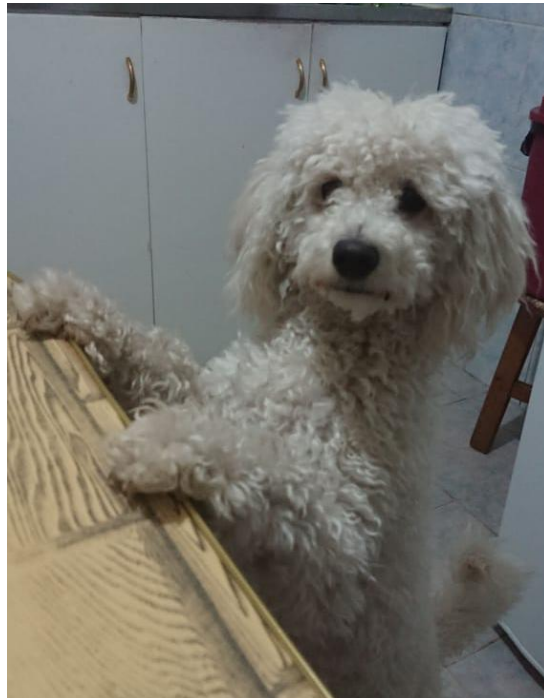
En la foto arriba aparece Elif en los brazos de su abuelita Amanda en su alegre fiesta de cumpleaños.

En la foto que sigue aparece Elif en los brazos amorosos de su mamá Lili Ester.



Elif y su mami Lili Ester

Y en la foto que sigue te muestra a Elif junto a la mesa, a la espera de su plato. A propósito, “PLATO” es una de las primeras palabras que ella logró dominar en español.



Elif a la espera de su PLATO

¡Como nos deleita verla hacer aeróbics, alegremente, extendiendo bien sobre el piso sus dos patitas delanteras, encumbrando el poto en alto y levantando el rabo de manera ecuestre!

Esta peculiaridad de ella es su marca registrada, y éste es el poema mío al que ella ya está acostumbrada cuando hace aerobics y es felicitada efusivamente por todos alrededor:

*¡¡¡Aerobics!!!
¡Muy bien, muchacha!
¡Eso me gusta!*

* * *

Pero el prolongado confinamiento, hasta ahora de año y medio, también ha cobrado su cuota de dolor y desesperación en nuestra pequeña Elif, sobre todo en los meses de cuarentena estricta: Debido a su falta de ejercicio, cuando a mí no me dejaban ni siquiera acercarme a la puerta de la casa a causa de mi edad avanzada, ella empezó a tener parálisis de sus piernitas traseras y a desplomarse sobre el piso.

¡Cómo sufríamos todos en casa, siendo ella una chica deportista!

En esos días todas las mañanas yo la bajaba en mis brazos para que haga pis sobre el piso de loceta de la lavandería, fácil de limpiar con papel absorbente. Y para no trastabillarme y tropezarme en las gradas, estando medio dormido, lo hacía con suma contabilidad, enumerándolas al son del poema que aprendí deniño:

*La gallina papuja
pone uno, pone dos,
pone tres, pone cuatro,
pone cinco, pone seis,
pone siete, pone ocho.
¡¡¡Toma tu rico bizcocho!!!*

Ella misma empuja la puerta y entra a mi dormitorio para decirme que ya es su hora de hacer pis. Y cuando soñoliento le digo a mi hija que se haga cargo de su hijita, ella me responde con una frescura que realmente asombra: “¿Acaso yo soy la gallina papuja?”

Hasta ahora que tiene año y medio y ya está ecuperada, yo la sigo bajando en las gradas al ritmo de la “gallina papuja”, y a consecuencia de esta rutina ella ha aprendido a contar hasta ocho.

* * *

Lenta ha sido su recuperación, y nos ha costado más que médicos y tratamientos, muchas lágrimas y oración a nuestro Creador. Buscamos lugares donde poder llevarla para que pueda correr con seguridad. Uno de esos lugares ha sido un cementerio fuera de la ciudad, hasta que todos los cementerios fueron cerrados al público, a causa de la pandemia.

Finalmente encontramos un lugar seguro: En la Plaza Abaroa, en una parte de la ciudad cuya gente es muy amante de los regalones.

La Plaza Abaroa es el paraíso de los perritos, finos y chapis, sin discriminación. No obstante ser un barrio de lujo, las autoridades ediles no excluyen a los perritos, y se les permite incluso corretear en sus bien cuidados jardines. ¡Con sólo decirte que en ciertos rincones de la plaza, bajo la sombra de árboles frondosos, se les ha construido casitas con techos de dos aguas a los perritos callejeros y sin dueño! Junto a ellas se les provee de tazones de agua limpia y la gente que visita la plaza con sus perritos los alimenta, aunque a cuentagotas.

¡Gracias y felicitaciones por la grandeza de sus almas!

* * *

Ayer, 23 de marzo, se celebró el Día del Mar, que coincide con el sacrificio de Eduardo Abaroa en 1879. El es el héroe nacional de Bolivia que rehusó rendirse ante los chilenos en la ciudad de Calama en el litoral boliviano, en los primeros momentos de la Guerra del Pacífico. La hermosa plaza conserva su memoria, y ayer no pudimos entrar a Elif y yo a corretear en ella porque se realizaba un acto cívico militar en memoria del héroe.

Es una de las plazas más hermosas que he conocido y en el centro se ha erigido un monumento a Abaroa, agonizando y pronunciando su famosa respuesta a los chilenos que pedían la rendición de la ciudad de Calama.



En esta foto puedes ver a Elif correteando sin fin al pie del monumento de Abaroa

Mediante paseos casi diarios a este lugar, Elif empezó a recuperar sus movimientos, y ahora se ha convertido no sólo en una esbelta atleta y reina de belleza. A lo largo de nuestro paseo por varias cuadras de la calle 20 de Octubre, rumbo a la plaza, no es raro escuchar de una vereda a otra cuando la llaman por su nombre, ¡¡¡Elíf!!! ¡¡¡Elíf!!! ¡¡¡Elíf!!! O le toman fotos, o la filman para la televisión.

¡Realmente, ella es la Reina de la Plaza Abaroa y tiene una hermosa “perronalidad”! Es cariñosa con todos, y en especial con las zebritas que dirigen el tráfico. Como ella las ve con rabo, cree que las zebritas son como ella, pero de gran tamaño y exceso de bondad.



* * *

¿Quién mejor que yo podría atenderla a diario a sus horas y prepararle su rica comidita?

Ella verifica en su reloj canino que ya son las 12.00 del día y se dirige a mi biblioteca para decirme que es la hora de recibir su PLATO.

Sólo yo pude hacerme cargo de ella a tiempo completo. Considero que hacer esto es mi *Missio Dei*, después de haberle regalado al mundo de habla hispana mi página web <www.bibliotecainteligente.com>.

En la foto que sigue estamos los dos en la hora de nuestra SIESTA:



A propósito, SIESTA es otra de la SIETE palabras mágicas que ahora ella domina a perfección:

1. PLATO
2. CALLE
3. PASEO
4. VERDE, la luz que le indica que puede pasar la calle
5. **SIESTA**
6. NUAY N° 6. Sírvase pasar al N° 7
7. PLAZA AVAROA.

—Pero, doc, ¿total se escribe ABAROA o AVAROA? Porque usted lo escribe con ve grande y con ve chica. . .

—A la verdad, Calongo, los bolivianos lo escriben de ambas maneras, y así consta en las mismas placas de su monumento. Y en lo que respecta a Elif, le da igual.

—Pero, doc, ¿sólo SIETE palabritas?

—Estas SIETE palabritas fueron las primeras que aprendió. Ahora sabe muchas más. Por ejemplo, la palabra SOL, que significa que el día está bonito y abrigado y que hay que salir a la calle a pasear. Basta que escuche la palabra SOL para que se cuelgue de mi cinturón, reclamando salir de casa. Y si yo me tardo en hacerle caso, ella hace lo mismo con Amanda, por lo cual está prohibido pronunciar en la casa la palabra SOL, y decimos “ESE O ELE”.

—Pero doc, ¿qué tiene que ver esta historia suya sobre Elif con la Miss Venezuela cuya foto aparece al comienzo?

—Masque después te explico. . .

* * *

Una tarde, en la hora de la SIESTA, soñé que soy un astronauta americano que estoy a punto de ser lanzado en un cohete rumbo a Marte. ¡Un viaje de más de un año, ida y vuelta, con media hora de estadía allá!

—A propósito, Marte se encuentra a la bagatela de 78 millones de kilómetros de la Tierra—.

—¡Doctor! ¿Tan sólo media hora en Marte?

—Para ser más exactos, según lo calculado por los científicos de la NASA mi estadía allá sería de una hora.

* * *

Todo está listo para el lanzamiento, pero falta cumplir con un último requisito; un requisito de rigor: Antes de que mi traje espacial sea sellado herméticamente y se ajuste mi casco y mi visor astronómico debo recibir un beso de despedida de parte de Miss Venezuela.

Ella se acerca intempestivamente y me da el beso. Pero de pura emoción, o de pena porque me voy a Marte quién sabe si para no volver, ella me come a besos.

En eso me despierto, y era Elif con quien suelo hacer la siesta, cada uno en su cama, sobre todo en este tiempo de pandemia cuando está prohibido besarse o dormir patachaus patachaus.

—Pero, doc, ¿algo podría haber detrás de su sueño profético!

—¿Profético? ¿Qué de profético puede haber en soñar con Miss Venezuela 2021?

—En el logo del Certamen Miss Venezuela en la foto inicial de esta historia corta que acaba de escribir se montan la **M** y la **V** de **Miss Venezuela**, produciendo una forma estilizada de la cabecita de Elif, incluidos sus ojitos, la puntita de su nariz, su boquita sonriente y sus grandes orejas. . .

—¿Y eso qué, Calongo?

—¡Que Elif bien puede ganar el próximo certamen de belleza como Reina de la Plaza Avaroa!



3 EL MEJOR REGALO DEL DÍA DE LA MADRE

El Día de la Madre en Bolivia no se celebra, como en los demás países, el segundo domingo de mayo, caiga en la fecha que caiga. En Bolivia se celebra el 27 de mayo de manera fija, en memoria de las mujeres, madres de familia, que se sacrificaron en la contienda del cerro de la Coronilla, luchando por la independencia del Alto Perú.

Este año, 2021, el Día de la Madre cayó el día jueves. Y un maravilloso regalo anticipado a mamá Amanda por el Día de la Madre vino a nuestra casa caminando con sus propias patitas y llegó el miércoles con la debida anticipación. ¡Era una hermosa perrita cuya historia te la paso a contar!

Ese miércoles yo había bajado de nuestro departamento en el ascensor, del piso N° 12 del Edificio Alameda ubicado en El Prado, el principal y más hermoso boulevard de la ciudad de La Paz.

Estaba saliendo del edificio con mi perrita Elif, cuando ella me jala de regreso hacia la caseta de la recepción donde uno de nuestros porteros se encontraba acariciando a una linda perrita vestida con una falda decorada con una pequeña cebra en la parte del lomo.



Lo que pasa es que mi perrita Elif olfatea y ubica a cualquier perro a gran distancia, y se lanza violentamente para alcanzarlo y besarlo. Por eso se dio cuenta de que había una perrita en la recepción de nuestro edificio junto a la puerta de la caseta que da al Bloque A. Yo no vi nada porque salí del Bloque B, y la caseta ocultaba la escena.

El portero me dijo:

—Debe ser la perrita de alguno de los que viven en el Edificio Alameda.

Yo le dije:

—Trata de que no salga del edificio. Es mejor si la metes en la caseta para que no se escape y se pierda. A mi regreso averiguaremos a quien le pertenece.

Y proseguí mi camino para regalarle a mi Elif su lindo paseo matinal después del cual siempre le lavamos los pies. Me corrijo: Siempre le lavan las patitas Claudia o Melisa, las chicas que trabajan en contabilidad en nuestro departamento al lado de mi esposa Amanda.

* * *

Una vez en la parte central de El Prado, el boulevard que se extiende frente al Edificio Alameda, cambié de planes, providencialmente.

Esa mañana no iríamos de bajada hasta la Plaza Avaroa, como hacemos todos los días, sino que nos pasearíamos a lo largo de El Prado. Eso nos tomaría menos tiempo y me cansaría menos a mí, tomando en cuenta que requería de energías adicionales porque ese día me tocaba ir al Mercado Camacho, a nuestra caserita Rosita, para comprar las verduras frescas que ese día le llegaban a su puesto.

Cuando estábamos a punto de terminar nuestro recorrido, de nuevo cambié de parecer, providencialmente.

No entraríamos directamente al edificio Alameda, sino que pasaríamos la pista y nos desviaríamos hacia el Mercado Camacho para ver a Rosita y decirle que esa tarde después de almuerzo pasaría por su puesto para hacer las compras. De paso, ella podría ver a Elif, a quien de veras adora; y Elif a ella. Ya hace varias semanas o meses que Rosita me pide que la lleve de nuevo al mercado, donde todo el mundo la engríe.

* * *

Bajamos por la calle Monje Campero y cuando llegamos a la Plaza Camacho y estábamos a punto de descender las gradas que conducen a los puestos de verduras del mercado, veo a una perrita que nerviosamente intentaba cruzar la calle Bueno, en el punto donde estacionan los buses Túpac Catari. No había buses en ese momento; sólo había autos que avanzaban apresurados hacia el cruce con la Avenida Camacho, y la perrita, al animarse a cruzar esa pista que ha sido ensanchada, casi es atropellada por un auto, y retrocedió.

Yo la reconocí. Era la perrita que vimos en la recepción de nuestro edificio Alameda. Y en un impulso providencial, le pedí a un señor que esperaba los buses Túpac Catari que sostuviera la cuerda de mi Elif y me lancé a la pista, a riesgo de ser golpeado por otro automóvil, y levanté a la perrita en mis brazos.

Era mansita como un alma de Dios. Su cuerpecito vibraba y su corazoncito latía. Era un poco más grande que mi Elif, y también más pesada.

Después, con la perrita bajo mi brazo izquierdo, y sosteniendo la cuerda de mi Elif con mi mano derecha, pensé: Y ahora, ¿qué hago?

* * *

Volver a casa con las dos perritas era imposible; no podría sostener a la nueva perrita que tenía bajo mi brazo, pues no tenía cuerda.

De inmediato pensé llevar la perrita a mi departamento tras encargar a Elif en el puesto de verduras de Rosita en el Mercado Camacho. Así descendí las gradas que conducen a los puestos de verduras.

Si llegaba un segundo más tarde yo no hubiera encontrado a Rosita, pero providencialmente la encontré a cierta distancia de su puesto, saliendo con dos bolsas de verduras para entregarlas a alguna casera arriba en la Plaza Camacho. A causa del barbijo no la reconocí, pero ella se puso a acariciar a Elif como todo el mundo hace.

Le pregunté:

—¿Tú eres Rosita?

Me dijo que sí, y yo le dije:

—Te encargo mi Elif para volver a mi casa con esta perrita que se ha extraviado de nuestro edificio.

* * *

El regreso a casa, subiendo la cuesta de las calles y llevando a la perrita en mis brazos ha sido un verdadero espectáculo, haciéndose más pesado aun debido al barbijo o mascarilla que llevaba a causa de la pandemia del Coronavirus.

En dos partes del recorrido de medio kilómetro en pendiente, a 4.000 metros de altura en la ciudad más alta del mundo y a mis 76 años de edad, me desmayé, y tuve que sentarme en unas gradas con la perrita sobre mis rodillas para descansar hasta que pasara el malestar y pudiese continuar mi camino.

Cuando llegué al edificio no atiné a mirar al portero que había dejado escapar a la perrita del edificio. Proseguí al ascensor y subí a nuestro apartamento.

A diferencia de lo que ocurre siempre, que la que abre la puerta debidamente provista de su barbijo es Melisa, abrió la puerta mi esposa, Amanda, y le da un patatús al verme con la perrita extraña en mis brazos. Ella exclamó:

—¿¿¿Y qué pasó con la Elif???

Casi sin poder hablar, le dije:

—Todo está bien. Déjame entrar y te explico qué ha ocurrido. En cuanto a la Elif, ella está bien. La he encargado en el puesto de Rosita.

* * *

Luego de una breve explicación, volví corriendo de bajada al Mercado Camacho, para recoger a Elif, pero un terrible temor se apoderó de mí.

En estos días de pandemia el uso del barbijo nos impide reconocer a las personas. ¿Y si la mujer que dijo ser Rosita no era Rosita, y se llevó a mi Elif dejándome con otra perrita en mis brazos?

Después de todo, ¿acaso no la acaricia todo el mundo, de manera especial las mujeres, a nuestra Elif que es tan bella y dulce? Ella, que es tan cariñosa con todas las personas que se le acercan en el mercado. . .

¿Qué sería de mí pobre, de perder a mi Elif, que se ha convertido en el amor de mi vida? ¿Qué diría mi hija Lili Ester y su novio Rodrigo, que la trajeron a casa?

Apresuré mis pasos y llegué al puesto de verduras de Rosita, y Elif saltó para acariciarme y besarme. Para ella todo lo ocurrido fue una experiencia difícil de comprender. ¿Cómo fue posible que yo la dejara a ella y me fuera con la otra perrita?

Lo grave fue al llegar a casa y encontrarse con la otra perrita. Así empezaron los celos de Elif, fuertes como la muerte, sobre todo porque la perrita me acariciaba y me besaba como que la rescaté de las ruedas del auto.



* * *

Amanda se sentó conmigo en la sala, y le dije:

—Lástima que no sepamos su nombre; eso es una desventaja. . .

Pero ella dijo:

—¡Sí sabemos cómo se llama! Su nombre está escrito en su collar. Se llama Chuspita.

Yo no había visto su collar que estaba disimulado debajo de un pequeño pañuelo atado a su cuello, al estilo de los vaqueros del oeste de Estados Unidos.

Su nombre, “Chuspita”, significa “bolsita”, del quechua *chuspa*, “bolsa”. La referencia es a una bolsa pequeña tejida con hilo de alpaca de colores de tierra —tonos de marrón claro y oscuro— que llevaban los chasquis del correo inca colgada sobre su pecho.

Dicha bolsita mayormente contenía un puñado de hojas de coca para dar energías a los chasquis en su carrera a lo largo de los caminos del Inca. Para mayor referencia, fue una chuspa con hojas de coca lo que le regaló el Evo Morales al Papa Francisco cuando visitó

Bolivia, justo cuando acabó de descender del avión. Su obsequio del Evo tenía connotaciones, no tanto culturales como políticas, relacionadas con la utilización de la hoja de coca del Chapare con los fines de narcotráfico. El Papa hizo bien en aceptar el obsequio en su connotación cultural, relacionada con las artesanías de la gente originaria de Bolivia.

* * *

Amanda tenía algo más que compartir conmigo: Su informe de que la perrita no pertenecía a ninguna familia del Edificio Alameda me dejó desolado.

Me dijo, además:

—Ella pertenece a la comunidad. . .

En un intento de aclarar las cosas añade:

—Ella pertenece a toda la gente de la Plaza Murillo —que es la plaza principal de la ciudad de La Paz, y está ante la Catedral y el edificio del Palacio Quemado, sede del Gobierno de Bolivia—.

Yo pregunto:

—Y eso, ¿qué significa?

Melisa, que está a punto de graduarse como médica veterinaria me explica lo que eso significa y me amplía más detalles:

—La perrita tiene unos dos años de edad, y ya ha sido madre, al juzgar por la forma de sus pezones. Ella ha sido adoptada por los policías de la UTOP, y también ha sido vacunada y esterilizada. Ella se está recuperando de su operación porque la cicatriz todavía tiene trazas del hilo con que ha sido cosida la herida.

* * *

La UTOP es la Unidad Táctica de Operaciones Policiales que tiene la misión de mantener el orden público interviniendo especialmente en los conflictos sociales. Para ello cuentan con carros antidisturbios, motocicletas, armas lanzagases y equipos de protección como sus escudos rectangulares de fibra de vidrio.

Esta Unidad se formó en 1976 con el nombre de Grupo Especial de Seguridad.

En el 2006 se cambió su nombre al de Unidad Táctica de Operaciones Policiales (UTOP).

En octubre del 2020, con un acto memorial realizado en la Plaza Murillo celebró 41 años de existencia y recordó a sus 30 miembros caídos en servicio.

Los policías de la UTOP habían encontrado a la perrita en la calle y la habían adoptado. Su sede, a pocos metros de la Plaza Murillo, se ha convertido en su hogar donde la perrita sale y entra después de deambular en la Plaza Murillo y alrededores.

* * *

Mientras tanto, mi hija Lili Ester, que trabaja cerca de la Plaza Murillo, en la sede central del Banco Mercantil que está al costado de la Municipalidad de La Paz, se puso a hacer las investigaciones para ver si la perrita tenía un dueño, quizás alguno de los miembros de la UTOP.

Ella se contactó con el Comandante Rolando, que dijo ser su dueño, y le envió una foto en que aparece con la Chuspita en sus brazos. ¡Conozca al Comandante Rolando!



Pero la Chuspita es también la mascota querida de todos los policías de la UTOP a quienes presentamos en su formación matutina:



Volviendo a nosotros, en casa, nuestra Chuspita se encariñó con todos, especialmente con Silvia, la señora que trabaja como asociada de Amanda, mi esposa.

Melisa, que es fan de los perritos, salió de inmediato para comprarle comida, que Chuspita comió ávidamente, y luego se puso a jugar con ellas y con los juguetes de nuestra pequeña Elif.



El conflicto era justamente con Elif, y las dos perritas contendían por acaparar espacio a mi lado, como en la telenovela con Laura León, “Dos perritas, un camino”.

Chuspita se puso a comerme los zapatos, empezando por los pasadores. En la foto a continuación aparece, nerviosamente tirado sobre el piso un pedazo de mi pasador:



Hacia el mediodía nuestras perritas estaban más tranquilas, pero mientras Chuspita había hecho de nuestro hogar su hogar, y de todos en casa, especialmente de Silvia, sus preferidos, el problema se vislumbraba con nuestra pequeña Elif si acaso demorábamos en conseguir un hogar seguro y definitivo para Chuspita.

Al verlas algo calmadas me fui al Mercado Camacho e hice mis compras: Dos bolsas repletas de las mejores y variadas verduras, una bolsa para Claudita y otra para su cuñado Daniel Manchego, ambos trabajan con nosotros pero se encuentran confinados en sus casas al haber sido contagiados con el COVID-19 junto con todos los miembros de sus respectivas familias.

Ambos viven en la cima de un montículo al cual se sube por unas empinadas graderías que empiezan en la calle Illimani y que subí llevando mis dos bolsas pesadas. Cuando uno está recuperándose del COVID-19 es mejor no hacer esfuerzos físicos; por eso les llevé esas bolsas. Ya te imaginas el esfuerzo para subir el montículo; pero volví a casa feliz de haberlo logrado. Y les digo a Silvia y a Melisa:

—¡Ahora me merezco una buena siesta!

* * *

Subo pesadamente las gradas a mi cuarto y me acuesto junto con mi Elif, cerrando la puerta para que no entre la Chuspita. No problem.

Pero cuando estoy cayendo presa del sueño y del cansancio, sube Silvia y me da su celular. Me dice:

—La Lili le llama por teléfono.

Ella me dice:

—Papá, ¿podrías venir al Banco Mercantil con la Chuspita? Yo te espero en la puerta para ir a la sede de la UTOP, para ver las condiciones en que está la Chuspita, y ver si tiene un dueño y si conviene dejarla allí. . .

¡Adiós, siesta! Subí la cuesta hasta el Banco Mercantil, y luego subimos juntos, Lili y yo, hasta la Plaza Murillo, y al llegar a la esquina de la plaza, después de atravesarla en diagonal desde el Palacio Quemado, aparece una señorita muy cariñosa llamando a Chuspita por su nombre. ¡Era de ver la alegría de ambas, de Chuspita y de la señorita, que se llama Elena Velásquez!

Ella no era policía, pero tenía su quiosco o puesto en esa esquina de la Plaza Murillo. Le preguntamos si nos podría llevar a los dueños de Chuspita, y lo hizo llena de alegría.

No pudimos entrevistarnos con el Comandante Rolando en ese momento, pero nos recibió una señorita policía, muy hermosa, y escuchó nuestra historia con avidez.

* * *

Dejamos a Chuspita con ella y con los demás policías presentes y volvimos, mi hija al Banco Mercantil, y yo a casa. En el camino ella me dice:

—¡De veras, fue Elif que la salvó a la Chuspita!

Le pregunto:

—¿Por qué?

Y me dice:

—Porque ella te jaló a la caseta de recepción del edificio Alameda, donde se encontraba perdida la Chuspita.

Sí, fue a partir de ese instante, en que tanto Elif como yo también acariciamos a la Chuspita, que ella se escapó del edificio y fue tras nosotros, buscándonos en qué dirección habríamos ido. Así fue que la salvé de ser atropellada por un auto en la calle Bueno.

* * *

Pero nuestra experiencia en la UTOP todavía les era desconocida a Melisa y a Silvia, que esperaban ansiosas en nuestro departamento las noticias nuestras. Ellas ya veían que la Chuspita se pudiese a quedar en nuestra casa al lado de nuestra Elif. Previamente habían trabajado para conquistar mi corazón en ese sentido y lo habían conseguido, a pesar de mis dudas de las reacciones de mi adorada y engreída Elif. Ahora faltaba trabajar para conquistar el corazón de mi esposa, Amanda.

Para ello, ellas habían planeado decirle a Amanda que las cosas estaban escritas de antemano. Que Dios habría decidido darle a ella el mejor regalo por el Día de la Madre y que ese regalo era la Chuspita.

Melisa y Silvia incluso habían preparado una preciosa tarjeta por el Día de la Madre, que compartimos contigo a continuación. En la tarjeta está escrito: ¡Feliz Día de la Madre, Amanda!



Pero al volver al Banco Mercantil, Lili Ester le llama a Amandita, su mamá, y le dice muy dichosa:

—¡Se fue tu regalo por el Día de la Madre!

4
**EL SHEQUEL
 Y LA BIBLIA DECODIFICADA**



EL SHEQUEL, REGAÑADO POR SU MAMA LILI

La tarde del jueves 22 de marzo del 2018, como a las 4.00 pm., alguien tocó la puerta de nuestro departamento en el Edificio Alameda de El Prado, La Paz, con el toque característico de nuestra hija Lili Ester. Pero, ¿podría ser ella a esa hora, siendo que debía estar trabajando en el Banco Mercantil cuyos horarios son tan estrictos?

Efectivamente, era ella, y la que se apresuró a abrir la puerta fue su madre, Amanda, que exclamó de manera extraña diciendo: “¡Ohhh Nooo!”

El tono de su voz me preocupó mucho, por lo que dejé mi trabajo en la computadora, en la edición de la *Biblia Decodificada*, y bajé corriendo al encuentro de ellas dos. Y resulta que en la puerta abierta no había dos, sino tres, porque Lili había puesto sobre el piso un lindo perrito que había traído en sus brazos desde su oficina en el Banco Mercantil que queda a unas diez cuadras de distancia.

* * *

Al ver al perrito, yo sabía de qué se trataba todo. No era la primera vez que ella traía a casa un perro, y yo de mi parte traje a casa a la Molly Bottomless cuando era bebida. Amanda no tiene más que reverenciar nuestro apasionamiento por los perros, y empezar a

acostumbrarse a este nuevo miembro de la familia, que por el momento no tenía nombre, o no sabíamos cómo se llamaba.

Este perrito llegó a nuestra vida, y en especial a la vida de la Lili Ester, pocos días antes de su cumpleaños, por lo que ella se refiere a él como el más lindo regalo de cumpleaños que jamás haya recibido.

* * *

Pero para que entiendas lo que refiero requieres entender antes otra historia que subyace. Te la refiero brevemente recurriendo a dos anécdotas cuyo mensaje de fondo se hará evidente al final.

La primera anécdota tiene relación con los días cuando yo empecé mis estudios doctorales en la Universidad de Brandeis, en Waltham, suburbio de Boston, Estados Unidos. Como nuevo estudiante de grado, desde antes de mi llegada al campus universitario me esperaba un casillero con mi nombre para mi correspondencia con el personal de mi Facultad, Near Eastern and Judaic Studies (NEJS).

Mi casillero contenía una breve nota de bienvenida y un sobre con una llave que pertenecía a mi “apartment” en la Biblioteca de la Universidad: Un cajón grande en un amplio escritorio que yo compartiría con una muchacha de mi facultad.

Aparte de las horas de clases durante el día, cuando raras veces podías encontrarme trabajando en mi escritorio, yo pasaba allí todas las noches, ocupando con muchos libros incluso el espacio de ella. Estaba allí hasta que se cerraba la Biblioteca a la media noche y yo me iba a casa a pie, atravesando el cementerio de Waltham.

Muy pocos momentos pude compartir con ella el escritorio de día, y por un largo tiempo dejé de verla, incluso en clases, hasta que una noche, para sorpresa mía, ella se apareció, y yo le dije: “*Welcome! I was missing you!*” (¡Bienvenida! ¡Yo te estaba extrañando!)

Mis palabras produjeron en ella un evidente shock emocional. Así me di cuenta que las palabras “Te Extraño” o “Te estoy extrañando” tienen una carga o descarga hormonal con efectos muy visibles.

* * *

La segunda anécdota tiene que ver con una pareja de amigos muy conocidos en la comunidad del CEBCAR en Lima Limón.

El joven vivía en nuestra casa, y modestia aparte, tenía su *sex appeal*, y continuamente se aparecía en casa con un nuevo peluche que le había obsequiado una chica que estaba perdidamente enamorada de él.

Cierta mañana, por alguna razón abrí la puerta de su cuarto y vi sobre su cama, pulcramente tendida, uno encima de otro un montón de peluches sobre los cuales había un osito que lucía una chompita con esta inscripción en su pecho: “¡Te extraño!” —Aunque él parecía no demostrar alguna reacción hormonal ante estas palabras mágicas, quien se lo dio sí—.

Cerré la puerta lentamente, pensando en mis adentros: ¡Qué tal suerte tienen algunos pocos seres humanos! Y mis labios pronunciaron esta oración: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué le das nueces al que no tiene muelas? ¿Por qué le das barba a quien no tiene quijada?”

* * *

Así, la llegada de este nuevo ser viviente a nuestra casa removi6 todo mi ser y traje a mi coraz6n el recuerdo de otro perrito “que se agenci6” la— Lili, aprovechando de mi estadía en Lima. Ella le puso por nombre, Qatánchik, que en hebreo popular significa “Chiquitín”. —Ella estaba estudiando la primaria en el Colegio Boliviano Israelita (CBI) de La Paz, y aprendía el hebreo con su amado profesor Ábale, el Dr. Abraham Kukierman.

Después del Qatánshik entr6 a nuestra vida la Molly Bottomless, una hermosa perrita Cocker Spaniel, a quien la Lili, que entonces tenía s6lo siete u ocho a6os de edad, le cosió un lindo chalequito. Cuando la Molly se erguía sobre sus dos patitas, el chalequito parecía un atractivo sostén. Y como para m6s abajo no había cobertor, el pastor Juan E. Flores, *disk-jockey* de Radio “La Cruz del Sur”, le puso el poético apellido *Bottomless*, que es exactamente lo opuesto de *topless*.

—Así es, querido Calongo. ¡C6mo extra6amos a estos dos perritos, aparte de otros pets, como el Shadow International —nuestro idolatrado hámster— o mi gatita Porcel, o nuestra tortuguita Amande, cuyas historias puedes leer en la Biblioteca Inteligente MCH!

—Sin dejar de mencionarlo tambi6n a su hijo putativo, el George Frankenstein, ¿verdad, doc?

—¡El George no es ning6n pet, Calongo! Adem6s, a ese no lo extra6o. A la verdad, sÍ lo extra6o, pero, *macho meno* —“m6s o menos”, en mexicano—.

* * *

Volviendo al reci6n llegado, al verlo sobre el piso en la entrada de nuestro departamento, quedé prendado de él, y como la Lili tuvo que volver al Banco Mercantil sin siquiera pisar el umbral de la puerta, yo me lo puse al sobaco y me hice cargo de él. En la cocina empecé por darle leche. El perrito se moría de sed.

Al atardecer, y dado el caso de que la Lili llega del banco tarde en la noche, se me ocurri6 ir de paseo con él a la Plaza Avaroa, a donde acuden los *snoobs* que se dan el lujo de tener perros de raza, de *pedigree*, de alcurnia. Es que yo quería tener alguna informaci6n plausible respecto de mi perro.

No tenía a la mano un arnés para ponerle una cuerda, e improvisé uno con una cuerda para amarrar maletas. Y todo prosalla hice mi ingreso al Paraíso Perdido de los Perros en la Plaza Avaroa.

Entonces me llama una pareja. Ella tenía en sus brazos a su perro, un engreído, un *spoiled dog*, como dicen los de Santa Cruz.

* * *

Mientras la mujer trata de contener a su perro que se quería comer el mío, su amante se pone a admirar a mi perro, y me dice, haciendo alarde de gran erudición canina, sin duda para impresionar a la mujer:

—¡Qué lindo perrito tiene usted! Mirándole bien la cola, que se enrosca hacia arriba en un círculo perfecto, se trata de un Pastor Inglés. Por su conducta, se nota que todavía es un bebé; debe tener dos mesecitos. Sin duda es un cachorrito y va a crecer dos tantos más, porque así crecen los perros de su raza, que son bien grandes. Y por ser de raza, debe estar costando en una tienda de mascotas, por lo menos 200 o 300 dólares.

Y como mi perro se puso a orinar en su presencia, añadió:

—Y al juzgar por su manera de orinar, sin levantar la pata izquierda al estilo del Evo y del Alvaro García Linera, no se trata de un perro sino de una perrita. ¡Le felicito joven! Es una linda perrita de raza. ¡Es un Pastor Inglés!

* * *

Cuando llegué a casa de regreso de la Plaza Avaroa, le cuento a Amanda, mi mujer, de mi conversación con el experto en materias caninas. Y ella puso el grito en el cielo cuando le digo que va a crecer dos tantos más, y que no se trata de un perrito, como nos dijo la Lili, sino de una perrita. Para aplacarla, le digo que bien podría llenar el vacío de nuestra amada Molly Bottomless, a quien tanto extrañamos.

En ese preciso momento llegó la Lili del banco, y el perrito le dio la bienvenida de una manera espectacular, que en lo sucesivo le caracterizaría: El no sólo podía pararse en dos patas, sino también caminar largo trecho erguido, al estilo qué me importa. Y al llegar a su meta, apoyaba sus dos patitas delanteras elevadas y sus manitas sobre el pecho de “su mamá”, e incluso abrazaba sus caderas.

Con la cuerda improvisada, la Lili lo llevó a un señorial paseo nocturno en la pasarela de El Prado, para que hiciera pis y caquita, antes de ir a dormir.

Esa noche el perrito durmió sobre una abrigada camita de chompas de la Lili, junto a la cama de ella.

* * *

En la mañana, mientras su mami estaba trabajando en el Banco Mercantil, su dormitorio con su puerta abierta quedó resguardado por un perro bravo que de sólo mirarle la cara te daba risa en lugar de miedo.

Pero los miedos existen. ¡Imagínate, que la Amanda no podía pasar de largo el dormitorio de la Lili para entrar o salir del cuarto de baño, porque el perro bravo la hacía correr con sus ladridos. Y para hacer más espectacular su autoridad, el perro se había echado a lo largo de la entrada al dormitorio, con las patitas delanteras extendidas sobre el piso.

Yo tenía que acariciar al perro cuando Amanda entraba al baño y cuando salía.

A ver, dime: ¿Quién diablos lo contrató o le pagó al perro para hacer de guachimán de su dormitorio de la Lili?

* * *

En la tarde nos llamó la Lili desde el Banco Mercantil para revelarnos el nombre que había escogido para su hijito: Shequel. Le hacía acordar de los días cuando estuvo en Israel en el 2010, estudiando en el Programa de Verano de la Universidad Hebrea de Jerusalem. Shequel es el nombre de la moneda en Israel, y significa “peso”. Además, su Shequel le resultó muy pesado cuando lo trajo en sus brazos desde el Banco Mercantil.

Prueba de su inteligencia es que bien pronto se acostumbró a su nuevo nombre.

En la noche, cuando la Lili llegó a casa, traía en sus manos una cama para perro, *King Size*, un chalequito de color gris, un arnés con su correa para sacarlo a pasear, y una bolsa grande de “Tiernitos”, unas ricas croquetas para su dieta balanceada ¡Viera usted la alegría que esto le ocasionó al Shequel, que ya no pensábamos en devolver a su dueño, si acaso apareciera después de los avisos y fotos que metimos en internet!

Al día siguiente la Lili lo llevó a la Veterinaria Americana, para que la Dra. Ximena Córdova Dávalos lo examinara, y vio que tenía sus ganglios algo inflamados. Y sospechando que el perrito pudo haber pasado una o más noches en la calle expuesto al frío de la ciudad de La Paz, recetó un tratamiento de dos semanas con Amoxi Plus, aplicado en su boca con una jeringa. El Shequel disfrutaba este mimo, porque el Amoxi Plus, tiene un sabor muy agradable.

* * *

Pero de pura emoción había omitido referir la manera en que el Shequel conoció a su mamá adoptiva, o viceversa.

Esa tarde ingresó al Banco Mercantil, Gabriela, una de las empleadas ejecutivas, y vio al perrito en la mitad de la gradería interna del banco, ladrando desesperadamente a todo el que entraba o salía. Para quien sabe de perros, no era un ladrido de agresión, sino un ruego por ser amado y recibir un poco de agua para calmar su sed.

Gabriela ya tiene dos perros adoptados en casa, y consultó a su esposo por celular, si estaría dispuesto a adoptar uno más. El no aceptó esta responsabilidad, y ella le refirió su preocupación a la Lili, diciéndole:

—Hay un perrito muy hermoso en la entrada del banco. Sin duda se trata de un perrito extraviado, pero me llama la atención que no tiene arnés para su correa con que lo pasease su dueño en la calle. Sólo tiene una chompita que al parecer le aprieta, porque es demasiado chiquita. ¡Lili, por favor, ayúdame! ¡No sé qué hacer!

Seguramente ella pensó que la Lili pudiera ayudarle a conseguir un hogar para el Shequel. Pero ella, al escuchar del perrito, dejó su oficina, salió corriendo a la entrada del banco, y sin tener miedo de sus ladridos lo levantó en sus brazos y lo metió al banco.

Los policías de seguridad, y el encargado de la máquina para dispensar los tiquets de turno le dijeron:

—¡El perro no puede entrar al banco!

Ella respondió con autoridad y nerviosismo:

—¡Pero este perro sí puede!

Y sin hacer más caso, entró con el perro en sus brazos, ante la vista de todo el mundo. La escena fue filmada por las cámaras de seguridad.

* * *

Pero, ¿qué hacer con el perro?

Ella lo encerró en un cuarto de baño del personal, y se dirigió a su jefe para pedirle permiso y llevarlo a su casa. Extraña petición, pero más extraña fue la amable aceptación de su jefe, gran demostración de inteligencia emocional. De otro modo, ¿cómo deshacerse de un perro bravo que asustaba a los que entraban y salían?

En esa esquina del Banco Mercantil y de la Vicepresidencia de la República es muy difícil conseguir un taxi, y lo traje a pie; menos mal el camino es de bajada.

Ella llegó a casa jadeante y colocó el perro sobre el piso ante la puerta. Fue en ese momento que abrió Amanda y exclamó: ¡Ohhhhh Nooooo! —A la Amanda le da el tistapi cuando la Lili o yo nos aparecemos en casa con una nueva mascota—.

Por supuesto, la Lili se haría cargo de su perro temprano en la mañana y tarde en la noche, antes de ir a dormir. Durante todo el santo día y parte de la noche me haría cargo yo, de modo que te convendría conocer algo acerca de mi agenda de trabajo.

* * *

En estos meses me encuentro editando la parte final de la *Biblia Decodificada*, que es mi versión personal de la Palabra de Dios. Por eso, trabajo en la computadora, rodeado de muchos libros.

Mi biblioteca donde trabajo se encuentra al lado del dormitorio de la Lili, ahora resguardado por un perro bravo. Y abajo, en todo el primer piso, funciona una oficina de auditoría dirigida por Amanda y visitada por muchas personas, sobre todo en este mes de abril en que presentan los estados financieros del año pasado.

La única manera de que hubiera paz en la casa era meterlo al Shequel a mi biblioteca, corriendo el riesgo de que me pudiese destrozar los libros con sus travesuras de que hacía alarde en el primer piso. Pero el Shequel nunca ocasionó ningún destrozo en esta área sagrada del mundo. El Shequel mostraba gran reverencia.

* * *

Cuando lo metí a la biblioteca, lo primero que hizo fue mirarse en un gran espejo que casi llega al piso. Yo no puse allí ese espejo; lo puso la Amanda cuando en ese ambiente estaba antes nuestro dormitorio y su tocador.

El Shequel se miraba y se remiraba en el espejo, porque es coquetón. En esto no se parece a mí, que casi nunca me miro en ese espejo, y hace tiempo que no estoy informado de mi aspecto personal, que debe ser joven, al juzgar por lo que me dicen las cholitas, mis caseritas del Mercado Rodríguez, donde semanalmente hago las compras para el hogar: “¡Gracias, joven!”. —Una de las que me dice así ni siquiera tiene 10 años de edad, y yo ya paso los 72—.

Le dije: “¡Echate!” Pero él no sabía esta palabra.

Le dije “siéntate”, y él sí sabía esta palabra. No sabía la palabra “échate”, pero después de sentarse sobre sus cuatro letras, como se dice en Celendín, era seguro que también se echaría a dormir sobre el tapete que yo había colocado al pie del espejo, frente a mi mesa de trabajo, como para mirarnos las caras y podernos guiñar.

Aparte de su obsesión por el espejo, sí que se parecía a mí, o intentaba imitarme en todo lo que yo hacía, como podrás ver en las siguientes siete anécdotas que he escogido para ti. . .

* * *

Uno de esos días instalaron en el vallecito del Choqueyapu, junto al edificio del Mercado Camacho, un poste altísimo para la Línea Azul del Teleférico de La Paz. Para mi asombro lo instalaron en un solo día, mediante una grúa gigantesca como nunca antes yo había visto una igual.

Como está frente al ventanal de mi biblioteca, yo vi todo el proceso de la instalación, empezando por la parte inferior; todo era impresionante. Yo me paraba junto a ventana largo rato para mirar, y cuando me cansaba volvía a mi trabajo en la computadora. Entonces el Shequel se iba al mismo lugar donde yo me paraba, se ponía en dos patitas, se apoyaba con sus dos manitas levantadas sobre la pared y se ponía a mirar él también. Pero, ¡qué piña! El pobre no alcanzaba a la ventana, ni aún parándose en puntitas de pie.

* * *

A mí me gusta ver las noticias del mundo en la tele, en mis programas favoritos en francés: TV5Monde, France 24, etc. Para eso me acomodo en mi sillón en la sala, en el primer piso.

El Shequel vio eso, y antes que yo me dirigiera a mi sillón, ya estaba él en mi lugar, bien sentadote sobre sus cuatro letras, como se dice en Celendín. Y como no sabe la palabra “bájate”, yo mismo lo bajaba con mis manos para sentarme luego a las ganadas con él.

* * *

Una mañana tomé un baño en la ducha, y el Shequel me acompañó en el cuarto de baño. Era la manera de mantenerlo callado, sin ladrar a las personas que acuden a la oficina de auditoría en el primer piso.

Pero el Shequel también quería entrar a la ducha, e insistentemente abría la cortina con su patita.

Yo le salpicaba agua con los dedos para alejarlo, pero él insistía en entrar a la chorrera, y con sus ojitos inocentes se ponía a contemplar de arriba abajo mi hermosa anatomía.

Entonces le di un empujón y él se fue a echarse junto a la puerta del baño. “¡Muy bien, muchacho”, le dije. Y continué con mi baño sin ninguna novedad.

Todo prosiguió en paz y en silencio, pero cuando corrí la cortina y salí de la ducha vi que el Shequel lo había hecho feliz al rollo de papel higiénico, y los pedacitos menudos de papel estaban regados en todo el piso.

* * *

Pues bien, una vez a la semana, al llegar del mercado Rodríguez, yo preparo Sopa de Verduras frescas, para aligerar el espacio dentro del refrigerador. Y el Shequel se encuentra a mi lado en la cocina, para ayudarme a preparar la sopa.

Cuando pelo y corto en pequeñas tajadas las zanahorias, allí está él ladrando para que le dé zanahorias, y cuando se las doy, las come con curiosidad. Lo mismo hace con las papas que yo pelo y corto en pequeños cubitos.

Ese día se alocaba ladrando para que le diera las hojas del apio que yo estaba cortando, y para que se callara, se las di. Y él comenzó a comer el apio al pie de la mesa mientras yo alistaba los demás ingredientes para la sopa.

“¡Un perro vegetariano!”, dirás. ¡Te equivocas! Porque cuando se me ocurrió ver a qué se debía su inusitado silencio en la cocina, vi debajo de la mesa, y he aquí, las zanahorias, las papas y las hojas de apio convertidas en un zafarrancho en todo el espacio alrededor de mis pies.

* * *

Cada mañana, cuando nos disponemos a tomar el desayuno, él está parado y apoyado en el borde de la mesa con una o con dos manitas, al lado de uno o al lado de otro, según la cara de generosidad y el grado de inteligencia emocional que ostente. Está siempre parado así, pidiéndole comida al uno y luego al otro. Pero conmigo hace algo distinto: Cuando le doy algo a mi derecha, de inmediato se acomoda también a mi izquierda, como quien quiere hacerme creer: “Yo soy otro perro. No soy el mismo perro al que le acabas de dar. Dame a mí también.”

¡Qué asombrosa manera de pararse en dos patitas y dar la vuelta erguido, apoyándose en el respaldo de mi silla! ¡A veces se pasa de uno a otro de nosotros, y también de regreso, caminando como un ser humano o como un extraterrestre!

Así las cosas, el Shequel se convirtió en el dueño de la casa y en el mimado de las lindas chicas que trabajan en la contabilidad con Amandita, mi mujer. El era el foco de toda conversación y de las caricias de todos cuantos llegaban a casa.

Era lindo, y él lo sabía muy bien.

* * *

Cada vez que la Lili llega del banco, el Shequel es capaz de atravesar las paredes para acudir disparado hacia ella y expresarle su tierno amor. ¡Vieras como baja las gradas como un rayo! ¡Vieras qué escenas de amor! ¡Hasta se orina de pura emoción! Como bien dice ella, a su Shequel, a su hijito, sólo le falta hablar. Pero lo compensa con ladrar y morder con ternura.

Un día, la Lili y su novio, el Rodrigo, se pusieron a bailar, así, bien pegaditos al son de una melodía de amor, y el Shequel pidió que lo incluyesen a él también en el baile. Y sin que lo inviten se metió en medio para bailar entre los dos, abrazado de la Lili.

—Esto es lo que en buen francés se llama “*menage à trois*”, ¿verdad doc?

—¡Estás en lo cierto, Calongo! Y está de más decir, que en una relación de “*menage à trois*”, el olor o el sabor del uno necesariamente se le pega al otro, y al perro, como dice el himno, “Sabor a mí”.

* * *

¿Quieres otra?

Cada mañana al encender mi computadora y al abrir el programa de la *Biblia Decodificada* en que vengo trabajando, abro mis Biblias en diversos idiomas y ediciones y las acomodo a mi alrededor. A mi mano derecha siempre está abierta mi Biblia Hebrea, escrita en caracteres hebreos, por supuesto.

Entonces, mientras oro pidiendo a Dios su dirección, se acerca el Shequel, ceremoniosamente se para en dos patitas a mi lado. El pone con cuidado sus manitas en el borde de la mesa, observa el monitor de mi computadora y acerca su cabecita a la página abierta del Texto Sagrado, y se pone a leer. ¡Es el único perro debajo del cielo que puede leer en hebreo!

Esto ha hecho varias veces el Shequel, y con el mismo despliegue devocional. Así que pensé ponerle su *kipáh*.

También se acerca a mí por debajo de la mesa, y coloca su cabecita entre mis piernas. Entonces yo la aprieto entre mis rodillas, y él se deja apretar muy feliz.

* * *

Así como el Shequel se parece tanto a mí, o al menos intentaba imitarme en todo, misteriosamente también se parecía a mi suegro en muchas cosas.

En primer lugar se parecía a mi suegro en su ladrido. No que el Higinio ladrara, sino en la manera de imponer su autoridad y su voluntad con el poder de su labia y su poderosa voz. Por algo el Higinio fue en vida, a pesar de ser invidente, un gran dirigente sindicalista y un líder de peso como para estar al lado de los presidentes de la República.

Se parecía también a él porque cuando yo iba a su casa llevando la comida para comer juntos, y alistaba la comida en los platos para el Higinio, para la Olguita y para mí, él se paraba pegadito a mí como el Shequel, agarrado de mi antebrazo, desplazándose a cada centímetro según me desplazaba yo. Y sin parar él hablaba a mis oídos los temas trillados de su demencia senil: Los curas, las monjas, los comunistas, las cholitas, los choleros, el Evo, el MNR, los platillos voladores, etc. etc. etc.

El Higinio, que murió a los 88 años de edad, combinaba sus rajes políticos con imitaciones —era un gran imitador de voces—, con poesías chistosas, y a veces con canciones de sus tiempos mozos, porque hasta el tiempo de su partida conservaba su voz de galán. Pero sus coplas del Carnaval de Valle Grande me tenían hartos.

* * *

Pero en lo que más se parecían el Shequel y el Higinio era en la *quasi* veneración que ambos le tenían a la palabra “calle”. Si le decías “calle” al Higinio, inmediatamente se iluminaba su rostro, se ponía su saco y te tomaba del antebrazo, porque la calle le atraía como si fuese la antesala del cielo.

Lo mismo ocurría cuando al Shequel yo le decía: “¿Vamos a la calle?” “¿Vamos a la Olguita?”, “¿Quieres salir a la calle a pasear?” o simplemente cuando le decía “¡Calle!” Entonces él me mostraba dónde estaba su correa para que se la pusiese.

Por eso, yo le decía a Amanda, mi mujer: “Muéstrale mucho cariño al Shequel, porque a lo mejor resulta que no es tu nieto, sino tu papá, reencarnado como perro.

¡Tanto que amaba en vida a los perros el Higinio, sobre todo a los perritos falderos como la Molly! ¡El amaba a todos los perros, incluso a los perros pedorros y hediondos, carajo!”

* * *

Una tarde las chicas que trabajan en casa, Amanda y yo, volvimos a comentar en el comedor la “cátedra canina” que me dio ese señor en la Plaza Avaroa.

Yo les digo:

—La Dra. Ximena dice que el Shequel no va a crecer mucho más.

Mi mujer exclama, mirando al cielo:

—¡Gloria a Dios!

Prosigo diciendo:

—Además, dice que no tiene dos mesecitos, como decía el señor Avaroa, sino un año dos mesecitos, al juzgar por su dentición.

La Silvia, que tiene en casa tres perros adoptados, comenta:

—De todos modos, todavía es un cachorrito. . .

Y concluyo diciendo:

—Y también dice la Dra. Ximena que no es de raza Pastor Inglés, sino que es un perrito chapi, o como ella dice, “es un chapicito”. O sea que no vale 200 o 300 dólares como dijo el señor Avaroa. A propósito, un shequel en tiempos bíblicos equivalía a 11 gramos de plata. Actualmente equivale a la cuarta parte de un dólar. O sea, cuatro shequels son un dólar. O sea que un shequel es como dos bolivianos.

Entonces la Claudia exclama:

—¡O sea que no vale ni un shequel!

Y eso provocó la carcajada de todos, con excepción de Melisa, quien realmente lo adora al Shequel, y quien me ayudó a cuidarlo todo el tiempo que él estuvo en casa con nosotros.

* * *

Así llegó el día el cumpleaños de la Lili Ester el 13 de abril. Hasta ese día nadie había llamado por teléfono para preguntarnos por el Shequel, que ya era nuestro y de nadie más.

Con este motivo el Rodrigo organizó en casa una fiesta sorpresa en la noche. Ella no debía saber de su fiesta, que de paso, sería del tipo de las “pijamadas”, o en términos generales, una fiesta infantil, con payasos y todo.

Para evitar que la Lili se enterara de su fiesta sorpresa, el Rodrigo tuvo que venir a casa en la tarde, mientras ella estaba trabajando en el banco, y trajo los gorritos, los pitos, las máscaras, los globos inflados con helio, etc.

Y cuando tocó el timbre, el Shequel salió disparado de la sala de la biblioteca para recibir a su amada con la afabilidad de siempre. Pero, ¡que piña! No era ella. Era el otro.

—Lo que nos enseña, modestia aparte, que no hay perro que sea perfecto, ¿verdad doc?

—Estás en lo cierto, Calongo. Aunque su sentido del olfato sea mil veces más desarrollado que el nuestro.

El Shequel llegó a tener fuertes celos del Rodrigo, pero no pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta que la Lili y el Rodrigo eran “una sola carne”, como dice la Palabra de Dios.

* * *

En la noche llegaron los payasos y las payasas muy puntuales, a su hora. Sólo faltaba llegar la agasajada, para que le griten: ¡¡¡¡Surprise!!!

Pero, ¿qué hacer con el Shequel? El podría armar un quilombo, un enorme zafarrancho, y echar a perder la velada.

Entonces la Amanda tuvo la genial idea de encerrarnos al Shequel y a mí en la biblioteca todo el tiempo que durase la velada.

¡Qué tarea tan difícil era mantener en calma al Shequel para que no se escapara y se aventara desde el segundo piso sobre la nutrida concurrencia, entre ellos algunos invitados del personal del Banco Mercantil! Como me llevaron una tajada de pizza, yo logré a duras penas mantenerlo en calma dándole pedacitos.

Hacia el final de la velada la Claudia subió a la biblioteca y me dijo:

—¡Le llaman a usted y al Shequel para la foto de rigor!

Yo bajé con el perro en mis brazos. ¡Cuánto me costó evitar que saltara a los brazos de su mami Lili y le echara a perder su atuendo festivo!

* * *

La noticia de la fiesta le deleitó a Olguita, la viuda de Don Higinio Peña de Cuéllar, el padre de Amandita y mi suegro. Yo le conté detalle por detalle lo de la fiesta, porque ella misma me hacía preguntas, muchas preguntas, mientras acariciaba al Shequel a quien no puede ver porque ella es invidente, como lo era su esposo, el Higinio.

Cada mañana el Shequel y yo vamos a la casa de Olguita para tomar con ella el desayuno. El Shequel ya sabe a qué hora hay que salir para ir a su casa, y me enseña su correa, para que se la ponga y salgamos juntos.

* * *

Un día después, la Lili lo llevó al Shequel a la peluquería para que lo bañen y le corten el pelo con estilo. Había que dejarlo allí por dos horas. Y cuando llamaron para informar que el galán ya estaba listo, todos en casa nos agolpamos a la puerta de la casa para ver qué aspecto tendría. ¡Y he aquí que se trataba de un dálmata, y no lo sabíamos a causa de su copiosa pelambre! Como también era mezcla de Cocker Spaniel y Poodle, tenía esa abundante cabellera blanca con manchas negras y brillaba con esplendor ante el viento, cuando lo sacaban a pasear en el auto.

El Shequel, ahora, libre de tan nutrida cabellera se sentía en su gloria. Y cuánto más cuando sabía que el fin de semana iría de paseo a la casa del Rodrigo, que tiene jardín, y retozaría con los tres perritos adoptados que tiene su familia: Mambo el machito, y Samba y Milonga las hembritas.

Como en los fines de semana, un día y una noche pasaría el Shequel de visita allí, y yo me desesperaba por verlo entrar a la casa de regreso, abriéndose camino como una bala. Pero esta vez volvió muy decaído y sin apetito.

* * *

Al siguiente día lo llevamos al consultorio de la Dra. Ximena, y ella vio necesario ponerle una inyección con analgésico para calmar el dolor que sufría en su vientre, aparte de otra para aliviar sus vómitos y prevenir cualquier brote de hepatitis. Y como no quería beber agua, nos recetó darle mediante una jeringa sobrecitos de Glucosamin 12 disueltos en agua. El Glucosamin 12 es un polvo energético y reconstituyente que contiene vitaminas y dextrosa c.s. que ayuda a superar la insuficiencia hepática.

El Shequel pareció recuperarse bien, pero no comía nada.

Al siguiente día la Dra. Ximena tuvo que aplicarle suero por su mollera, por la parte de la piel de donde las mamás levantan a sus cachorritos sin que les duela. Y en lugar de Glucosamin12 nos dijo que le diéramos Gatorade, esa bebida con que se refrescan y se reaniman los deportistas, sin pecar.

El Shequel pareció recuperarse, pero no comía nada, y tenía diarrea con bastante sangre.

* * *

Al siguiente día lo llevamos al consultorio ya no en brazos, sino en una tinita de plástico de esas en que se baña a los bebés. Ya no podía pararse ni coordinaba sus movimientos. Tampoco podía cerrar sus párpados.

La Dra. Ximena le aplicó una dosis suave de anestesia y le hizo una ecografía. Su hígado estaba muy inflamado y además tenía una bola en el estómago. Era necesario hacerlo dormir, pero ella no quiso aplicarle una inyección letal, sino que le puso una segunda dosis suave de anestesia para que no sufriera nada.

Pasó mucho tiempo para que desapareciera todo signo vital; la Dra. Ximena controlaba este proceso con una computadora. Todo ese tiempo estaba en las manos amorosas del Rodrigo, que dejaba correr sus lágrimas sobre su tierno rival.

Yo no podría jamás ver esta escena y me encontraba en la calle, caminando de arriba abajo, llorando y esperando que se apareciera Amanda con su auto para llevarlo a la Funeraria Valdivia, que tiene un Cementerio para Perritos en Villa Salomé.

* * *

Entonces nos llamó la Lili Ester desde el banco, y nos dijo que quería que fuera cremado, para que de este modo tener a su Shequel a su lado siempre.

Eso ocurrió, y al segundo día recogimos la cajita con sus cenizas, y un Certificado de Cremación que dice:

Funeraria Valdivia certifica haber realizado la cremación de la mascota:

SHEQUEL CHAVEZ PEÑA

Cuya cremación se llevó a cabo en la ciudad de La Paz

el día 18 de Abril de 2018

y las cenizas fueron entregadas posteriormente a la familia
para su correspondiente disposición final.

Es cuando certificamos para los fines consiguientes del interesado

La Paz, 19 de Abril de 2018

Sello FUNERARIA VALDIVIA

* * *

—¿Quién podría imaginar semejante experiencia de menos de un mes que estuvo el Shequel con nosotros?

—¿No sería el Shequel un extraterrestre? Porque cuándo se ha visto un perro que camine y baile tango y muestre tanto interés por la *Biblia Decodificada*.

Sin duda se trató de un perro muy especial, y el Santo Bendito Sea determinó que disfrutase sus últimos momentos en el seno de una familia que por alguna razón él considera especial. Tengo razones para decir que con nosotros sólo gozó y su agonía duró muy poco.

A pesar del enorme trabajo que significó atenderlo, yo doy gracias a Dios que no cometí ningún error, y que lo cuidé, como diría San Francisco de Asís, como a mi hermanito pequeño, porque las mismas manos divinas nos hicieron a él y a mí.

* * *

Según lo que nos dicen los expertos, se trató de “hepatitis del tipo común”, que es una inflamación hepática por la exposición del organismo a mala alimentación, a productos tóxicos y a medicamentos que pueden producir daños en el hígado, lo cual se agrava cuando no se les trata con amor e incluso se los maltrata físicamente.

Este es el tipo de hepatitis de los perros a quienes sus dueños consideran “basureros” a donde arrojar la basura. En este tipo de hepatitis los síntomas se presentan recién cuando el daño ocasionado al hígado es grave e irreversible, y el perrito puede morir en días, e incluso en horas.

Otro tipo de hepatitis que pudo haber sufrido el Shequel es la “hepatitis infecciosa”, producida por el virus Adenovirus, que se contagia por contacto con la orina de otros perros o con objetos contaminados. Este tipo es más fácil de detectar a tiempo y de controlar; pero no existe tal cosa de que un perro enfermo de hepatitis se sane.

Y un tercer tipo de hepatitis canina, más raro, es la “hepatitis autoinmune” que es una reacción del propio sistema inmunológico del perro que ataca a los hepatocitos o células sanas de su hígado al confundirlas con células dañinas y agentes patógenos.

* * *

Olguita llora la partida de su amiguito Shequel que le visitaba todas las mañanas a la hora del desayuno. Y como los ciegos pueden ver cosas que los que vemos no podemos ver, me dice:

—Yo pienso que este perrito no se perdió o se extravió, sino que su dueño lo ha llevado a la esquina del Banco Mercantil y de la Vicepresidencia de la República para abandonarlo allí.

Le pregunto:

—¿Para abandonarlo allí, para no verlo morir y evitar cualquier gasto? ¿Sabrían que estaba enfermo y que no había más remedio?

Me dice:

—Quizás ni sabían que iba a morir tan pronto, como nosotros mismos jamás sospechamos. . .

Le pregunto:

—¿Y qué te hace pensar que lo llevaron a esa esquina con el propósito de abandonarlo?

Me dice:

—Pienso así por lo que usted me cuenta: Que el perrito no tenía arnés para correa, sino sólo una chompita que le quedaba chiquita y le apretaba, y que tenía escritas las palabras: TE EXTRAÑO.

Y añade, conteniendo el llanto:

—Esa chompita no era su chompita del Shequel, ni tampoco su dueño quería dar a entender a quien pudiera rescatarlo, que extrañaba a su perrito que abandonaba a su suerte.

Le pregunto:

—¿Entonces por qué le puso esa chompita?

Me dice:

—Esa chompita era de un osito de peluche que una persona enamorada le obsequió a quien en su momento era objeto de su amor. Después del peluche vino el Shequel, cuando todo marchaba viento en popa. Pero ese amor de pareja se ha deshecho, y el que pagó el pato ha sido el Shequel, a quien le pusieron la chompita del osito de peluche en el momento de deshacerse de él. Estas cosas les ocurren no sólo a los perritos, sino también a los niños pequeños.

Así son de tristes las cosas en este mundo, porque una mañana muy temprano que pasé por El Prado vi a un niño que había pasado la noche durmiendo doblado en el piso de un cajero automático. Y otra madrugada vi a tres niños que habían dormido en el mismo cajero automático, de pie, para resguardarse de la lluvia y del frío de esta ciudad, la más alta del mundo.

* * *

Muy frecuentes son las afecciones al hígado en los perritos, debido a que por naturaleza tienen que olfatear todo, sobre todo lo de otros perros, incluidos sus potos, que en el mundo canino funcionan como fotos, o Cédulas de Identidad, o como DNI. Esto es contrarrestado en los perritos que tienen la dicha de ser mascotas amados por sus dueños y que reciben a tiempo las vacunas de refuerzo para evitar la hepatitis.

En mi ignorancia le hago muchas preguntas a la Dra. Ximena. Le digo:

—Pero, doctora, ¿qué de los perros callejeros que se alimentan de la basura y no les pasa nada. ¿Por qué ellos son tan resistentes si no tienen ninguna protección?

Y su respuesta me deprimió mucho:

—Esto que se piensa de los perros callejeros no tiene ningún asidero. Todos los perros están expuestos a las afecciones hepáticas, y los callejeros o abandonados por sus dueños y que hurgan en la basura están más expuestos aun. Un perro que ves abandonado en la calle va a morir pronto; no lo verás vagando por meses o años. A veces sólo lo verás por días. Ellos se cobijan debajo de algún puente o a la sombra de algún matorral, y se mueren. Todos los días en las grandes urbes los carros basureros recogen sus cuerpos para evitar la contaminación ambiental.

* * *

Ahora nos quedan en nuestra casa algunos recuerdos suyos que he de descartar tras escribir esta historia:

Nos queda su bolsa casi llena de “Tiernitos” a base de pollo, arroz y cereales, con Omega 3, 6 y 9, con Multivitaminas, Minerales y Nutrientes Esenciales, Industria Argentina. Esa bolsa será para el Mambo, la Samba y la Milonga.

También nos queda su botella casi llena de Gatorade, que no alcanzó a beber, y la cajita de su Amoxi Plus.

Nos hemos deshecho de su camita y de su correa, porque la Dra. Ximena nos advirtió que si fueran usados por algún otro perrito, se podría contagiar de hepatitis, por la tendencia que tienen los perritos de oler todo lo que pertenece o perteneció a otro perrito.

Sólo conservaremos su chalequito gris que le compró su mamá Lili y su pequeña chompita de color chocolate con la inscripción: TE EXTRAÑO.

* * *

Pero el recuerdo más valioso es el aporte del Shequel a la edición de la *Biblia Decodificada*.

El llegó a casa en el momento cuando yo empecé a editar el libro de 2 Crónicas de la *Biblia Decodificada*, mi versión personal de la Biblia. Me encontraba en el versículo 17 del primer capítulo, que dice del rey Salomón en la RVA: “Cada carro que importaba de Egipto costaba 600 siclos de plata; y cada caballo 150 siclos.”

Cuando la Lili le puso su nombre Shequel, se me ocurrió escribir así: “Cada carro que importaba de Egipto costaba 600 shequels de plata; y cada caballo 150 shequels.”

Acto seguido, cambié *siclos* por *shequels* desde Génesis hasta 2 Crónicas, y lo haré en el resto de la Biblia, porque su castellanización como “siclo” se confunde con “ciclo” y con “siglo”, además de no tener fundamento.

Su nombre, שֶׁקֶל en caracteres hebreos, es la unidad de cambio en Israel. Significa “peso”, porque en tiempos bíblicos no había monedas, sino que se pesaba la plata. Ese es el origen de la designación “peso” como unidad monetaria. En Bolivia se cambió de “pesos” a “bolivianos”.

* * *

Conservaré siempre tu chompita de color chocolate con leche, porque de veras llegó a ser tuya, y porque de veras, ¡TE EXTRAÑO! como te extraña tu mami Lili y tu abuelita Amandita, y todos los que gozamos de tu presencia en casa.

Damos gracias por ti y alabamos a nuestro Creador por la maravilla de tu existencia.

Así es como un Shequel enamorado y lleno de vitalidad se abrió camino a la historia de la *Biblia Decodificada*.

5
¡PETARDO, PRESIDENTE!



Todo el mes de julio del 2015 la ciudad de La Paz, sede del gobierno de Bolivia, se vio en jaque por una gran movilización de marchistas provenientes de Potosí pidiendo que el Presidente Evo cumpliera sus promesas electorales hechas a este departamento, cuyas riquezas y gente han sido devastadas por los españoles y por los bolivianos hasta el presente, sin que los gobiernos hicieran a cambio algo notable para aliviar la situación que lo ubica en el sitio del departamento más pobre del país.

Los marchistas fueron movilizados a la ciudad de La Paz por el COMCIPO (Comité Cívico de Potosí), y a la manera de los indígenas del Tipnis, vinieron a pie, cubriendo la distancia de más de 530 kilómetros que separan Potosí y La Paz, para presentar su pliego de reclamos al Presidente Evo, cuya marca registrada es la de un hombre que promete y promete pero nunca mete su firma que lo obligue a cumplir sus promesas.

* * *

El Presidente, que gusta medir fuerzas con todo hombre o institución del país, incluso con los pobres discapacitados, decidió no recibirlos, no escucharlos, no mirarlos, y en última instancia, apresarse a sus dirigentes.

La policía recibió órdenes de dispersarlos recurriendo a bombas lacrimógenas y al “Neptuno”, el carro lanza chorros de agua a presión. Y los marchistas recurrieron a sus petardos y dinamita, llegando inclusive a ocupar las instalaciones del Ministerio de Gobierno en la Avenida Arce. Y delante de ellos, marchaba quien parecía liderarlos con denuedo y valor, un perro humano, vestido con casco de minero y con los colores de Potosí,

que volvía a la carga, a pesar de ser levantado en el aire por la fuerza de los chorros de agua del Neptuno, a pesar de las bombas lacrimógenas y la multitud de petardos cuyo estallido no le amedrentaba, por lo que los marchistas le llamaron por primera vez con su nombre, Petardo.

—Petardo suena mejor que Gerardo, o Eduardo, o Medardo, o Leonardo, ¿verdad?

—¡Verdad que suena, ché!

—Estoy seguro que de aquí en adelante será el nombre preferido de los hermosos cachorros que nazcan en Bolivia y en todo el mundo.

* * *

Pero de un momento a otro, el heroico Petardo desapareció.

¿Dónde está el Petardo? Era la interrogante de todos los marchistas y del público de La Paz, acostumbrado a verlo en los noticieros de la televisión como vocero de la gente de Potosí.

La gente de S.O.S, la entidad que vela por los Derechos de los Animales, vio que sangraba de la nariz a causa de algún balín que la rozó y decidieron negociar con los dirigentes de los marchistas para que se le diera la debida atención médica.

Yo también, acostumbrado a mirarlo y a admirarlo, extrañé no verlo más en la tele, y una noche lo soñé. ¡En toda mi vida no había visto un perro tan parecido a un ser humano! ¡A un líder!

Yo desperté repitiendo la pregunta:

—¿Dónde está el Petardo? ¿Dónde está el Petardo? ¿Dónde está el Petardo?

Y mi esposa me dijo:

—Está en las instalaciones de S.O.S. Ellos lo han rescatado porque ha sido herido.

* * *

Más de 530 kilómetros caminaron los marchistas de Potosí rumbo a La Paz, la sede del gobierno. Y después de pasar por la ciudad de Oruro, acercándose a Caracollo, un perro callejero se acerca a ellos y no les ladra. Simplemente marcha a su lado, y cuando se detienen a descansar, él también se detiene y con humildad les lame los pies, y come agradecido el pedazo de pan que uno de los marchistas le arroja al suelo.

Cuando prosiguen la marcha, el perro sigue al lado de ellos, esforzándose gradualmente por ser admitido en su medio.

Cuando llegan a la ciudad de La Paz, los marchistas ya lo habían aceptado como uno de ellos, e inclusive lo ciñeron con el pañuelo rojo y blanco que simboliza a Potosí.

Nadie esperaba que les acompañaría también en las marchas por las avenidas de La Paz, y en las confrontaciones con la policía frente a la sede del Ministerio de la Presidencia. Entonces Petardo se convirtió en un líder de los marchistas.

* * *

Un líder federalista con el atractivo de Petardo, que hasta fines de julio ya tenía cerca de 18.000 seguidores en Facebook, tenía miles de personas que anhelaban adoptarlo con todo el impulso de su corazón. Pero convertido en *celebrity*, y contando detrás de sí a todo un ejercito de potosinos que lo amaban y lo reclamaban, S.O.S. decidió devolvérselos, después de haberle dado el tratamiento médico requerido.

Mientras tanto, tras el apresamiento de numerosos marchistas después que un petardo estallara en el edificio de la Embajada de Alemania, los marchistas decidieron volver a Potosí para continuar su lucha reivindicatoria desde su propio suelo explotado y abusado durante siglos.

Petardo iría al frente de ellos a la ciudad de Potosí.

* * *

A estas alturas, Petardo ya era visto como el perro que bien podría suceder a Evo Morales en la presidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Para empezar, cerca de 4000 personas se habían suscrito a una comunidad de fans que pide que Petardo sea Presidente de Bolivia, y el grito se hizo escuchar a partir de los últimos días de la permanencia de los marchista potosinos en La Paz:

—¡Petardo, Presidente!

—¡¡Petardo, Presidente!!

—¡¡¡Petardo, Presidente!!!

* * *

Cuando el vehículo que lo transportó con los centenares de marchistas se acercó a la ciudad de Potosí, fue organizado un apoteósico recibimiento para Petardo, y entre la multitud de niños y personas mayores que se abrían camino para verlo de cerca, había una perrita que portaba en su cuello una pancarta que decía:

¡PETARDO!

¡¡¡POTOSÍ TE DA LA BIENVENIDA!!!

El 1 agosto del 2015 la empresa noticiosa BBC Mundo lanzó en Internet su informe de los acontecimientos de su entrada triunfal en la ciudad diciendo: “El pasado jueves 30 de julio, Petardo fue recibido como un héroe en Potosí. Uno de los organizadores de la recepción en Potosí gritaba por un megáfono diciendo: “¡Aguantando gases, aguantando el Neptuno (camión con cañón de agua de la policía) y tragando agua estuvo con los manifestantes cuya protesta ha mantenido durante un mes en vilo a Bolivia!”

* * *

Tras las movilizaciones en la sede de gobierno de Bolivia, cientos de manifestantes potosinos regresaban a casa con un protagonista inesperado. Y cuando los vehículos ingresan a la ciudad el presentador grita: “¡Queremos ver a Petardo! ¡Queremos ver a Petardo!”

Entonces Adolfo Vara, uno de los asesores de la COMCIPO que caminó hasta La Paz, levantó a Petardo en sus manos, ataviado con guirnaldas, chaleco potosino y el pelaje cubierto de confetti, en el más pulcro estilo del Evo y del Alvaro García Linera.

El griterío de la multitud era conmovedor.

Tanta bravura demostró Petardo en las reivindicaciones que exigían al Presidente Morales que realice una serie de 26 obras que fueron prometidas en el 2010 y que mejorarían las condiciones en el departamento de Potosí, que la ciudad de Potosí le va a erigir un monumento. Y desde ya se espera que dicho monumento será de veras el símbolo de Potosí, y no el ícono del Dakar que ha quedado identificado como símbolo del MAS. Y se espera que los turistas del mundo viajarán a Bolivia para ver el Salar de Uyuni y la estatua de Petardo, ambos en territorio de Potosí.

* * *

Al regresar a La Paz después de mis actividades académicas en Lima y la inauguración de la CBUP-VIRTUAL, me entero que ha ganado el “NO” en el último referéndum, rechazando que Evo Morales postule por cuarta vez a la presidencia de la república y renueve en el año 2020 un nuevo mandato de cinco años. Desde ese 21 de febrero se había difundido en todo el mundo el slogan: ¡BOLIVIA DICE NO!

Entonces le pregunto a mi mujer, que me informa que en Potosí también ganó el “NO”:

—¿Y qué se sabe del Petardo? ¿Se escucha algo de él?

Y responde:

—El Petardo ya tiene su mujer. Ahora viven en una mansión señorial y los turistas hacen cola para verlo y tomarse una foto a su lado.

—¿Y quién es pues su mujer? ¿No será la perrita que cubierta de guirnaldas y confetti que salió a darle la bienvenida cuando entró a Potosí, luciendo su chaleco potosino?

—¡Luáse! No sé si será la misma perra, pero dicen que es una “carita conocida”. . . El hecho es que ahora que perdió el SI, con mayor esperanza la gente acude a proclamarlo: ¡PETARDO PRESIDENTE!

6
DOCTORA HONORIS CAUSA



En julio del 2008 los estudiantes del Programa de Doctorado de la California Biblical University of Peru (CBUP) tuvieron un raro privilegio académico, algo único en su género que no se repetirá en América Latina: En tiempo record pudieron tener una respetable introducción al arameo y a la Peshitta (la Biblia en arameo), a cargo de la Lic. Atana de Bilam, Magister en lengua aramea, que nos visitó procedente de su país natal, el lejano Irak.

—El arameo es el idioma que hablaba Jesús, ¿verdad?

—Sí. Es el idioma en que se comunicaba con las multitudes.

—¿Acaso no es un idioma ya muerto?

—Es la fuente más exacta de la enseñanza de Jesús en los Evangelios, y todavía es hablado por algunas minorías étnicas de Siria e Irak hasta el día de hoy. Casualmente, el idioma madre de la Lic. Atana de Bilam no es el árabe, sino el arameo.

—¿Y lo pudieron asimilar los estudiantes de la CBUP? Porque como dice la palabra: “Perro viejo no aprende trucos nuevos.”

—¡Por supuesto que sí! Imagínate que al terminar el curso, ellos sentían un extraño placer al entender hablar a los personajes de la “Pasión de Cristo”, el documental cinematográfico del Mel Gibson que fue filmado en arameo.

* * *

Entre los estudiantes del Programa de Doctorado que se inscribieron en el curso de arameo estaban el Dr. Ari Joensuu, Cónsul de Finlandia en el Estado Plurinacional de Bolivia, y el Dr. Luis Alberto Romay, former Mister Bolivia y actual rector de la ECAMM (Escuela de Capacitación Misionera Mundial). El pudo apreciar más el curso de la Sra. De Bilam debido a su vasta erudición en materia de la Peshitta.

Entre sus alumnos más aplicados estaban el Dr. Calongo, fanático del idioma que hablaba el Señor, y el Dr. Casiodoro Chico, autor de la novela, *La isháh agradecida*, catalogada por la crítica literaria como más existencial y más mucho más espialidosa que *La teta asustada*, de Claudia Llosa.

Y alguien más disfrutó, asombrado, de este curso de arameo: El Dr. Daniel Bocanegra y Barreto, Padre de la Patria, graduado de la CBUP y Presidente de la ACPCA, a quien se debe la moción de que se concediera el título de *Doctor Honoris Causa* a la Lic. Atana de Bilam, por su dominio del arameo y por atender de manera expedita a la invitación de la CBUP para venir desde Irak y dictar el curso de arameo.

* * *

La Lic. Bilam nos mostró que la Peshita, la Biblia en arameo, es la mejor herramienta de la decodificación bíblica. Ella nos abrió los ojos respecto de la historia de su paisano Balaam, un personaje de veras extraño que los historiógrafos debaten si se trató realmente de un profeta o de un brujo de la estatura del Huachano o de Benny Hinn.

Yo, personalmente, creo que era profeta del Altísimo, pues los misterios de la profecía no tienen por qué ser exclusivos de Israel. Pero como muchos profetas modernos, anti-sionistas confesos, él pervirtió su camino en pos de la coima, al extremo de que, como es sabido, trocó la maldición en bendición.

Al estilo del profeta Hugo Frías, él maldijo a Israel desde lo más hondo de sus entrañas, pero terminó profetizando su futuro como el Estado más admirable del mundo. El Apóstol Pedro dice de él: “Balaam hijo de Beor amó el pago de la injusticia y fue reprendido por su iniquidad: Una muda bestia de carga, hablando con voz de mujer, frenó la locura del profeta” (2 Pedro 2:15, 16).

* * *

Respecto del *affaire* de Balaam con su burra refiere Números 22:27-32 en la *Biblia Sepharad*:

La burra, al ver al Angel del Señor, se recostó debajo de Balaam, y éste se enojó y la azotó con un palo.

Entonces el Señor abrió la boca de la burra, y ésta le dijo a Balaam:

—¿Qué te he hecho para que me hayas azotado estas tres veces?

Balaam respondió a la burra:

—¿Porque te burlas de mí! ¡Ojalá tuviera una espada en mi mano! ¡Ahora mismo te mataría!

La burra le dijo a Balaam:

—¿Acaso no soy yo tu burra? Sobre mí has montado desde que me tienes hasta el día de hoy. ¿Acaso acostumbro hacer esto contigo?

Y él respondió:

—No.

Entonces el Señor abrió los ojos a Balaam, y él vio al Ángel del Señor de pie en el camino, con su espada desenvainada en su mano.

Balaam se inclinó y se postró sobre su rostro, y el ángel del Señor le dijo:

—¿Por qué has azotado a tu burra estas tres veces? He aquí, yo he salido como adversario, porque tu camino es perverso delante de mí. La burra me ha visto y se ha apartado de mi presencia estas tres veces. Si no se hubiera apartado de mí, yo te habría matado a ti, y a ella habría dejado con vida.

Entonces Balaam dijo al Ángel del Señor:

—He pecado.

* * *

Este es un pasaje en extremo codificado.

En primer lugar, la persona misma de Balaam: ¿Era un profeta de verdad? Y de no ser así, ¿a qué se debía su prestigio internacional?

En segundo lugar, su diálogo con la burra. ¿Te das cuenta, Calongo, hasta qué punto el pobre estaba codificado? —A propósito, el Dr. Casiodoro Chico, que estaba durmiendo en la clase, de pronto se despertó y escuchó confundido el diálogo de Balaam con su mujer, la cual le dijo, agradecida: “Sobre mí has montado desde que me tienes hasta el día de hoy.” El pobre Chico también estaba a cual más codificado—.

En tercer lugar: ¿En qué idioma dialogaron la burra y Balaam? La Lic. De Bilam dijo que dialogaron en arameo, el idioma de su ciudad de Petor, junto al Eufrates; aunque según Números 22:5, por ese tiempo Balaam andaba de turista en el territorio de los hijos de Amón, en Jordania.

Volviendo al Dr. Bocanegra y Barreto, su moción para concederle el título de *Doctor Honoris Causa* a la Lic. Atana de Bilam fue apoyada efusivamente por el Dr. Calongo quien se había enamorado perdidamente de la dinámica y de la hermosura del idioma arameo, el idioma en el cual el Señor hablaba a las multitudes. Ahora sólo faltaba presentar la moción a Su Santidad, el Papa Chale I, Presidente Vitalicio de la ACPCA, la Asociación Cultural Peruano Coreana Americana, que sería la que tomaría la decisión final.

* * *

Justo en el momento en que se acababa de apoyar emotivamente la moción del Dr. Daniel Bocanegra para solicitar de la ACPCA que se honrara a la Lic. Atana de Bilam con el título honorífico de *Doctor Honoris Causa*, se despierta el Dr. Calongo e inquires:

—Total, ¿en qué quedó lo de la moción de Daniel el Travieso?

El George Frankenstein, que estaba recostado sobre su pecho, le preguntó:

—¿De qué moción hablas, Calongo?

El Dr. Calongo inquirió expectante:

—¿Fue honrada la hermana Atana de Bilam con el título de *Doctor Honoris Causa*?

Yo le digo:

—¿De qué estás hablando, Calongo? ¿De qué *Doctor Honoris Causa* hablas?

—Del homenaje a la Lic. Atana de Bilam, por tan excelente curso de arameo que ha dictado en la CBUP. . . Del banquete en su honor en el Chifa de la CBUP. . . De su agasajo en la próxima EXPOLITE.

Daniel el Travieso, que digo, el Dr. Daniel Bocanegra, inquires confundido:

—¿Quién es la Lic. Atana de Bilam, ah? Yo nunca he escuchado hablar de ella. . .

El Calongo responde:

—Nuestra profesora de arameo, procedente de Irak, de Petor, de las inmediaciones del río Eufrates. . .

* * *

En medio de semejante confusión, porque el único profesor de arameo en ese módulo académico había sido vuestro humilde servidor, intervengo para aclarar las cosas:

—Calongo, yo había dicho en la clase que *atana de-Bilam* es una burra. . .

—What??? ¡Qué atrevimiento!

—Así es, Calongo, yo dije que *atana de-Bilam* (אתנא דבלעם) significa “burra de Balaam” en arameo, y que esa burra dialogó con Balaam en arameo porque ése era el idioma de Balaam. Contigo o conmigo hubiera dialogado en nuestro hermoso idioma español. Así de simple.

El César Chico Casio le da un codazal Calongo o en su costilla falsa y le dice en voz baja y con perfil bajo:

—Te quedaste dormido, ¡siervazo!

El Calongo se restriega los ojos disimulando su bochorno, y concluye:

—Le hubieran dado nomás el título de *Doctor Honoris Causa* para que no se aburra.

7

AÑO NUEVO, ¡VIDA NUEVA!

Se acercaba la media noche del 31 de diciembre y se festejaba el Año Nuevo.

La iglesia ya se encontraba repleta, porque para esa ocasión tan especial se había publicitado mondongo general para todos los presentes, sin ninguna excepción.

El pastor, un gringuito, Aibor Grinsleid, predicaría sobre el tema “Año Nuevo, Vida Nueva”, justo cuando algunas se disponían a ponerse su calzón amarillo, para atraer el amor y la energía positiva.

En esa noche, otros expresarían sus deseos para el Año Nuevo, y se comerían doce uvas antes de las doce, para atraer la fortuna.

En la ciudad de Huánuco empiezan a sonar las campanas y los coheteros, y los vecinos del Parque Amarilis salen a las calles con grande regocijo. Sólo yo me encontraba desesperado, dando vueltas como perro alrededor de mi equipaje, porque acababa de llegar y no sabía dónde orinar, y me acababan de negar hospedaje para pasar la noche en el mesón.

* * *

En eso, una persona solitaria me grita desde un rincón oscuro:

—¡Ojalá se cumplan sus deseos!

Le respondí:

—¡Muchas gracias! ¡Feliz Año Nuevo!

Y me habla con una labia que me era algo familiar:

—Venga conmigo a la casa de Dios para celebrar el Año Nuevo con mondongo general. ¡Usted es mi invitado de lujo!

Era Fortunato, a quien en la ciudad consideran “borracho de nacimiento”, porque según él mismo dice, cuando fue procreado, sus padres se encontraban en completo estado etílico, y por consiguiente, “él fue en pecado concebido”.

Se había graduado, después de años de licor, y estaba harto de dormir en hoteles de mil estrellas, compartiendo su comida reciclada con sus perros Centurión y Voluntario, que le acompañaban en las buenas y en las malas, hasta que la muerte les separe.

* * *

Pero en ese día especial, “alguien que vale” le había invitado “a la casa de Dios” para las celebraciones de Año Nuevo con “mondongo general”. Le había dicho: “El tema de mi sermón será ‘Año Nuevo, Vida Nueva’, y usted es mi invitado de lujo.”

A mí me dejan ingresar nomá, a pesar de llevar conmigo mi maleta ahorcada (por no decir, mi costalillo). Pero a él, al verle maltrecho y en estado semi etílico, un diácono le pone una tranca con su brazo y le dice:

—¡Hey! ¡Hey! ¡Hey! Una preguntita: ¿Sabe usted donde está?

—¡Claro! En la casa de Dios.

—Sabía usted que a la casa de Dios se viene presentable, y sin perros? Porque escrito está: “Los borrachos no entrarán en el reino de Dios.” Y también dice: “Mas los perros estarán afuera.”

—Yo también le haré una preguntita. Si me responde, entonces no entro: ¿Sabe usted por qué el perro entra a la iglesia?

—Yo no sé. Y tú, ¿crees saberlo? A ver díme, ¿por qué?

—Porque la puerta está abierta. Así que, con su permiso, yo entro nomá.

Fortunato le dio un empujón y entró por la fuerza, y sus dos perros se dispararon adentro para abrirle camino.

* * *

El hermano Tulumba, que así se había sabido llamar el diácono, se incorpora y le sigue, y lo ubica acomodándose justo en medio de la congregación.

Se acerca a él silenciosamente, y le dice con mucha cortesía:

—¿Sería tan amable de desalojar el recinto?

Y sin esperar respuesta, lo toma de su brazo con violencia.

El borracho le dice:

—Hermano, yo no estoy aquí porque sí, sino porque alguien que vale me ha invitado y me ha dicho: “¡Usted es mi invitado de lujo!”

Los perros miran al diácono y rugen, y Fortunato los calma:

—¡Centurión! ¡Voluntario! ¡Compostura, hermanos!

Y el hermano Tulumba le deja, diciéndole con voz imperceptible, y en el más pulcro estilo del Apóstol Hernando de Soto:

—¡Jueputa!

* * *

Fortunato le agarra de la solapa con su mano, le atrae hacia su boca, y le dice con tufo perfumado:

—¿Qué ha dicho? ¿Podría repetirlo para que lo escuchen los hermanos en la congregación?

El diácono siente que se le descoyunta su cadera, y cede cuando Fortunato le dice:

—Si no quiere repetirlo, está bien hermano. Pero yo tengo algo que decirle al oído. Acérquese un poquito más, por favor.

El hermano Tulumba, que es más paloma que serpiente, como todos los hermanos evangélicos, le acerca cariñosamente su oído derecho, como queriendo escuchar atentamente, y en ese momento le cae un sopapo del demonio —coincidentalmente, Fortunato era zurdo—.

El hermano Tulumba se ve en el suelo, sacude su cabeza como volviendo en sí, y se levanta sin saber cómo reaccionar.

* * *

En ese preciso momento interviene otro diácono, el hermano Félix, y le dice:

—Tranquilo, hermano, cálmate. Más bien, esta es tu oportunidad para poner en práctica la palabra que dice: “Si alguien te da un lapo en la mejilla derecha, entrégale también la izquierda.”

Tulumba se llena de ira y dice:

—Hermano, tú que te ves tan Félix en Año Nuevo, acércate un poquito. Yo también quiero susurrarte algo al oído.

Este distingue su cara de pocos amigos, y le dice:

—¡Ni zonzo!

Y el borracho, que se esfuerza por escuchar el anuncio del púlpito, les dice a los dos:

—¡Compostura, hermanos! ¡El pastor va a empezar su sermón!

* * *

El orador sagrado habló con toda claridad y coherencia, y terminó diciendo:

—El Niño Dios fue rechazado, le negaron hospedaje, le hicieron nacer entre animales. Pero él vino por aquellos que le abren su corazón y exclaman con convicción: “¡Año Nuevo, Vida Nueva!”

Y les preguntó:

—¿Alguno de ustedes quiere vida nueva aquí en esta noche?

Silencio absoluto. Nadie se mueve. Nadie responde.

Entonces el predicador dice:

—Temprano en la mañana yo invité en el Parque Amarilis a un señor, y él me dijo: “¡Sale caliente! ¡Hoy estaré contigo en el paraíso!”

Miró alrededor, peinando atentamente la perriferie de la festiva concurrencia y, al no verle por ningún lado, volvió a preguntar de manera insistente:

—¿Estará presente mi invitado de lujo? ¿Estará presente?

Silencio absoluto.

* * *

De repente, en medio de la congregación, Fortunato sintió que una voz alegre, que no era suya pero salía de su garganta, exclamó:

—¡Yo mismo soy! ¡Sale caliente!

Y tomando valor se puso de pie junto con sus dos perros, y prosiguió a decir:

—Yo también nací entre animales, y vivo entre animales.

Y llorando de alegría gritó y exclamó con convicción:

—¡Año Nuevo! ¡Vida Nueva!

8 NONO Y SISI

El sábado fuimos con Molly a Chasquipampa para la clase de piano de la Lili en el “Rincón Musical”.

Al día siguiente Molly ascendería a su “satélite”, a 4.000 metros de altura.

Mientras la Lili repasa a última hora su lección y se alista para ir a su clase, yo bañé a Molly en el jacuzzi para que estuviera limpia cuando se volviera a ver con su enamorado Pochito Vacaflor, en su despedida.

Cuando llegamos al “Rincón Musical”, le digo a Esther Waintrob, su maestra de piano:

—Mañana la Molly irá a vivir en Satélite. Hace mucho frío allá, pero estará dentro de una acogedora casa, y será cuidada con mucho amor.

Y Esther me responde:

—Mi mamá me ha llamado desde España, y me ha pedido que por favor Molly se quede con nosotros para siempre. Ella dice: “¡Cómo la podemos separar a nuestra Molly de su Pochito!”

Y le decimos:

—Esto preferimos nosotros. Pero, ¿qué hacer con los niños de la familia Pires, que esperan a la Molly con mucha ansiedad?

A fines de mayo el frío es intenso en El Alto y en Satélite, una urbanización residencial al sur. Pero siempre tendremos acceso a nuestra Molly de modo que seguiría siendo su perro de la Lili para siempre.

* * *

Hace medio año que compramos este pent-house donde vivimos ahora. Pensamos que nuestra mudanza no afectaría para nada a la Molly, quien se quedaría en el condominio de Radio “Cruz del Sur” con los abuelitos Pil Cochabamba y Alfonso. La Lili seguiría visitándola, llevándole golosinas, sacándola a pasear al paraíso de los perros en la Plaza Avaroa, llevándola al salón de belleza, y cuidando de sus vacunas a su respectivo tiempo. A mí me gusta verla pendiente de todas estas cosas. Después de todo, es su perro, ¿o sí?

Pero medio año después, también los abuelitos tuvieron que salir del condominio y nos dijeron que no podían seguir haciéndose cargo de la Molly. Entonces los Pires aceptaron tenerla en su casa a condición de que antes la sometiéramos a una ovariectomía o esterilización.

Molly se recuperó con asombrosa rapidez y llegó la hora de su ascenso a su hogar definitivo en Satélite.

—¿Es verdad que los Pires viven en un satélite a 4000 metros de altura?

—Sí, pues, oye. La Molly se ha convertido en una perrita astronauta, en la Laika boliviana.

* * *

Nadie conoce de perros más que la Sra. Marianela Alvarez, que trabaja en S.O.S. —una sociedad protectora de los animales en Bolivia, denominada con esta señal de socorro que se traduce “Save Our Souls”), mientras estudia medicina veterinaria. Ella se preocupa mucho por los perritos abandonados en la calle, para curarles sus enfermedades, sanar sus fracturas y rasguños ocasionados por las peleas.

El Dr. Luis Pires que se ha convertido en un activista de la lucha a favor de la Declaración de los Derechos del Perro por parte de la ONU. Con sus dos niños pequeños, Luisito y Joensu, viven en Satélite, una zona residencial al sur de El Alto.

La Molly se adaptó al entorno de ellos desde el primer momento. El pequeño Joensu es ligeramente más grande que la Molly, y en adelante competiría con ella por tener los juguetes.

Así empieza una nueva serie de aventuras que el Dr. Luis Pires no se cansa de referir. Entre ellas destacan sus experiencias con Nono y con Sisi.

* * *

El Dr. Pires nos relata la historia de Nono:

Después de dos semanas en nuestra casa, Molly tuvo el gusto de conocer un chico muy guapo llamado Nono, que tiene aproximadamente cinco años.

Luce un pelo color rojizo entremezclado con tonos blancos.

Siempre anda por la calle con la cola erguida, lo que da testimonio de su alta autoestima. Es un perro muy seguro de sí mismo y su porte atlético revela que no ignora el revolucionario método de gimnasia Taebo-II.

Lamentablemente, cuando conoció a la Molly, Nono estaba pasando por una prueba espiritual muy difícil. Nono tenía la desdicha de haber sido abandonado por sus dueños. Esto había ocurrido un mes antes de que la Molly llegara a Satélite. Sus dueños se mudaron de casa, y simplemente optaron por no llevarse consigo al Nono. El día que acabaron su mudanza lo echaron a la calle y echaron llave a la puerta.

Habían planeado bien su cambio de domicilio, pero no pensaron qué harían con su mascota. Después de todo, “sólo es un perro”.

* * *

Todos en casa nos dimos cuenta de la situación porque conocíamos bien a Nono. El vivía a sólo pocas casas de la nuestra, pasando la calle. Y lo que es más grave es que a pesar de que sus dueños nos conocían y sabían que Marianela trabaja en S.O.S. y está consagrada al socorro de los perritos abandonados, no se les dio la regalada gana de traérnoslo a la casa o consultarnos qué hacer con él.

Ellos se fueron para nunca volver, y dejaron a Nono triste, hambriento y en la cochina calle.

Manianella y mi hijo Luis trataron de que Nono se acercara a nuestra casa, por lo menos para obtener algo de comida. En más de una ocasión intentamos atraparlo y traerlo a casa, pero no lo logramos.

Ya para entonces, en todo el vecindario había corrido la bola de que la familia Pires tenían ahora una bella gringuita Cocker Spaniel llamada Molly. . .

* * *

Cierta tarde la sacamos a la Molly a pasear a la plaza que está frente a nuestra casa, y ocurrió que todos los perros del vecindario le echaron el ojo y se acercaron para olerle la cola.

La Molly y yo dimos una vueltita más a la plaza antes de volver a casa, y mientras caminábamos, se nos coló. . . ¡yatusá! ¡Ni más ni menos que el Nono!

Después de eso nos acompañó a la casa, todo el tiempo conversando con la Molly. E hizo algo más que nos dejó boquiabiertos a todos: ¡Se metió en nuestra casa!

Y pensar que nosotros habíamos tantas veces intentado atraerlo a casa para darle comida y abrigo en la casita que tenemos desocupada en el patio. . .

* * *

Esta conversación con el Dr. Luis Pires tuvo lugar uno de esos días que visité a la Molly antes de partir para un viaje a Lima. En esa ocasión pude conocer al Nono, el valiente galán que no se avergonzaba de confesarse perdidamente enamorado. De veras era hermoso, y la Molly estaba orgullosa de ser su amiga.

Para entonces, Nono ya visitaba a la Molly regularmente y era recibido en la sala, donde nosotros departíamos distantes de su mundo.

Interviene Marianela y le pregunta al Dr. Pires:

—¿Dices que el Nono se vino a casa “conversando” con la Molly? ¿Tú entendías su conversación?

Y él le responde:

—Por supuesto. Para empezar, la Molly le dijo: “Te he visto correteando a un pobre gato junto con los otros perros.” Y el Nono le respondió, todo ufano: “Son instintos caninos, nena. A propósito, me llamo, Schwazernegger. Y tú, belleza, ¿cómo te llamas?” Y ella respondió: “Me llamo Molly Chávez Pires. Mis amos me adoran.”

Al escuchar la respuesta de la Molly, el Nono se puso un poco triste, pero lo supo disimular.

* * *

Luis Pires prosigue su relato:

Así transcurrían los días, y el Nono siempre se hacía presente en el momento cuando sacamos a Molly a pasear.

Cuando volvíamos a casa y yo abría la puerta, él era el primero en irrumpir adentro, pues considera que el dicho de “primero las damas”, está bien para los humanos, no para los perros.

¡Sólo Dios sabe cuánto habíamos intentado agarrar al Nono para tenerlo bajo techo, a salvo en nuestra casa! ¡Pues miren lo que ha conseguido la Molly en un santiamén!

Desde entonces el Nono viene a dormir en la casita del patio, tiene dos comidas diarias y un baño eventual. Pasadas las cuatro de la tarde regresa de sus andanzas callejeras para pasar la noche en casa. Todo esto, por supuesto, tras la revisión veterinaria de rigor. ¡Sólo así podía estar con la perrita más bella de la vecindad!

* * *

A mi regreso de Lima, después de mes y medio de ausencia, Lili y yo fuimos a visitar a la Molly en su Satélite. En mi ausencia siempre me preocupaba por ella, pensando en el frío intenso que en este año azota el Altiplano, y que en esta estación se hace más intenso en El Alto. Y me encuentro con una Molly que ha engordado y aumentado de peso, y como todas las gorditas, se ha puesto más alegre, más expresiva y más sentimental.

Mientras salimos a comprar unas hamburguesas, le pregunto a Luis:

—¿Cómo ha podido resistir tanto frío?

Me responde:

—A la verdad, ni lo ha sentido, porque ahora tiene un abrigo de “dos orejas” que la mantiene bien calentita.

—¡El Nono!

—No. No. Unos cuatro días después de tu partida a Lima, Molly adoptó a una pequeña cachorrita. Es una perrita que recién estaba mamando cuando la encontramos abandonada. Cuando la trajimos a casa después de su examen veterinario todavía olía a leche, y se puso a mamar las tetitas de la Molly, ¡y ella estaba en su gloria de contenta! Ahora la Molly se comporta como toda una mamá, e inclusive se ha puesto a instruirle y a reconvenirle cuando hace travesuras.

* * *

Me muestran a su hijita adoptiva de la Molly, una perrita del mismo color, pero de ascendencia chapi. Eso sí, tan cariñosa y expresiva como su madre.

Les pregunto:

—¿Cómo se llama?

Y responden:

—Se llama Sisi; ese nombre le puso mi hijo pequeño, porque se parecía mucho a su perrita Sisi que tuvimos en el pasado.

—¿Y dónde la encontraron?

—Sus dueños la habían abandonado en un minibús, porque es hembra. Alguien que conoce a mi esposa y el trabajo que ella realiza en S.O.S. nos la trajo a casa para ver qué podríamos hacer por ella, porque estaba abandonada, triste, entumecida y hambrienta. Y cuando vimos el regocijo que sentía la Molly por causa de la bebida decidimos que la retendríamos en casa para que se abrigaran mutuamente.

La Molly se remolinea de puro contenta y besa a Sisi. Y ambas parecen que son los personajes centrales en nuestra conversación, pero se hacen las desentendidas.

* * *

Ante el silencio de Marianela y Luis respecto de Nono, me di cuenta que cometí una imprudencia al preguntarles qué había pasado con él, dónde estaba.

Antes de viajar yo había comprado dos frascos de shampoo, casualmente uno para Molly y otro para él. El galán me había llegado a gustar; era de aquellos seres especiales que no se avergüenzan jamás de perder la cabeza por amor. Por eso les pregunté, no sabiendo si estar triste o alegre:

—¿Aparecieron sus dueños, todo contritos y humillados?

—No. No.

—¿Se lo llevaron consigo algunos vecinos?

—No. No.

—¿Algo le ha ocurrido? Realmente el perrito me causó una grata impresión.

—Lamento contarte que Nono le alocó. . . Realmente era un perro hidalgo en desgracia que por amor a su dama llegó a perder la cabeza, exactamente le ocurriera a tu tío, el Caballero de la Mancha.

Y me explican:

Lo que pasa es que se alocó tanto por causa de la Molly, que se puso muy agresivo ante los perros y la gente en el vecindario. Agredía a todo el que se acercara a la Molly, y en más de una ocasión evitamos que pudiera morder a algún niño. El hecho de que nunca aparecieron sus dueños agravó su estado de demencia.

—¿Y qué ocurrió con él?

Luis responde con palabras entrecortadas, a causa de su grande dolor:

—Para evitar una tragedia, tuvimos que recurrir a la eutanasia.

* * *

Una profunda tristeza nos envuelve a Lili y a mí cuando escuchamos el final de la historia. Guardamos un minuto de silencio y nos apresuramos llegar a casa.

La Molly también acelera los pasos en silencio, y Lili a duras penas la contiene jalando de su cadena.

Le digo a la Lili:

—Menos mal que la Molly nada entiende.

Y mirando hacia atrás, mientras avanza al paso acelerado de la Molly, Lili me dice:

—¿O acaso sí entiende todo lo que hablamos, pa? ¿No será que quiere llegar pronto a casa para encerrarse en su cuarto y llorar?

* * *

Al ver la tristeza de la Lili, el Dr. Pires intenta cambiar de tema y le dice:

—A propósito, tú que sabes tanto de perros, ¿por qué hacen eso de olerse la cola?

Lili no había estudiado nada al respecto. Y Luis nos dice:

—Esto es lo que me ha explicado cierto amigo de apellido Alemán, que en la actualidad se desempeña como pastor de una pequeña congregación evangélica en El Alto:

Según el Pastor Alemán todo empezó en cierta aldea de Alemania donde la gente no dejaba de vigilar cada movimiento de sus perros, sin darles tregua.

Era tal la vigilancia que los pobres perros no podían compartir unos buenos momentos entre ellos. Y se ingeniaron para burlar la vigilancia de sus amos, para reunirse en una gran fiesta canina una vez por semana: Cocker Spaniels, Snauser miniaturas, Chau-chau chinos, perritos salchichas, Hush-puppies, Baset-hounds, etc. etc.

El Dr. Pires continúa:

El requisito para que un perro tuviera acceso al salón de baile era que al entrar se sacara su cola y la dejara colgada en los percheros que había junto a la entrada

Pero una de esas noches, en lo mejor de la fiesta, alguien dio la voz de alarma: “¡Allí vienen los amos!” Y para colmo de males, a un gato bromista se le ocurrió apagar la luz.

Fue así que en medio de la confusión y la prisa por salir, cada perro tomó la cola que estaba más a la mano. Por eso hasta el día de hoy los perros se huelen la cola para cerciorarse si un colega se llevó la suya propia.

Le pregunto:

—¿Quién habrá sido ese gato, el de la bromita de apagar la luz?

Y Pires responde, muy seguro de su erudición:

—Apuesto que fue un gato de la CBUP. ¡A lo mejor fue el Doctor Gato (el Gato Einstein), o el Magnificat, el aristogato ése que dices que se baña en alberca.

Y comento:

—Con razón los perros no pueden ver un gato ni en pintura.

9 ¡JOE, CORRE, JOE!

Todo empezó cierto día de mayo que coincidía con mi cumpleaños.

Yo iba acompañando a mi viejita, caminando por las calles de Sopocachi, pensando en mi padre, que después de una cirugía cerebral había partido hacía dos meses, para nunca regresar.

Muy afectados por esta triste experiencia bajamos por la acera derecha de la calle Abdón Saavedra y pasamos por la puerta de una tienda de regalones. Entonces escuché un débil murmullo, proveniente de un lugar escondido en el desnivel de la calle.

Bajé para ver qué era aquello y quedé prendado de un pequeño cachorrito negro y peludo que jugaba con sus tres hermanitos, apiñados en una jaula de metal pintada de blanco.

El cachorrito me miró con su mirada triste y picarona, y movía la cola como pidiendo que lo sacara de aquel frío lugar. Sus ojos eran negros y brillantes como aquellas bolitas de cristal que yo hacía sonar en mis bolsillos.

* * *

Le supliqué a mi madre que lo comprara para mí, pero su precio era muy alto porque el pequeñín había sido traído desde Argentina. Mi madre exclamó:

—¡En dólares americanos!

En aquellos días no se acostumbraba dar los precios en dólares americanos, pero mi madre se esmeró en hacer los cálculos para satisfacer mi gusto y rebuscó hasta el último centavo de su cartera, y el dueño fue movido a darnos una rebaja.

Era un pequeño ovejero alemán que también se quedó prendado de mí, y muy contento y presumiendo de su suerte fue conmigo caminando victoriosamente hasta llegar al Prado.

Providencialmente este perrito llenaría el gran vacío dejado en mi alma por la ausencia de mi papá.

* * *

Mientras seguíamos caminando mi madre y yo, guiados por mi perro, se me ocurrían muchos nombres con que le podría llamar: Bobby, Zulu, Jack. . .

Finalmente decidí llamarlo Joe, como el personaje de una serie de televisión. Pensé que este nombre le iría muy bien porque iba de acuerdo con su “perronalidad”. ¿Ha visto usted al principal protagonista de la serie “¡Joe, corre Joe!” que transmitía los sábados el Canal 7?

Dejamos el boulevard de El Prado y nos dispusimos a regresar a casa. Nuestro pequeño perrito, muy horondo, optaba siempre por tomar la delantera, y se acercó a los vitrales de la librería ICHTUS, y no pude evitar ver tras los vitrales un libro que trataba sobre esta raza canina que contaba con ilustres representativos en el cine y en la televisión.

Entramos en la librería y preguntamos por el libro, que tenía como título, El Pastor Alemán. Su autora era la escritora argentina Rosa Tarango de Azar, que había logrado notoriedad como entrenadora de esta raza.

El precio era de 70 pesos bolivianos, y me acordé que llevaba conmigo, distribuidos en todos mis bolsillos algunos cuantos pesos entremezclados con mis bolitas de cristal, algunas mugrientas figuritas del álbum “Mis inventos” y unas cuantas tapas corona de Coca Cola. La suma total no alcanzó, y mi madre se vio obligada a completarla.

* * *

Llegamos a casa después de ese largo paseo terapéutico, y entonces empezaron los problemas. ¡Qué difícil había sido ser papá o mamá! Aquella noche no conseguí pegar los ojos.

Desde esa madrugada decidí seguir al pie de la letra los consejos de mi libro gordo que parecía no darme resultados, pues mi pequeñín se despertaba de hambre casi a cada dos horas. Comía y lloraba y lloraba. Yo le comprendía, pues había experimentado algo similar hacía tan sólo dos meses.

El trauma de ser separado de un ser amado es difícil de sobrellevar, pero Joe y yo no tendríamos que pasar por una experiencia amarga jamás, pues él me tenía a mí, y yo a él. Así que a escondidas de mi madre metí en mi cuarto la pequeña canasta acolchada que le servía de cama. Pero el pequeño truhán no dormía, sino que se puso a jugar con mis zapatos.

Mi mamá no se dio cuenta de que estábamos los dos juntos en el cuarto porque encontré un recurso genial. Sacaba por debajo de la frazada uno de los pies fuera de la cama, y el pequeñín se entretenía silencioso dándole mordiscos, o jaloneando mi pijamas. Así transcurrió la noche del día primero.

El tiempo pasó entre travesuras compartidas. El pequeño Joe crecía mientras yo devoraba el contenido del libro.

* * *

Pasaron tres meses y medio, y cierto día, al regresar del colegio observé que algo extraño pasaba con él. Todos los días yo lo observaba engullir la comida que con afán le preparaba mi viejita. Pero esta vez le veía desganado y sin apetito, echado dentro de su casita, emitiendo de rato en rato extraños sonidos que delataban algo anormal.

Al principio no le di mucha importancia, pero empecé a preocuparme cuando al día siguiente veo que su comida en su plato plástico rojo que aún conservo no había sido tocada.

Cuando lo alcé en mis brazos, sentía que ardía en fiebre. Después empezó a vomitar y su estómago se soltó por completo.

Sin pensar dos veces le pedí a mi madre que lo lleváramos al veterinario de la calle México. Allí nos atendió el Dr. Arturo Lizárraga, un hombre alto de cejas gruesas y de cabello cano. Vestido de su mandil blanco, hablaba en voz baja mientras revisaba a mi pequeñín, y nos preguntaba qué le había ocurrido.

* * *

Con un nudo en la garganta que no me dejaba respirar le describí lo ocurrido, mientras él lo examinaba. Finalmente, con la cabeza gacha que movía de un lado para otro nos dijo que el perrito debía continuar en rigurosa observación, pues creía que estaba incubando el mal de Distemper o moquillo canino, una enfermedad muy difícil de curar en un paciente de tan tierna edad.

Regresamos a casa entristecidos. Mi perrito no mostraba ningún signo de mejoría, antes empeoraba con el paso del tiempo.

* * *

Cuando visitamos por segunda vez el consultorio del Dr. Lizárraga, mi pequeño Joe ya no podía caminar.

El doctor experimentado le infligía fuertes pellizcos con pinzas kocher a lo largo de sus patitas traseras, pero no respondían a ningún estímulo. Además, tenía sus ojitos pegados con legañas amarillas.

Se procedió entonces a aplicarle suero tras suero y no sé cuántos medicamentos más. Me acuerdo de un frasco con un líquido blanco lechoso y otro de color rojo carmín.

Mi madre, que era enfermera del Hospital Obrero le comentaba al doctor que entendía la situación, y yo la observaba muy preocupada.

Mientras explicaba la severidad de la enfermedad, el doctor daba instrucciones para inyectarlo y seguir un tratamiento rutinario que quizás no daría resultados.

* * *

Transcurrieron los días sin que viéramos ninguna mejoría. Joe ya no controlaba sus esfínteres; amanecía empapado en fétida orina y heces. Pero sin importarme nada, yo lo aseaba una y otra vez, cuantas veces fueran necesarias.

Cuando mi madre regresaba del Hospital Obrero por la noche, contemplaba la triste escena de nosotros dos, y sugirió que de nuevo llevásemos a Joe al doctor, para poner fin al sufrimiento de ambos.

Tras una larga conversación, ella pensaba haberme convencido, y subimos a un colectivo de la Línea 2, esta vez en busca de la casa del doctor. Bajamos en la Plaza España y preguntando a los vecinos llegamos a un largo y oscuro callejón sobre la calle Méndez Arcos. Y mientras recorríamos el callejón acercándonos a la casa, vino a mi mente una película que había visto hacía dos noches cuando los nazis conducían a sus víctimas a la solución final.

* * *

Tocamos la puerta que tenía su número de bronce bruñido, y salió a recibirnos la esposa del doctor. Luego salió el doctor, vestido de su mandil blanco, y procedió a examinarlo de nuevo. Y nos dijo con habla pausada:

—Es muy posible que el perrito quede parapléjico.

Le pregunté:

—¿Qué significa “parapléjico”, doctor?

Respondió con palabras que encontré difícil entender:

—Se trata de una parálisis parcial, en algunos casos irreversible.

En ese momento el doctor salió de su consultorio en busca de algo, y mis ojos nublados liberaron pesadas lágrimas, mientras le pedía a mi madre:

—Mami, démosle una nueva oportunidad. . .

* * *

Cuando el doctor volvió me hizo pasar a una sala contigua desde donde yo podía ver difícilmente desde una ventana de cristal opaco la silueta de mi madre que hablaba con el doctor. Luego salió con Joe en sus brazos, y una larga receta.

El doctor apoyó su mano sobre mi cabeza y nos acompañó hasta la salida, sin parar de darnos consejos.

Nos dirigimos con prisa a comprar los medicamentos en la farmacia de la Plaza España, y llegando a casa mi madre le inyectó con mano temblorosa un fuerte antibiótico y unas ampollas más.

Así es como el perrito empezó a mejorar. Comía con avidez, se le veía contento, y como debía recibir su medicación en las horas cuando ella no se encontraba en la casa por razón de su trabajo, me enseñó a inyectarlo.

Al principio me costó mucho hacerlo. Introducir esas finas y punzantes agujas en sus piernecitas me dolía más a mí que a Joe. Pero me fui acostumbrando, como jugando a doctor, y a hurtadillas le examinaba con el estetoscopio de mi madre, y me paseaba con su maletín de primeros auxilios, soñando algún día con ser médico veterinario.

* * *

Joe se recuperó, pero no del todo. El seguía caminando a rastras por el patio. Jugaba con su juguete favorito y perseguía a Katiuska, nuestra gatita angora, una de mis cinco mascotas.

Cierto día, entre juego y juego construí con las piezas metálicas de un mecano inglés una sillita de ruedas para que Joe pudiera desplazarse solo y con más facilidad. El estaba feliz con este invento mío y se acostumbró a usarlo. A menudo acudía junto a mi puerta para que yo le hiciera sentar en su sillita, le ajustara su arnés, y se pusiera a correr.

Dos meses después de seguir con el tratamiento con vitaminas y minerales, observé, mientras jugábamos en el patio trasero un pequeño movimiento muscular en su piernecita derecha. De inmediato lo levanté en mis brazos y lo llevé al consultorio del doctor.

Cansado y sin poder respirar le conté lo sucedido, y con una sonrisa a flor de labios él expresó:

—¡Muy bien! ¡Lo has logrado!

* * *

Con gran satisfacción abracé a mi Joe, y como si él hubiera entendido la conversación, me dio lengüetadas de felicidad. Entonces el doctor nos recetó un ungüento que venía en una botella negra con fuerte olor a mentol. Debía aplicarle con eso a sus patitas con suaves masajes en forma circular.

Ese ungüento prodigioso dio excelentes resultados. Pronto Joe se pudo incorporar sin ayuda, y cual tunante caminaba paso a paso haciéndonos reír. De esta manera aprendió nuevamente a caminar y no quedó en él secuela alguna en el transcurso de su desarrollo.

Con el paso del tiempo crecimos juntos entre juegos y travesuras. El se convirtió en un lindo perro adulto, y yo en un adolescente rebelde. Así pasamos momentos gratos y recuerdos tristes en nuestra acostumbrada soledad.

Más adelante llegó el momento de hacer grandes decisiones, y mis dos hermanos mayores, hoy profesionales, fueron para residir en Estados Unidos. Yo decidí quedarme en Bolivia al lado de mi viejita, de mi enamorada Lilian (hoy mi esposa) y mi inseparable amigo Joe, iluminado por la filosofía de la vida de una de las canciones de Antonio Machado y de Serrat: “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.”

* * *

Más tarde partí yo también en busca de nuevos horizontes. Por tres años viví en el extranjero, y tuve oportunidad de trabajar en lo que más amaba, al servicio de los perritos. Mi jefa, una estricta señora de origen alemán me dio mucho de su experiencia. Aprendí de las tarántulas, de las víboras, de las iguanas bajo la dirección de un famoso herpetólogo que me obsequió un libro considerado la Biblia del médico veterinario, *The Merck Veterinay Manual*.

Ingresé a la Universidad de Louisville, en Kentucky, para seguir medicina humana. Fue cuando me encontraba allí que recibí una llamada de mi tía para darme a conocer que mi mejor amigo había fallecido, y mis ojos no pudieron contener las lágrimas de impotencia y dolor. Así es como volví a Bolivia para estudiar medicina animal.

* * *

El Dr. Marcelo Camacho, el veterinario de nuestra Molly, pone fin a su relato y se saca los lentes para secar sus ojos nublados por las lágrimas. Lilian, su esposa que escuchaba con sus codos apoyados sobre la mesa del quirófano sosteniendo su cara, sale en puntitas de pie. Quedamos nosotros dos y Lili, que acaricia suavemente la cabecita de su Molly, que estaba recostada sobre el quirófano con sus orejotas desplegadas como alas de avión.

Yo le digo:

—Su amigo Joe despertó en usted la vocación. . .

Se queda un momento mirando el retrato que él mismo ha pintado de su amigo Joe, el mismo que cuelga en la pared de su consultorio, y termina hablándole al retrato con honda emoción:

—Porque gracias a ti, Joe, mi fiel amigo ovejero alemán, he podido saborear la dulzura de la verdadera amistad.

10
LAS MEMORIAS
DE JUANITA KAHN

Son las 3 de la mañana.

Es una noche de Luna en febrero, silenciosa, húmeda y fría.

Entre sombra y sombra se confunde su silueta mediana y de escaso pelaje negro.

Con el encorvado sube lenta y pausadamente por un calvario empinado de gradas resbaladizas y olor nauseabundo a consecuencia de la orina constante de los hombres que miccionan desde la autopista.

Pero ella no es una dama cualquiera. Un niño de la calle le ha llamado por su nombre: Juanita. Ella tiene conciencia de que este sonido, “Juanita”, se refiere a ella sola y a nadie más.

* * *

Juanita va en busca de un rincón tranquilo. Con el vientre pendulante y la espina arqueada la pobre perrita apenas alcanza a llegar a la cumbre tan ansiada. Entre el último peldaño de aquellas graderías y las basas de las enormes columnas de hormigón que soportan la plataforma de la autopista de La Paz a El Alto, ella por fin encuentra un pequeño refugio en medio de espinosas plantas de itapallo y paja brava.

Allí se encuentra entre sollozos y quejidos de dolor, aparte de la cuota diaria de hambre y frío. Su entumecido cuerpecito aguanta apenas la tortura de los rugidos de los motores de los vehículos que pasan sin cesar. Sólo la Luna brillante parece hacerle compañía, iluminándola parcialmente.

Han pasado tres días de larga espera. No ha comido nada ni ha bebido un solo sorbo de agua de alguna cuneta estancada, porque a pesar de tanto andar no encontró ninguna.

De pronto, los dolores rítmicos irrumpen en la madrugada para arrancar de su vientre tres hermosos cachorritos chapis, negros como la sombra.

Entonces la dama deja de refugiarse en la Luna para ensimismarse en su alegría.

* * *

Han transcurrido cinco días de la feliz llegada al mundo. La guerra de la supervivencia ha empezado para aquellos pequeñuelos que con movimientos torpes y tiernos gemidos luchan por encontrar abrigo, ceñidos a su suave panza.

Con tembloroso andar sale del refugio, forzada por el hambre, y deja su preciada camada. Los dolores aun no se han desvanecido, pero la necesidad apremia.

Ella cruza la autopista con sigilosa habilidad, mirando de lado, y emprende la carrera veloz como una vicuña que cruza el Altiplano. Va en busca de desperdicios; recorre basurales, cuadras y plazas.

Sin haber saciado su hambre retorna a su camada donde le esperan sus cachorritos sumidos en sepulcral silencio a causa de su instinto de conservación. Con dulces caricias y

suaves lamidas, la madre angustiada acaricia a cada una de sus prendas. Y con el cuerpo magullado por el largo recorrido descansa a pierna suelta.

* * *

Diez días han transcurrido sobre aquel frío refugio, hasta que ocurre algo inesperado y trágico.

En el anochecer, uno de sus cachorritos se aleja un poco de la madriguera y cae por una quebrada resbaladiza a un lecho pedregoso a varios metros de profundidad. Ocurrió mientras la Juanita se hallaba en su diaria jornada de recargar sus pechos. Pero como si olfateara lo ocurrido, regresa con paso acelerado y confronta la ingrata sorpresa de no hallar a su pequeño.

Aquella noche fría con angustiosos e incesantes aullidos, ella llama y llama. Empieza la búsqueda febril y la tenue luz de la madrugada le ayuda. Después de transcurridas varias horas encuentra entre las sombras el cuerpecito frío, pero aun con vida.

Con tiernas caricias y lengüeteadas intenta reanimarlo, pero la vida se torna volátil. Finalmente levanta en sus fauces su cuerpecito inerte. Pero aún no convencida del triste desenlace o de la realidad de la muerte, lame y llora.

Por fin abandona a su hijito en un pequeño hoyo, y con su pata trasera empuja una piedra sin forma, ni nombre ni epitafio.

* * *

Pasan muchos días desde aquella fatídica experiencia. A Juanita se la ve con su piel pegada a sus huesos a causa del amamantamiento insostenible. Recorre los puestos y mercados buscando que alguien se apiade de su estado, y en un basurero encuentra un hueso desencarnado. Eso lleva a sus crías como juguete, pero no logra saciar su hambre.

Después se encuentra otro hueso, con más tuétano, pero se lo arrebató un truhán con complejo de perro alfa, que piensa que aparte de él no hay perro que valga.

Con el paso de los días hay que enfrentarse a la vida. Con timidez asoman sus pequeños cuerpecitos a la visión de la autopista, y con la cabeza gacha caminan tras su madre, con paso tembloroso, inseguros y a tropezones. Todos marchan en fila, mirando de lado, y con débiles ladridos vanen busca del diario sustento.

Su madre los enfrenta con sapiencia a la diaria supervivencia, y cual quijotes en encarnizado combate con castillos se enfrentan a un container de basura. Para ellos se trata de un monstruo azul acorazado que en su frente lleva escrito un nombre misterioso: CLIMA. Y cuando el monstruo regurgita grandes bolsas de polietileno los cachorritos las desgarran buscando en vano algún bocado.

* * *

Los días transcurren; los cachorros crecen. Uno es machito, digno representante canino de clase media criolla. La otra es una tierna Dulcinea Chaskañawi de suave pelaje cual la madre.

Los tres se acurrucan por las noches sobre el frío suelo en busca de un cobijo compartido, y amanecen con las narices congeladas y el dorso escarchado por el crudo invierno. Tras una larga noche empieza la fría madrugada de un nuevo día. ¡A despertarse! ¡Qué pereza!

A las seis de la mañana cruzan con cautela la autopista. Después se dirigen al mercado a la espera de la mano de algún aparapita que les lance un pedazo de chamillo o una descartada marraqueta.

Un intruso, más fuerte que la madre debilitada se acerca amenazante. Pero Juanita, cual leona herida defiende a sus pequeños en desigual contienda. Luego se aleja con ellos, con la pata sangrante y maltrecha por una dentellada. Cojea adolorida con el rabo entre las piernas, y se pierde de vista.

* * *

Pasan los días y los tres mosqueteros siguen juntos husmeando por las calles y los basurales, esquivando los palos, las mordeduras de sus semejantes y las pedradas de los chicos malos que se esmeran en afinar su puntería apuntando a sus costillas. Y como la arena arrastrada por la retirada del oleaje retornan a su refugio para renovar fuerzas para la jornada siguiente.

Pero al amanecer ocurre algo extraño. El machito regordete no se puede despertar. La fiebre lo envuelve como brasa ardiente. ¡Amalaya enemigo invisible que entre vómitos y hemorrágica diarrea le arrebatas la vida!

* * *

Las dos sobrevivientes guardan silencio contenido. Madre e hija, sin nada poder ante su triste destino, parten por un nuevo tumbo intentando dejar aquel ingrato paraje en el olvido.

Recorren calles nuevas, esquivan autos y peligros, bajan por la calle Kollasuyo, siguen por la de Entre Ríos y llegan a la avenida que tanto habían escuchado mentar. Por ella caminan en busca de comida. Mendigando un pedazo de pan se acercan a los restaurants, a los bares, a las cantinas. Pero sólo consiguen insultos y patadas.

Sólo de vez en cuando logran algo de comida que no llena sus panzas, y cansadas caen rendidas ante algún lóbrego umbral. Pero ambas rehúsan conformarse con el triste destino de ser perros sin dueño.

* * *

Después de tantas idas y venidas, la pequeña se ha convertido en una esbelta muchacha. Pero un martes 13 fueron perseguidas como viles delincuentes por dos hombres armados con cuerdas y garrotes de hierro. Ambas fueron capturadas por el pescuezo y engullidas por un monstruo metálico que lleva en su vientre a otros tantos cachorritos, entre blancos, negros y uno que otro choco de la alta sociedad.

Todos fueron conducidos a la dependencia de la cárcel debajo del Puente de las Américas, a orillas del río que concentra los desagües y alcantarillas de toda la ciudad. Ellas ni siquiera pudieron percatarse del letrero que decía PERRERA MUNICIPAL.

Madre e hija fueron puestas en cubiles compartidos. Entre golpes y jalones pasan juntas. Hay peleas en procura del lugar más abrigado. De aquella redada sólo quedan cinco en progresiva resta. Día a día desaparecen del campo de concentración. Ha sido decretado el holocausto porque ninguno ha sido reclamado.

* * *

Un galeno falaz de peculiar aspecto, delgado y de baja estatura quebranta su juramento hipocrático y se convierte en verdugo a sueldo. Con dificultad empuña la enorme jeringa, pues le falta un dedo, tal vea a causa de una venganza canina. Por eso mismo se ensaña en acabar con la vida de los demás.

El galeno y un cómplice asesino se acercan a Juanita con ánimo brutal. Ella reproduce en sus pupilas la imagen de su hija y se esfuerza en retenerla clara luchando con sus párpados que se cierran gradualmente para el sueño final.

Luego viene el turno de su hija, también llamada Juanita, y van a sujetarle con un bozal. Pero al adivinar su cruel destino, hinca sus dientes en la mano asesina hasta hacerse soltar.

Escapa de la cárcel en aturdida huida y por una pendiente rueda hasta la corriente maloliente de lo que in illo tempore fue un lavadero de oro, el límpido Choqueyapu.

Logra resurgir del agua y pasa un momento confundida y con sus ojos empañados por las lágrimas. Por un trecho camina río arriba sin poder liberarse de la fétida corriente. Los muros de piedra son difíciles de escalar.

Un niño de buen corazón se esfuerza por ayudarla a subir, pero ella emprende la huida de todo ser humano.

* * *

La noche caer mientras deambula por Chuquiago Marca. Se acerca lentamente a las puertas de la Iglesia de San Francisco para rogarle a Diosito lindo por el alma de su madre que ya no está.

Sube cabizbaja por la calle Zagárnaga, camina y camina con la mirada hacia los muros de piedra de la iglesia, como si escuchara que a través de ellos emana la voz intercesora del Santo de Asís.

Continúa cuesta arriba por calles estrechas y se confunde con la noche, y como un fantasma transita entre charlatanes pajpacos, alcohólicos y cleferos. Pero más añora los rumbos de su madre y las caricias con que la animaba a vivir. Lo único que ha aprendido de los humanos es que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Así regresa a su lejana madriguera a la que saluda con un nudo en la garganta.
 Juanita olfatea los bellos recuerdos. Sus lágrimas se secan tras tanto llorar y cae rendida por el sueño

* * *

Transcurre la noche sin que Juanita se diera cuenta de nada de lo que ocurría alrededor. Pero hacia la madrugada, le asustó el ensordecedor rugido de un motor y la puso en huida. A ello se sumó la confusión que le ocasionaron dos faros escandilantes, y el golpe de costado de un vehículo veloz no se hizo esperar. Así fue arrojada a la quebrada con los huesos quebrados.

Pero el automóvil detuvo sus frenos chirriantes a pocos metros más abajo, a un costado de la autopista, y dos brazos compasivos la levantaron del precipicio en estado inconsciente. La metieron en el interior del vehículo que por poco siega su vida. Por primera vez ha quedado expuesta a confiar en el hombre para sobrevivir; o acaso no tenía alternativa.

* * *

La fuerza de las circunstancias la tienen con los ojos entreabiertos, y recobra la conciencia y el dolor mientras se cruzan mil focos de colores de todos los rincones de la ciudad.

Finalmente llegan a una casa de dos plantas situada detrás del Mercado Bolívar en el barrio de Tembladerani. El letrero dice: Centro Médico Veterinario (CMVET).

En el CMVET son recibidos por dos loros creídos que se las dan de médicos veterinarios. Como a esos charlatanes nadie los necesita, tocan el timbre con insistencia mientras dos iguanas trepan veloces por una columna y por la pared.

Sin ladrar, dos perros finos asoman sus ojitos soñolientos por la ventana, antes que se asomara por la terraza Marcelo Junior y bajara a abrir.

Luego aparece su padre, el Dr. Camacho, el médico veterinario, un hombre barbado, de pequeña estatura y de blanco mandil. El palpa sus huesecitos debajo del pelaje y observa que sus costillas parecen un rosario suelto.

Juanita no cesa de temblar de miedo y de dolor, pero pronto percibe que esas manos tienen guantes de humanidad.

Se procede a darle un baño caliente, y mientras la seca con cuidado le aplica ciertos ungüentos mientras le da leche tibia. De pronto pronuncia una palabra mágica que por fin le da un nombre: "Kahn", y como en un cuento de hadas la restauró a la felicidad.

* * *

Dejaron a Juanita Kahn (pronúciase: Can) porque nadie mejor que él podría saber qué hacer con ella.

Con el transcurso de los días y las semanas aprendió a hablar, y sus ojos expresivos prosiguieron a narrarle a Marcelo Junior sus memorias hasta que le tocó pasar a la presencia del Señor.

Al cerrarle sus ojos el veterinario eleva al Creador esta oración: “Padre nuestro que estés en los cielos, por favor, no nos abandones.”

El Dr. Camacho procede a emitir la partida de defunción, y al escribir la fecha, 16 de Agosto, exclama conmovido: “En el Día Internacional del Perrito, conforme ha sido decretado por la UNESCO.”

11 ¡POBRE PAPI!

Del negociado del “aceite bendito de Jerusalem” nos enteramos gracias a las hermanas Dominga de Ramos y Luzmila Quispe, ambas hermanas carnales y hermanas en la fe, fieles feligreses del Pastor Amadeus en la Congregación del Espíritu Santo.

Ellas viven sólo a media cuadra de nuestro Consultorio Veterinario, y suponíamos que eran hermanas por su abundante y larga cabellera que alcanza hasta sus nalgas, por su falda que enreda el ágil movimiento de sus piececitos invisibles y por su efusividad para con todos los vecinos.

Antes no las habíamos tratado personalmente, hasta aquella tarde del viernes cuando caía la noche.

Ellas son mujeres jóvenes y bien parecidas. Pero si su presencia atrajese en el barrio a los muchachos que andan en busca de aventuras, ellas se harían respetar con tan sólo una mirada llena de seguridad, de condescendencia y de amor cristiano.

Luzmila es soltera; Dominga es casada. Pero su marido, a los pocos días de casados se marchó para el Beni para dar cumplimiento a una profecía.

Ambas dan la impresión de que a pesar de los afanes de la vida atraviesan por una fase de descubrimiento y felicidad. Al menos, sus rostros lucen siempre radiantes y lozanos. Ellas suelen pasar por la puerta de nuestro consultorio y no pierden la oportunidad de saludarnos con afabilidad.

Nadie más vive con ellas, con excepción de su Papi.

* * *

Mi esposa y yo habíamos estado en la mañana de ese viernes en las alturas de Chasquipampa buscando plantas medicinales. Al volver a casa, abrimos el consultorio, sin darnos un momento de descanso. O mejor dicho, descansamos sentados en las sillas de nuestra salita de espera, mientras esperábamos a nuestros clientes.

Ese atardecer de febrero era tan caluroso, que teníamos las ventanas y las puertas del consultorio abiertas de par en par. Y cuando íbamos a cerrar, se aparecieron ellas, nerviosas y atribuladas como nunca las habíamos visto antes cuando pasaban por nuestro consultorio con su perrito a cuestras.

Honestamente, no las pudimos reconocer.

* * *

Dominga, la mayor, nos pidió que las atendiéramos. Pensamos que las pobres estaban rayadas y habían confundido nuestro consultorio con uno de medicina humana. O acaso pensaban que un veterinario también atiende a la gente con toda legalidad.

Mi esposa le dijo:

—Disculpe, señorita, pero me parece que se han confundido de consultorio. Este consultorio es sólo para animalitos.

Respondió:

—Lo sabemos, doctorcita. No queremos que nos atienda a nosotras, sino a nuestro Papi.

—Ya les dije, señoritas, su papi no tiene que ser atendido por un médico veterinario.

—“Papi” se llama nuestro perrito.

—Muy bien. ¿Dónde está? ¿Por qué no lo han traído?

—No podemos traerlo, doctorcita, porque está malito. ¿Podría usted curarlo en nuestra casa?

Entonces nos dimos cuenta que ellas eran nuestras vecinas del frente, que vivían a sólo media cuadra. Con todo, no dejó de sorprendernos su insistencia de que fuéramos a ver a su perrito en su casa, pues se sentían muy incómodas de traerlo al consultorio.

Mi esposa, en un ademán de servicio, me dijo:

—Vamos, nomás, honey. Cerremos el consultorio y vayamos a verlo a su perrito.

Mientras esto decía, metía en su maletín su equipo de primeros auxilios y algunas medicinas.

* * *

En la pequeña salita estaba el Papi con una fiebre espantosa.

Era el perrito chihuahua que ellas dos se turnaban para sacarlo a pasear temprano en la noche. Lo tenían envuelto en una sábana. Parecía una momia canina de Egipto y no paraba de sufrir y de temblar.

Mi esposa les preguntó:

—¿Por qué lo tienen envuelto así, como una momia, estando con tanta fiebre?

La Dominga respondió:

—Es que mucho tiembla. Y también para que no se vaya a levantar y nos vaya a ensuciar todas las cosas.

La respuesta nos pareció extraña, pero todo quedó aclarado cuando mi esposa descubrió la sábana para examinar el pechito del perrito con su estetoscopio. Su cuerpecito estaba empapado con aceite, como si lo hubieran untado para luego ponerlo sobre una pira funeral como hacen en la India con los seres humanos y con los monos macacos. Eso intensificaba la fiebre del pobre animalito.

* * *

Mi esposa me miró solapadamente mostrando asco y desanimándose de ayudarlas, salvo con algunas pastillitas y sulfas.

Dijo en voz baja:

—¿Qué es esto? ¡¡¡Atataj!!!

Pero Dominga se dio cuenta, y dijo a punto de secarse las lágrimas con una servilleta:

—Es aceite bendito que ha sido ungido por nuestro pastor, para administrarlo a los enfermos. Lo hemos echado sobre nuestro perrito para que sea completamente sanado por

Dios. Tenemos fe que eso ocurrirá, pero hasta ahora no se mejora. Por eso le hemos traído a usted, doctorcita.

* * *

Evidentemente, lo habían ungido repetidas veces, cuando las primeras unciones no habían tenido resultado positivo.

Entonces, Luzmila tomó de la cabecera del Papi la botella, para mostrárnosla:

—No es aceite de freír, doctorcita. Es aceite de oliva virgen, importado desde el país de Jerusalem y bendecido por el Pastor Amadeus.

Era efectivamente aceite de oliva, al juzgar por su nauseabundo olor, el cual, evidentemente no había sido suavizado con la bendición de aquel pastor.

Luzmila continuó:

—Nosotras nos hemos precavido de preguntarle al pastor si también es bueno cuando el enfermo es un perrito.

—¿Y qué les ha respondido?

—Que si ha sido bendecido por él sí es bueno; siempre y cuando tengamos fe. . .

Mi esposa simuló no haber escuchado estas últimas palabras porque estaba abocada a examinar al pobre animalito. Pero yo que la conozco mejor que nadie podía ver que su silencio tenía como objetivo aplacar su ira.

* * *

El Papi había empezado con un leve resfrío, de esos que les pasan a los perritos con una simple pastillita. Pero a punto de repetidas unciones con el aceite bendito del Pastor Amadeus fue empeorando hasta que su enfermedad se convirtió en un grave moquillo.

A falta de asistencia médica oportuna, el moquillo se convirtió en pneumonía. Pero cuando lo encontramos, moribundo, ya la pneumonía había progresado hasta convertirse en bronconeumonía.

Mi esposa les llamó la atención:

—¿Por qué han dejado pasar tanto tiempo? ¿Por qué no acudieron a pedirnos ayuda antes, teniendo el consultorio frente a la casa?

Dominga, que parecía estar ausente, preguntó:

—Doctorcita, ¿no estará endemoniado? ¿Qué es lo que le pasa a mi Papi? ¿Por qué el aceite bendito del Pastor Amadeus no le hace efecto? ¿Tiene mi Papi esperanza de salvación?

Mi esposa le respondió:

—El pronóstico es reservado.

—¿Qué dice del reservado, doctorcita?

—Digo que el pronóstico es reservado porque el perrito está a punto de adquirir meningitis. Si eso ocurre tendrá una muerte lenta y penosa que puede durar hasta una semana.

* * *

“¡Ay mi Papi! ¡Ay mi Papi” —gemía Luzmila—.

Mi esposa vuelve a decirles:

—Teniendo el consultorio tan cerca, a media cuadra, ¿por qué recién ahora se les ha ocurrido buscar ayuda médica? Ahora ya es demasiado tarde.

Las hermanitas sólo atinaban a sollozar y a repetir que el Pastor Amadeus les había asegurado que su aceite también es bueno para los perritos, si es que hay fe.

Y para colmo de colmos nos informan que aquella misma mañana había pasado por su casa un piquete de vacunadores de perros, y lo vacunaron nomás al Papi contra la rabia.

¡Haber hecho esto sin tomar en cuenta la sintomatología que evidenciaba equivalía a darle al pobre animalito el tiro de gracia!

* * *

Yo observaba de reojo a mi esposa; estaba realmente airada.

A esas alturas ya no necesitaba hacer más preguntas. Es más: Simuló no escucharlas, y procedió a desenvolverlo al Papi con mucho cariño, y a curarle.

Después de darles instrucciones y medicinas volvimos a nuestro consultorio, sólo para cerrar las puertas, descartar el mugroso mandil y lavarnos las manos y los brazos antes de entrar en nuestro departamento que está al lado del consultorio.

A pesar de que yo ni siquiera había tocado al perrito con la punta de mi dedo, sólo por haber estado expuesto al fétido olor del aceite “ungido”, se me ocurrió que la única manera de apartar aquella asquerosa escena de mi mente era tomando una prolongada ducha de agua caliente y luego perfumarme con Orgía Turca, esa loción que desencadena la pasión.

* * *

Mientras tomaba mi ducha caliente y perfumada en medio de mil fantasías, mi esposa se puso a poner en orden las cosas en la cocina, y me pregunta si yo quería comer algo.

Le dije que no; que me bastaba un jarro gigante de leche humeando, y volvió a la cocina a poner en orden el resto de las cosas. Largo rato se puso a limpiar, y de rato en rato me decía en voz alta:

—No puedo apartar de mi mente aquella asquerosa escena del Papi.

Le digo:

—Mejor haz como yo: Tómate una ducha de agua caliente y vente a la cama.

Ella se convenció de que eso sería lo mejor. Además, se encontraba realmente agotada. Pero cuando ella se acostó después de su baño, tuvo lugar otro segmento de diálogo.

* * *

Me preguntó:

—¿Tú crees en eso del aceite bendito?

—¿Cómo se te ocurre preguntar semejante cosa, honey?

—Entonces, ¿por qué querías inscribirte en el curso que dio ese chileno?

—¿Cuál curso? ¿Cuál chileno?

—Ese curso que dio en esa iglesia el Pastor Darío Salas. . .

—¡Por favor, honey! ¡No insultes mi inteligencia!

—Pero te quisiste inscribir, ¿si no no?

—¿A quién no le causaría curiosidad cuando le prometen enseñarle a hacer llover oro en su cama? ¿A quién no le interesaría hacer chorrear aceite de la punta de sus dedos, de la nada?

—Pero, ¿por qué te desanimaste, si probar no cuesta nada?

—¿Cómo que no cuesta nada? ¡Cobraban 100 verdes por la inscripción!

* * *

¿Y el Papi?

El Papi se mejoró con el cariño, el suero y las medicinas que le dio mi esposa, y tuvo que ser sometido a un prolongado baño con agua tibia y abundante champoo para perritos. Y desde que las hermanitas pararon de sufrir, visitan a menudo nuestro consultorio para saludarnos y conversar un poquito mientras el Papi hace sus necesidades en nuestra puerta.

Dicen que el Pastor Amadeus se ha enriquecido con tantas botellas de aceite que ha logrado venderles a sus feligreses a lo largo de los años que estuvo al frente de la Congregación del Espíritu Santo. Su estrategia de cambiar la etiqueta de las botellas por una que mandó imprimir y que decía “Aceite Bendito de Jerusalem” le dio mucha plata. Pero desgraciadamente los imitadores, dentro de su misma iglesia, no tardaron en actuar, y su negocio se vino a la quiebra.

—Pero la Biblia dice en Santiago 5:14: “¿Está enfermo alguno de vosotros? ¡Pues que ore! Que llame a los ancianos de la iglesia y que oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.”

—Sí, pero la Biblia no dice que se lo venda al por mayor. Y que se bendiga cada botella sólo después de haber sido pagado su precio en la misma ceremonia de bendición en la iglesia.

12 ROCKY EVANGELISTA

Volvamos a recordar los años pasados, mucho antes de que existieran nuestro Qatánchik y nuestra Molly.

El 27 de diciembre de 1998 me invitaron a predicar en la Iglesia “Dios es Amor” de la ciudad de La Paz. El tema de mi homilía fue “La Codicia y la Teología de la Prosperidad”. Me referí entre otras cosas al énfasis de John Avanzini en el “ciento por uno” y en la manifestación de su jugosa “cosecha” financiera, fruto de la explotación religiosa. Entonces Rocky, bien informado de que yo iba a predicar allí, se propuso no faltar.

Llegó temprano al templo y se dispuso a ingresar, pero fue detenido por uno de los diáconos, y fue expulsado a la calle. Pero Rocky estaba decidido a entrar, porque quería escuchar mi homilía.

En un segundo intento fue detenido por los diáconos y sacado en vilo fuera de la iglesia, de modo que no llegó a escuchar mi homilía. Pero tampoco volvió a su casa, sino que se quedó en el atrio del templo esperando mi salida.

Cuando yo salí, Rocky estaba rodeado por los niños, inmóvil y jadeante.

* * *

Lili Ester vino a mi encuentro para decirme: “¡Ahora tenemos un nuevo perro!”

Me acerqué al grupo de niños en las gradas de acceso al templo, y allí estaba Pascual, el administrador de la iglesia, con las manos sobre el pecho y la cabeza de un hermoso Boxer americano.

Les pregunté:

—¿De dónde han sacado este perro?

Me dijeron:

—Ha venido solo.

Y les dije:

—Entonces se trata de un regalo de Navidad que Dios nos da a todos nosotros, de manera especial a los que vivimos en los departamentos de la iglesia, los de arriba y los de abajo, que Lili Ester describe ingeniosamente como “los con lentes y los sin lentes”.

* * *

La alegría ante la llegada del perro era grande. Los niños más pequeños, entre ellos mi hija Lili Ester, estaban muy contentos, y el perro parecía darse cuenta de ello.

Le pusieron como nombre Dog, pero lo pronunciaban “Doc”, acertando sin pensarlo en describir la presencia señorial y sapiencial del can. A su lado, el Choco, el perro de la iglesia, parecía más reducido de tamaño y más poca cosa. El contraste de lo chapí y lo señorial se dejaba ver a la distancia.

* * *

El Choco estaba fuera del círculo de interés de los niños, consciente de ser relegado, pero también jadeante de emoción por la llegada de un compañero, de un hermano en la fe.

El Choco es un perro joven y engréido. Imposible había resultado enseñarle a no apoyarse con sus patas delanteras sobre mi traje dominguero, echándomelo a perder. Con esta manía suya podía tirar por los suelos a un niño pequeño. Y cuando le dábamos una marraqueta, abalanzaba sus mandíbulas pensando que la marraqueta le era concedida con mano y todo. Para él, nuestras manos eran de hamburguesa.

Pero el Doc era diferente. Tenía buenos modales. Sabía jugar fútbol con los niños, y ante la comida no se comportaba como un muerto de hambre, sino como todo un caballero que “pone cuchillo a su garganta”.

Libremente entraba a casa; lo que indicaba que se trataba de un perro acostumbrado al interior. Los niños no dejaban de acariciarlo, pues era un amor.

En los días siguientes, el Doc y el Choco se hicieron grandes amigos. Jugaban, se peleaban de mentiritas, y sobre todo se acompañaban. Sólo nos apenaba que el Doc no pudiera caber en la casita de perro que había disponible, y tenía que pasar la noche debajo de la escalera exterior de concreto, en medio del frío de la corriente de aire.

* * *

Una tarde, el Doc se escapó de la casa, y Ruth y Pablito, los hijos pequeños de don Pascual, corrieron tras él para hacerlo volver a la casa del Señor.

Bañados en mocos, sudor y lágrimas cruzaron pistas y subieron cuesta arriba hasta perder toda orientación. Nuestra pequeña Lili se aferró a la reja del templo y les vio perderse de vista. Cuando llegué la encontré empalidecida, y presa de la desesperación me contó lo ocurrido.

Mientras ella me hablaba, llegaron Ruth y Pablito trayendo a Doc de las orejas, porque ya no tenía su collar. Gran consternación habían sentido por imaginar que su nuevo perro se había perdido. Un policía les guió de nuevo a casa.

* * *

Por la noche, “los sin lentes” me sorprenden con la noticia de que nuestro nuevo perro ya no se llama Doc, sino Rocky. Ninguno de los nombres me parecía tener algo de especial, aunque yo ya estaba acostumbrado a llamarlo Doc.

Entonces me dijeron que habían escuchado en la radio la noticia de que se había extraviado un perro llamado Rocky, y que el Doc parecía responder mejor a este nombre.

Aunque yo no me percaté de ello, empecé a llamarlo Rocky, como todos los niños, sin percibir ninguna diferencia.

El día fijado para nuestro viaje de vacaciones a Lima, bajamos las escaleras de nuestro departamento a las 6 de la mañana. El Choco dormía plácidamente enroscado dentro de su casita, y pareció no importarle nuestra partida. Pero el Rocky se acercó a besar mi mano y nos acompañó a la reja de la entrada en lo que sería la despedida final. Y nosotros salimos con todo cuidado para evitar que se escapara otra vez.

* * *

Cuando volvimos del viaje, pocos días después, de lo primero de que nos enteramos es que el Rocky se había ido dejando un gran vacío. Los “sin lentes” habían decidido llamar al teléfono que se daba en la radio. Y su dueño vino, y se lo llevó.

Nos cuentan que al ver a su dueño hizo varias cabriolas en el suelo. Lo mismo hizo su dueño en presencia de su perro. Luego se fueron a casa, en Estados Unidos —me refiero al nombre de la calle, en nuestra misma vecindad—.

Aunque muy entristecidos, nos contentamos con que el Rocky haya encontrado a su dueño, y éste haya vuelto a ver a su perro. Lili Ester entendía que esto era mejor para todos. Pero en los días siguientes no pudimos evitar añorarlo a causa de la tristeza del Choco que dejó de ladrar de contento y pareció deprimido y enfermo.

* * *

Volvamos a nuestro perro, que hasta ahora no se recupera del gran vacío que ha dejado el perro señorial.

Ahora no se abalanza contra los niños, ni nos echa a perder el vestido dominguero.

Ahora nos recibe el pan con una profunda expresión de agradecimiento, como solía hacerlo Rocky.

Ahora no considera a nuestra mano una hamburguesa.

Choco se ha quedado solo, contrito y humillado.

Entonces se me ocurrió buscar al dueño del Rocky para que de vez en cuando lo traiga a los fueros de nuestra Iglesia “Dios es amor”.

Al percatarnos de la transformación el Rocky ha producido en el Choco, el perro de la iglesia, me lleno de esperanzas que lo mismo pudiese ocurrir en el plano humano. Me imagino a su dueño viniendo a conocer el evangelio por el testimonio de su perro. Pero también se me ocurre que muchos “hermanos” entre comillas necesitan del buen testimonio de alguien “del mundo”, capaz de abofetear nuestra mediocridad, no sea que ocurra lo que dice el Proverbio 303 de Los Proverbios de Moisés:

*La vida se arrebatada,
y es cosa digna de celo,
que cualquier desgraciado entre al cielo,
y el diácono se quede en la puerta.*

13
LOS PERRITOS NEGROS
DEL ALTIPLANO

Pensando en el testimonio de Juanita Kahn, y de su partida en el Día Internacional del Perrito, me puse a reflexionar con profunda tristeza en aquellos seres vivientes que no saben que son negros y que hoy es su día: Los perritos negros del Altiplano. Y espero que los que han resultado con la espléndida idea de dedicar un día a la reflexión de esta problemática, tomen nota de lo que a continuación refiero.

* * *

Cierta tarde volvimos a La Paz después de visitar las ruinas arqueológicas de Tiahuanaco, y vimos acercarse a la autopista a varios perritos hambrientos, a la espera de que de los autos les arrojaran algún pedazo de pan. Y uno de ellos, al intentar atrapar un pan, fue aplastado por las llantas de otro auto que venía detrás a gran velocidad. La cabeza del pobre perrito quedó planchada sobre el asfalto de la autopista, y el resto de su cuerpo seguía dando la impresión de que todavía estuviera invocando humildemente por un pedazo de pan con la parte inferior de su cabeza descansando sobre el asfalto.

Comento este triste hecho con el Ing. Luis Pires, quien juntamente con su esposa ha optado por la atención de los perritos sin dueño y la implementación de un programa de emergencia. Y me pregunta:

—¿De qué color eran esos perritos?

Le respondo, un poco confundido por su pregunta:

—¿Y qué importa de qué color sean?

—Sí importa.

—Eran negros, ¿y qué?

Me pregunta:

—¿Todos eran negros?

Y respondo:

—Creo que sí. Sí, todos eran negros.

* * *

Entonces me explica que en varias comunidades del Altiplano se considera a un perro de color negro como una especie de chivo expiatorio que es poseído por el demonio y lleva las maldiciones y las enfermedades de sus dueños lejos de las aldeas indígenas. A tales perros no hay que darles ni comida ni agua como para que merodeen en la aldea y hay que maltratarlos para que huyan de las casas y no se vuelvan a acercarse nunca por allí hasta que por fin se desplomen muertos de hambre y de sed en las zonas resacas del Altiplano.

El Dr. Pires prosigue:

—Este pensamiento está bien difundido, y lamentablemente ha tenido ecos en algunos sectores de la población urbana. Sin ir lejos, Angélica Machado y Andrea Salcedo,

hermanas evangélicas a quienes sin duda has visto en la televisión cristiana, han incluido este “aporte natural nativo, originario” entre sus rituales de la “guerra espiritual” que está de moda en varias iglesias “cristianas” de la ciudad de La Paz y El Alto.

Y concluye:

—Pero ellas exageran la nota y enseñan que no importa que sea perro negro o perro blanco, o de cualquier otro color, siempre sirven de azazel para apartar los malos espíritus, por lo cual hay que aprender a hacerles sufrir mejor.

* * *

La última vez que me tocó viajar por la misma autopista desde Desaguadero hasta La Paz, puse mayor atención al caso de los desventurados perritos negros. En el viaje me acompañaba el Dr. Juan Yalico, con quien compartí el testimonio del Dr. Pires. Y juntos nos pusimos a contar, a ambos lados de la pista hasta 40 perritos, de los cuales sólo dos no eran negros; uno de ellos era de color blanco, evidentemente, compartiendo la misma tragedia, acaso por causa de alguien que ha aprendido de la televisión cristiana que los blancos también sirven de chivos expiatorios.

El Dr. Yalico comenta:

—Claro, los perritos no saben nada de colores. No saben que su color es la causa de su desgracia. Y un perro apaleado, hambriento y sediento es igual sea blanco o negro.

Parecía que el número de los perritos se había incrementado. Podría ser así; pero lo más seguro era que simplemente nuestra atención se había concentrado en este fenómeno.

Nos dolía en el alma no poder hacer más que contarlos y verlos exhaustos por la sed, el hambre y el maltrato, hasta el punto de dejar caer sus cabecitas sobre el asfalto, lo más cerca posible de las llantas de los vehículos, para pedir un pedazo de pan, lo cual bien podría significar el alargamiento de sus días o su muerte inmediata.

* * *

El Dr. Yalico comenta:

—Sin duda que al ver el cuerpo de uno de ellos planchado sobre la autopista, confundiendo con el negro del asfalto, los que les sobreviven por unas horas no se percatan del peligro al que están expuestos.

Yo añado:

—Justamente, se exponen a la autopista, porque algunas personas les tiran un pedazo de pan. Pero, ¿qué del agua que quizás sus cuerpecitos deshidratados necesitan más que pan? Sus patitas no están diseñadas para desenroscar la tapa rosca de una botella, ni tienen labios diseñados para chupar el líquido o contenerlo de chorrear al suelo.

Las acequias en la cercanía de las aldeas del Altiplano pueden contener un poco de agua en este tiempo del año, pero ir hasta ellas puede hacer que desfallezcan en el camino. Lo único que saben con seguridad es que no deben acercarse a ninguna aldea para no recibir palos y pedradas y para no ser desgarrados por los perros que han sido enseñados a actuar como sus dueños.

Cuando se acaba nuestro viaje, empezamos a contar los perros callejeros, los cuales dejan de ser exclusivamente negros y son de cualquier color.

* * *

El Dr. Luis Pires deplora que el púlpito de las iglesias evangélicas y también católicas nunca dé cabida a alguna enseñanza acerca de nuestra responsabilidad humana hacia los animales. Y su esposa, muy activa en una organización de protección de los animales en estado de abandono (S.O.S.) nos cuenta el caso de cierto pastor evangélico que se fue de viaje de vacaciones, y dejó encerrado en su sala a su perro, sin compañerismo, sin comida y sin acceso a un lugar donde hacer sus necesidades:

—La puerta de su domicilio fue abierta por orden de la policía a causa de las protestas de los vecinos conscientes de lo que ocurría allí dentro. Cuando la policía y los empleados de S.O.S. se encontraron dentro de la sala, quedaron boquiabiertos ante el mensaje de dos bellos posters colgados sobre la pared en un lugar visible. Uno decía: “DIOS ES AMOR”, y el otro decía: “SONRÍE: CRISTO TE AMA”.

Su experiencia en la labor de atención a los animales abusados les ha hecho acumular trágicos testimonios como éste que refiere el Dr. Pires:

—Otro caso es de cierto siervo de Dios que cuando uno de los miembros de su iglesia adquirió un perro y comenzó a prodigarle toda clase de atenciones, le llamó la atención diciéndole: “¡Jesucristo ha venido a salvar hombres, no perros!”

La señora Pires le preguntó al hermano amonestado:

—¿Qué le pasaría a tu pastor? ¿Acaso se puso celoso de tu perro?

Y dice que él le respondió:

—Quizás pensaría que el perro me tomaría demasiado del tiempo que según él yo debía consagrar al servicio de la iglesia. O quizás pensaba que por culpa del perro disminuirían mis diezmos y ofrendas. El hecho es que desde que tuve perro, yo prácticamente morí para él, hasta el punto de que no me habla. El mira a través de mi cuerpo.

* * *

Cuando considero estos hechos me siento inclinado a darles la razón a muchos pensadores de nuestro tiempo, vanguardias respecto de la formación de una conciencia ecológica, quienes han señalado con el dedo acusador y han hecho sentar sobre el banquillo de los acusados, casualmente a los ideólogos y empresarios de la civilización cristiana por contribuir a la grave crisis ecológica que afecta a nuestro moribundo planeta. Ellos han señalado la madre del cordero, es decir, el origen de la conducta irresponsable a planteamientos teológicos desenfocados.

Estas cosas comento con la directora de S.O.S., y ella saca de su gavetero unos folders gruesos, los abre ante mis ojos y nos muestra algunas horribles fotografías de archivo.

Ella dice:

—Hay otros casos en la sociedad humana que revelan que los animales son abusados de manera muy cruel. Hay hombres que violan a las perritas, y las golpean y llegan a destrozarles el útero. A varias de esas perritas socorremos y sometemos a un proceso muy difícil de restauración, haciendo esfuerzos denodados para enseñarles que ellas también son objeto de amor y de cariño. Por mucho tiempo esas perritas tienen pánico

cuando se les acerca un hombre. Por eso este trabajo de restauración de los animales, que interesantemente brilla por su ausencia en la agenda de la teología de la restauración, está mayormente en manos de mujeres.

* * *

Mientras me muestra horrendas fotografías de registro, yo doy vuelta a mi cabeza a un lado para no verlas. Mi pequeña hija acepta mirarlas, y yo alcanzo a ver dos más, una de la perrita y otra del violador y del cuartucho en que vive.

Le pregunto:

—Si tiene estas fotos es porque lograron apresar a este humanoide. . .

Y responde:

—Sí lo detuvieron, pero la policía lo volvió a soltar porque dizqué no existen leyes que tipifiquen este tipo de delitos.

Quizás por eso mismo, los indígenas “ponchos rojos” que les cortaron su cabeza a varios perros colgados en una manifestación pública que celebraba el triunfo del Evo, ni siquiera han sido señalados como criminales. Y el Evo mismo, que yo sepa, nunca profirió una palabra de condena respecto de sus fanáticos seguidores, por semejante hecho de sangre perpetrado ante las cámaras de la televisión boliviana.

—Sí, recuerdo haber visto esa horripilante escena en CNN. Pero esos perritos que colgaron y luego degollaron ante las cámaras de televisión no eran negros. Si mal no recuerdo, eran blancos. . .

—Sí, eran blancos, porque sin duda simbolizaban lo que el flamante gobierno indígena de Bolivia tenía intención de hacer con los kharas, los blanquitos de la población boliviana.

* * *

El Dr. Pires comenta:

—Todavía nos hace falta luchar mucho para lograr que la ONU también proclame la Declaración de los Derechos del Animal. Quizás un movimiento de este tipo serviría para incluir a los animales en la legislación de todos los países. Nuestros pastores y maestros de la Escuela Dominical podrían hacer una gran contribución desde el púlpito para que esto suceda, porque la Biblia tiene bellas enseñanzas sobre ecología y sobre el trato debido a todos los seres que Dios ha creado.

Interviene mi esposa y dice:

—Hoy por hoy lo que ocurre es que los predicadores evangélicos gastan demasiada saliva para hacernos recordar que según Apocalipsis 22:15 “los perros se quedarán afuera”, y no saben que “los perros” en este versículo no son perros de cuatro patas, sino perros de dos patas. En esto pierden su tiempo en lugar de formar en nuestros niños y en nuestros jóvenes una conciencia ecológica digna.

* * *

Los esposos Pires comentan:

Pero hay otros extremos en la sociedad humana en que los animales son abusados de manera aun más cruel.

Hay hombres que violan a las perritas, y les golpean y llegan a destrozarles el útero. A varias de esas perritas socorremos y sometemos a un proceso muy difícil de restauración haciendo esfuerzos denodados para enseñarles a sentir que ellas también son objeto de amor y de cariño.

Por mucho tiempo esas perritas tienen pánico cuando se les acerca un hombre; por eso este trabajo de restauración está mayormente en manos de mujeres.

Entonces me muestran fotografías horribles, y yo volteo la cabeza a un lado para no verlas.

Mi pequeña Lili Ester sí acepta mirarlas; y yo alcanzo a ver dos fotografías: Una de la perrita, y otra del violador y del cuartucho en que vive.

Me cuentan que lograron detener a este humanoide, pero la policía lo volvió a soltar porque no existen leyes que impliquen este tipo de delitos.

Y comentan:

—Todavía nos hace falta luchar mucho para lograr que la ONU también proclame la Declaración de los Derechos de los Animales. . .

14 ESCAPADA A LLANGUAT

Esa tarde visité al Doctor Nelo, cobijando la idea de tentarlo para darnos una escapada al valle encantado de Llanguat.

Mientras recorremos su exuberante exhibición de historia natural, contemplo aquellas raíces resacas y fantasmagóricas, y me acechan los recuerdos de aquella vez, cuando era un niño pequeño, y me escapé de mi casa y me fui a Llanguat, el valle encantado donde las plantas parásitas crecen en el aire y saltan de árbol en árbol hasta que se enamoran de algún árbol cojudo y dejan de chibrinquear.

Tenía exactamente ocho años cuando me fui a Llanguat por primera vez con mi amigo César Silva Boza, que ahora es médico y reside en Buenos Aires, Argentina.

Me acuerdo cada detalle de aquella loca aventura, y del año exacto en que ocurrió, porque después que volví a casa sano y salvo, repetía en mis adentros con ritmo de estribillo el himno a mi hazaña:

*¡Te fuiste a Llanguat
cuando sólo tenías
ocho años de edad!*

Ahora estaba a punto de revivir aquella mágica experiencia, y quien sabe teniendo como compañero y guía a un científico tan controversial como el Doctor Nelo.

* * *

A propósito de esa mi primera visita a Llanguat, las cosas ocurrieron así:

Cierta mañana pasé por casualidad por los Garajes, en el barrio de Las Lagunas, y me detuve a ver una perra con sus cachorritos recién nacidos.

El dueño me preguntó:

—¿Te gustan?

—Sí.

—Entonces te regalo uno. ¡Masque llévate este blanquito!

Abracé a mi perrito y volví a casa. Pero mi mamá lo examinó y resulta que era hembra. Allí empezó el escándalo, porque ella no permitiría una perra hembra en nuestra mansión de la Avenida José Gálvez 714.

Me mandó devolverla a los que me la habían regalado. Pero en lugar de devolverla, fui a comprarle una cintita roja para su cuello, y aunque no era gato, también compré un cascabel y lo cosí a la cinta. El color blanco de su pelaje hacía contraste con la cinta roja y me gustaba porque eran los colores que engalanan en julio todos los rincones de nuestro amado Perú.

* * *

Aparecí de nuevo en casa con mi perrita engalanada, y contra todas mis expectativas me dijo mi mamá: “No quiero verte ni a ti ni a tu perra.”

Salí de casa con mi perrita en mis brazos, esperando que las cosas se calmaran, pensando aparecerme de nuevo en casa a la hora del almuerzo. Entonces me encontré en la Plaza de Armas con el César, que sin siquiera mirar a mi perrita, ni acariciarla, me dijo:

—¿Quisieras ir conmigo a Llanguat?

El César tenía el mandado de llevar una mula al valle, para traer una carga de yuca. Me dijo que si me animaba nos iríamos montados los dos en la misma montura.

A él yo lo miraba con respeto, porque era un año mayor que yo. Además, era valiente; a nada ni a nadie le tenía miedo. También era inteligente, y de yapa, estudiaba la lección.

Mi papá, que era nuestro maestro en la Escuela N° 81, me decía siempre que yo debería seguir su ejemplo. Entonces, en esas circunstancias, razoné: “El conoce Llanguat, y yo no. A él lo mandan solo a Llanguat, y a mí ni siquiera me quieren llevar allá. . .”

Lo que me dijo mi mamá y de esas palabras de aprecio de mi papá por el César tomé como pretexto para escaparme a Llanguat.

* * *

Le dije al César que me esperara junto a la fuente de la Plaza de Armas. Entonces bajé a mi casa, a una cuadra de distancia. Con suavidad puse a mi perrita en el suelo en el patio y me despedí de ella con pensamientos de ternura.

Luego tomé del estante de la tienda dos latas de atún Florida para el fiambre, y en pocos minutos ya estábamos bajando por Chacapampa rumbo a Llanguat, sentados los dos en la misma montura de la mula.

Serían las 10.00 de la mañana.

* * *

No es mi propósito contar todos los detalles de aquella loca aventura infantil que se desarrolló en medio de pensamientos tristes y suspiros por mi perrita que había abandonado a su suerte. Lo que quiero, ahora que ha transcurrido medio siglo, es volver a vivir aquellos momentos sofocantes en el valle y en el río de los que tantas historias se cuentan: ¡Una gigantesca mole de piedra que se levanta desde el río hasta el cielo! ¡Un precipicio que arde con el fuego del infierno! ¡Una vegetación extraña, propia de otro planeta! ¡Aguas calientes que salen del corazón fogueado de la tierra! ¡Plantas parásitas que vuelan de árbol en árbol! ¡El lugar de donde vienen en Corpus Christi los aguerridos llanguatinos con sus danzas y sus toros de astas afiladas!

* * *

Siempre me había preguntado con insistencia: ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué causa su santo, Don Sheba, tiene incrustadas sangrientas flechas en su panza? ¿Se lo habrán hecho los llanguatinos mismos? Son capaces. . .

Sin duda, ir a Llanguat y volver sano y salvo, sería la máxima demostración de valor. No importaba ser comido por los zancudos y andar sobre el arco formado por los talones y las puntas del pie para atenuar el fuego del suelo, con tal de contemplar ese extraño mundo considerado la antesala del infierno.

Tendría muchas cosas que contar si volvía vivo de Llanguat. Sería admirado, respetado y aun temido en todo Celendín, por haber subido a pie y descalzo la horrible cuesta de Llanguat. ¡Y a lo mejor, mis padres, una vez pasada la tortura de haberme imaginado nadando en el traicionero río La Llanga, ahora me recibirían con los brazos abiertos, y me pedirían perdón, y nos abrazarían enternecidos a mí y a mi perrita!

* * *

Pero las cosas no ocurrieron así cuando llegué de regreso a casa al anochecer.

Es verdad que a mis padres se les había esfumado toda la gana de castigarme con el rebenque. Pero después de buscar por todos los rincones de la casa encontré a mi perrita tristemente acurrucada al calor de la bicharra. Su blanco pelaje estaba manchado y profanado con ceniza y carbón. Su cinta roja y su cascabel habían desaparecido de su cuello, y no aparecieron por ningún lado.

Cuando la tomé en mis brazos, sentí en carne propia lo que significa el abandono y la desesperación. Entonces, lloré.

* * *

El resto de la semana las cosas no cambiaron en absoluto. Estaba conminado a hacer desaparecer a mi perrita en el más corto plazo, y en tal estado de ánimo amenacé con tirarme a la poza de Don Salas, con perro y todo, antes que lo apartasen de mí.

Y de veras me fui al Río Grande una madrugada oscurecida por las nubes que anticipaban un fuerte aguaceral. Pero sólo atiné a probar la temperatura del agua con la punta de mi dedo gordo, y como estaba réquete fría me desanimé de tirarme a la poza y morir.

La abrigada pancita de mi perrita, a la cual llevaba en mis brazos, era el principal argumento para optar por la vida. Así que volví a casa y tomar un desayuno caliente con el “apoyo” de leche de nuestras vacas recién ordeñadas.

Pocos días después la perrita fue regalada a un peón que me consoló ofreciéndome tenerla como a una reina en su casa en el campo, en un lugar amplio y libre donde estaría mejor que en la ciudad —sus palabras sin duda le dio a memorizar mi madre—.

Nunca he podido recordar qué nombre le puse a mi perrita, si acaso le puse un nombre. Este fue el primero de cinco perritos que he tenido en mi vida. El segundo fue Tarzán, el tercero Jasper, el cuarto Qatánchik, y la quinta, Molly Bottomless (Molly Sin Calzón).

15
EL ZOOLOGICO DEL FUJMORI



Años después del nacimiento de nuestra hija unigénita, Lili Ester, vino a nuestras vidas nuestro hijo putativo, el George Frankenstein, quien tiene grandes inquietudes por conocer las cosas que sucedieron antes de su existencia terrenal.

A él le referí, con lujo de detalles, tal como paso a referirles a continuación a vosotros, la historia del Fujmori (no del Fujimori, sino del “¡Fuj! ¡Mori!”) y de nuestras bodas, de Amanda y de mí, en mi ciudad natal, Celendín.

Escogimos a Celendín para casarnos allí, porque humildemente nos consideramos de la plebe, del común de la gente. De ser shilicos magnates o aristócratas, seguramente hubiésemos escogido casarnos en Huacapampa, un paradisíaco spa o “scapá” que se encuentra a doce kilómetros al sur de la ciudad de Celendín y que ha sido agarrado de bajada por los millonarios shilicos, para sus escapaditas.

* * *

Partimos de Lima en bus alquilado y llegamos a Celendín en pelotón dos días antes de nuestras bodas.

En el pelotón estábamos incluidos, aparte de la menudencia, por supuesto mi novia Amanda y yo, y Stael, la hermana menor de Amanda, que se vino desde la ciudad de La Paz, Bolivia, para estar presente en este acontecimiento que dio mucho que hablar en Celendín, y por la presente historia virtual también en el mundo entero.

Formaban parte de la menudencia, que digo, del pelotón mis sobrinos Eli e Iván, hijos de mi hermana Elvira, mocosos en esos tiempos idos, que se auto-eligieron dizqué

para ser nuestros “ángeles de la guarda”, para evitar que Amanda y yo precipitésemos el devenir de los acontecimientos hasta las últimas consecuencias.

En cuanto a Stael, ella era entonces soltera, y tuvo que hacer un sacrificio para viajar a nuestra boda, por cuanto es dueña de una farmacia en La Paz, cuyas puertas no se pueden cerrar así nomás, a discreción, a causa de sus turnos pre-establecidos. Es que, como refiere mi esposa en su relato, “Historia de nuestro amor”, las cosas relativas a nuestra boda ocurrieron casi en un abrir y cerrar de ojos, ¡como para ser tomados en cuenta por los Records de Guinness!

* * *

Las ceremonias se realizaron en la sala de la casona de mi hermana Dianira, mi “Mama Lila”, en la Avenida José Galvez 714 de Celendín.

En un lado de la sala estaba la mesa para el alcalde y demás autoridades civiles de la ciudad (para el matrimonio civil). Y a su costado estaba la mesa para la celebración de la ceremonia religiosa, a cargo del pastor Peter Nagel, de la Iglesia Evangélica Presbiteriana de Celendín. Y en medio de ambas mesas estaba la hermosa torta de bodas, confeccionada por Yoyo y pandilla.

Todo el asunto del matrimonio civil y religioso ocurrió con sólo dar tres pasos al costado, pero en una eternidad. Luego vino el banquete para los invitados, es decir, para los que se invitan a sí mismos, al estilo Celendín.

* * *

Mientras estas dos ceremonias ocurrían adentro, en la sala, y se alargaban más de la cuenta debido a la exagerada cantidad de firmas que se exigía de los novios y de los testigos —para mayor seguridad—, afuera, delante de la sala, en el amplio patio encementado, tenía lugar otra fiesta, una fiesta infantil totalmente desconectada de nuestra boda: Se había reunido gran cantidad de mocosos del vecindario y se enfrascaron en un febril partido de fútbol, un mundialito con todas las de la ley.

Sus gritos de júbilo, en momentos hacían que las autoridades civiles y religiosas se desconcentraran en medio de las ceremonias, a riesgo de terminar uniendo en los vínculos del santo matrimonio a extraños que estaban bien sentadotes en la sala sin siquiera saber que se trataba de nuestro matrimonio, como en la anécdota del borrachín que entró a una casa y se puso a soplar las velas, y abrazó el ataúd diciendo: “¡Happy birthday to you! ¡Que partan la torta!” Hasta que lo botaron a patadas diciéndole: “¡Imbécil! ¿No ves que es un velorio?”

* * *

Así las cosas, las dos ceremonias de nuestras bodas concluyeron; mas no así el espectáculo futbolístico del patio. Yo me encontraba muy emocionado y ocupado atendiendo a la gente, pero de reojo atiné a fijarme que la pelota era de trapo.

En realidad, atendiendo a la fila de invitados que desfilaba para felicitar a los flamantes esposos y que nos agotaba con tanto beso a Amanda y a mí, no logramos

introducirnos en ese maravilloso mundillo infantil. Pero sí lo hizo Stael. Y ella vio que un futbolista de cuatro añitos de edad destacaba por su energía y empeño, por su quiebre de cintura, por sus goles, y por su humildad y nobleza en lo que se refiere a la celebración de la victoria de su equipo.

Ese futbolista excepcional se llamaba César Mori, apodado con toda justicia “¡Fuj Mori!” —así, tapando tus narices a causa del ishpa—.

El es el hijo primogénito de mi sobrina Nelly Machuca Chávez y de su esposo Luis Mori; y es nieto de mi Mama Lila y de Don Delesmiro.

* * *

El muchachito exhibía unos zapatos únicos en su género, de colección, de película: Estaban rotos a causa de tanto patear la pelota. Ambos zapatos estaban descosidos y abiertos en la punta, de tal modo que se veían sus deditos, como siendo vomitados por dos sapos que decían, “¡Fuj Mori!” a causa de la pezuña.

Esos zapatos, que al mismo tiempo servían de chimpunes, no le causaban gracia a nadie en medio de la fiesta, pero llamaron la atención de Stael, y gracias a ellos, ella se convirtió de repente en una hincha del fútbol.

Atrás quedaron los vagos recuerdos del Bolívar y del Strongest de La Paz, si alguna vez le llamó la atención el fútbol. Y estando los del pelotón de la boda precedente de Lima alojados todos en la casa de la Mama Lila, la “Cholita Paceaña” pudo estar todo el tiempo cerca de su ídolo e intimar con él.

* * *

Ella, que en esos pocos días en Celendín tenía todo el tiempo del mundo para relajarse sin nada más que hacer, se consiguió por allí una guatopa y un pedazo de hilo de coser costalillos, y mientras su ídolo dormía a pierna suelta a causa del cansancio del partido, ella cosió las bocas de los sapos, a fin de que no se escaparan del interior esos cinco deditos del minúsculo campeón.

Al día siguiente, el día de la partida del pelotón de regreso a Lima Limón, ya se los veía juntos a los dos, a la Stael y al Fujmori, como un par de enamorados, porque en agradecimiento el niño le había obsequiado a ella su muñeco de trapo, un bollo de quince centímetros de largo.

No atiné a fijarme como sería de emotiva la despedida, pero ella, al llegar a La Paz, le compró un camión de fierro marca “Tonka”, de colección, pintado de color amarillo patito con diseños y letras en negro. Para que te hagas una idea, los juguetes de la marca “Tonka” están incluidos ahora entre las antigüedades que las estrellas de la serie televisada, “El Precio de la Historia”, valoran en cientos de dólares si están en perfectas condiciones de conservación.

* * *

La Stael envió al Perú, vía DHL, el camión marca “Tonka” para su ídolo Fujmori, y daba la casualidad de que en esos días se encontraba en Lima Don Delesmiro, esposo de mi Mama Lila y abuelo del pequeño *ass* de fútbol. El fue el encargado de llevar el camión a su destino final, y cuentan que en todo el trayecto de Lima a Celendín lo llevó sobre su milca.

—¿Y los sapos?

—¿Cuáles sapos, George?

—Los sapos del zoológico del Fujmori. . .

—Los sapos, es decir, los sapazos, eran sus zapatos del Fujmori, con sus bocazas abiertas para permitir que el chico pateara la pelota en el más pulcro estilo de Celendín, es decir, al estilo “nigua-nigua”. Esto en lo que concierne a los sapos de su zoológico; pero si dejas de interrumpirme, George, pasaré a contarte a continuación todo lo que concierne a las culebras. . .

—¿Sapos y culebras?

—Sí. Y muchos bichos más que forman parte del Zoológico del Fujmori.

* * *

Años después, tras mis agotadoras actividades académicas en la Santa Sede de la CBUP en Lima Limón, viajé a Celendín para relajarme y para jugar con globos y agua en los Carnavales, conforme a la palabra que dice: “En Carnavales, ¡hasta Dios moja!” —es que la fiesta cae en plena estación de lluvias—.

En el atardecer de ese mismo día de mi llegada, casi a oscuras, escucho gran jolgorio en la Plaza de Armas y la mágica melodía del Chilalo —el Carnaval Celendino—, que mi mamá Tey llamaba “la melodía que resucita muertos”.

Salgo de la casa y me dirijo a la plaza para mirar de cerca, y me entremezclo con la vanguardia del Corso de Carnavales del Barrio del Rosario, mi barrio.

Se trata de uno de los máximos atractivos de la vida de Celendín, porque en el corso participa la familia entera: Las niñas por su lado, los niños por su lado, los enamorados por su lado, la madre al lado del padre, los abuelitos chochos y sobre la nuca de éstos, su hijo o su nieta llevados “santo piñuño”. Y por cierto, todos con los accesorios y disfraces del Carnaval.

Como muchos otros shilicos, desde los últimos rincones del mundo he viajado a Celendín para esta fecha; sólo para ver el Gran Corso del Barrio del Rosario o Colpacucho. Con esta revelación mía podrás imaginar cuán emotiva puede ser esta “experiencia religiosa”.

* * *

Cuando el corso pasó de mi esquina en la Plaza de Armas, vuelvo a casa y me pongo a conversar con mi Mama Lila, a quien encuentro en su dormitorio contemplando con nostalgia un fajo de fotografías de la graduación de su nieto, ¡el Fujmori!

Las fotos eran de cuando él era ya un quinceañero con el aspecto cailingo de un hamster flaco y pelucón. Por ese tiempo, tras acabar la secundaria, se había trasladado a

Lima para postular a la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), dejando muchos recuerdos inéditos en Celendín.

Mi Mama Lila me muestra que el muchacho suertudo tuvo como madrina de promoción a la chica más hermosa de la fiesta. Me dice:

—Mira: Esta muchacha de piernas celestiales fue su madrina de promoción. Ella es huacapampina, y con ella sique bailó el vals de honor. ¡Pero mira qué piernazas! ¡Ay Amito!

* * *

Entonces nos ponemos a conversar acerca de él, del César Mori, y ella me cuenta:

—Te contaré, pué, lo que le ha ocurrido a este grajiento cuando era chiquito: Vagando como perro sin dueño por el cerro San Isidro se encontró sobre el suelo, entre las nigua-niguanas, un huevo raro como para ser de pajarito, y para nada quería deshacerse de él. El andaba con su huevo en su bolsico, de arriba pabajo y de abajo parrriba.

Le advertimos insistentemente:

—Desháctete de tu huevo, no sea que sea de culebra, o de serpiente. ¡Achichín!”

—¿Y?

—El no hacía caso y seguía nomá andando con su huevo a cuestras, y yo me moría de nervios pensando que pudiese reventar en su bolsillo y que fuera una culebra o una serpiente. . . ¡Achichín!

—¿Y?

—¡Dicho y hecho! Un día el huevo reventó en su bolsillo. ¡Qué sustazo que se dio el condenáu! ¡Achichín!

—¿Fue una culebra?

—No. Era una lagartijita asisito nomá, de este tamaño. ¡Pero si la vieras, qué alhajita que era!

* * *

Le pregunto:

—¿Y qué pasó después con la lagartija?

—Fíjate que la lagartija creía que el César era su mamá. Por un tiempo él cuidó de su lagartija, alimentándola con mosquitas muertas, gusanitos, arañitas, etc. que se dedicaba a coleccionar. A la hora del almuerzo, la lagartijita salía para almorzar, toda puntual, a su hora. Hasta que creció y. . .

—¿Y?

—Por allí debe andar metida en la huerta por entre las matas de chamcas y de achiras. Ya no lo necesita a él para nada.

Le digo, riéndome:

—Entonces se puede decir que él la ovó a la lagartija. . .

—Amo decir. . . Se merece un premio el muchacho, ¿no crees?

Le digo:

—Valdría la pena solicitar que lo incluyan en el libro de los Records de Guinness. . .
¡como el primer ser humano que ovó una lagartija!

Y me dice:

—¡Fíjate, que eso sí que sería un verdadero honor para Celendín! ¿Di?

* * *

Bueno, así cumplo con lo del título de mi historia: Les he hablado de los sapos, de las culebras y de la lagartija del ¡Fujmori! Aunque a la verdad, él también coleccionaba alacranes y arañas pajchas, a las cuales guardaba dentro de cajitas de fósforos. ¡Todo un zoológico tenía el condenau!

—Alhajitas, pues, son los muchachos cuando nacen y son chiquitos; lástima que después crecen. . .

—Sí, pues. Ahora el César es todo un profesional que a lo mejor ni se acuerda de estos avatares de la vida, cuando aun no había nacido su hermano Pablo.

—A ver, sácame de una duda: ¿El César y el Pablo son sus bisnietos del Búho, el Amauta Don Pedro García y Escalante, sea su memoria bendición?

—Sí, pues. . .

—¡Entonces, al Búho también mételo dentro del zoológico de tu César Fijmori! ¡Y también a su papá, el Lucho Mori, nieto del Búho, y por tanto búho también!

—Y no hay que olvidarnos del “indio pishgo” de Celendín. . .

¡Pensar que el Fujmori ahora es papá, y Santiaguito, su hijito, acaba de cumplir un añito en una fiestaza celebrada en Celendín con animadoras piernudas y partido de fútbol incluido!

¡Jué!

16
LA MAJA DESNUDA



La Maja Desnuda – Actualización de la obra de Goya

Ese año, escapando del sofocante verano limeño, fui a visitar mi ciudad natal, Celendín, para pasar los Carnavales. A lo largo de los 1200 kilómetros de recorrido no dejaba de pensar en la oportunidad que tenía delante, de visitar el valle encantado de Llangat, a 15 kilómetros al norte de Celendín, y bañarme en sus pozas de aguas termales. Sería la primera vez que recorrería en su integridad la nueva carretera que desciende al valle.

Quería recordar la fresca visión del valle a la distancia, desde la altura, e impregnarme después de la atmósfera caldeada de Mamag y Pumachaca, donde mi abuelo, el Capitán, tenía solares cultivados con caña de azúcar y árboles de mango. Pero sobre todo, quería volver a experimentar aquellos momentos mágicos de la primera vez que me escapé de casa y fui allá, siendo un niño pequeño, atraído por la fama del temible río La Llanga que de vez en cuando engulle animales y seres humanos.

* * *

Al llegar a Celendín, ya a oscuras, me recuesto pensando en mi pesado viaje de 24 horas, y en eso escucho la música mágica del Chilalo, del Carnaval Celendino. Salgo de la casa y me dirijo a la Plaza de Armas para observar de cerca, y me entremezclo con Ño Carnavalón y su mujer, la Zarca, con sus enormes máscaras y álveos potochos shilicos. Esas, y otras máscaras “personalizadas” squé son hechas por el Brocha, un hábil artista de El Cumbe.

Entre los disfrazados con máscaras más pequeñas, había uno con las inconfundibles facciones del Doctor Nelo, el sabio, el científico más controvertido y controversial de Celendín. El no iba bailando al son del Chilalo, ni hacía ninguna gracia. Casualmente, su

única gracia consistía en que no tenía gracia. Sólo caminaba fuera de contexto, a paso lento y cabizbajo, cavilando en los Chilchos y en los Sefaradim, y con sus manos en sus bolsicos, al estilo qué me importa. Y eso, de por sí, daba más risa.

Entonces se me clava la idea en la cabeza: “¡Al Doctor Nelo lo necesito! ¡Qué mejor que contar con su guía en el valle encantado de Llanguat! ¡Tengo que ubicar al científico anciano mañana temprano, sí o sí!

* * *

Al día siguiente, temprano en la mañana, salí a buscar al Doctor Nelo; mi visita a Celendín no sería grandiosa sin él.

Yo que llego a la esquina de la Plaza de Armas, cuando lo veo sentado en una banca, leyendo su periódico.

Se alegra mucho al verme y me invita a su casa para mostrarme el Museo que ha implementado en su sala, una de cuyas piezas artísticas más valiosas es la escultura de su majoma del Lagañoso tallada en una coronta de maíz, obra de su suegro, el consumado artista celendino, el Amauta Alfredo Rocha.

Me dice:

—Te espero en mi casa esta tarde a las 3.30 en punto.

Para llegar puntual a esa cita tan importante, salí de mi casa a las 3.30 en punto. El me abrió la portada de la casa, y le seguí para ver su sala convertida en Museo, la cual estaba con candado.

* * *

Antes de que yo llegara, él ya estaba intentando abrir el candado, pero no lo logró. Probó todas las llaves de un atado, y no le hacía ninguna. Lo mismo hizo con todos los atados de llaves que encontró en otras habitaciones.

Bastante sofocado y nervioso salió de la casa, y después de unos minutos volvió con otro atado de llaves que se prestó de la vecina. Y me dice:

—A ver si alguna de estas llaves de la vecina le hacen al candado. . .

Le pregunto:

—¿Acaso no tienes las llaves de tu propia sala?

Y responde:

—Lo que pasa es que mi mujer se ha largado a Cajamarca sin avisarme, y se ha llevado la llave del candado de la sala.

* * *

Ese día no pude ver su colección de objetos arqueológicos que están expuestos en su sala, ni su colección de las obras de arte de su suegro, el genial Alfredo Rocha. Pero me mostró su invernadero en el patio principal —su centro de investigación genética—, y sobre los pretilos veo su colección de líticos platillos voladores que los alienígenas de alguna otra estrella escondieron en Celendín y en la cuenca del río Marañón.

Como si estuvieran remedándonos, los troncos de extraños árboles de apariencia fantasmagórica se retuercen en la sucesión de patios de su mansión. Su mujer, la Esther Rocha, también chochea con una colección de resacas raíces que adornan los pretilos de piedra alrededor del patio principal. En eso veo que de una de esas raíces resacas y grotescas, abrazada por tétricas telarañas, brotan unas hojas de verde encendido y unas florecillas de colores intensos y alegres. Y exclamo: ¡No puede ser!

* * *

Como todo puede ocurrir en esta mansión embrujada, me acerco a contemplar de cerca tan maravillosa visión, y resulta que detrás de la raíz reseca había germinado aquella flor en un bien disimulado tarrito de leche Gloria que servía de macetero.

Después de pasado el susto me detuve a contemplar el mural sobre la pared del alar donde está representado un hermeterion de la variedad de los megaterios andinos que ha sido descubierto en Santa Rosa, en el extremo nor-oriental de la campiña de Celendín, y que actualmente se exhibe en el Museo de Historia Natural en la Avenida Arenales, en Lima.

El impresionante animal, una especie de perezoso gigante de 5 metros de altura vivió en la vegetación sub-tropical del Período Pleistoceno, hace 30,000 años.

El Sabio me dice:

—Sus restos fósiles fueron llevados a Francia para ser investigados por el paleontólogo Francois Pujos, y a su retorno al Perú pudieron ser conservados en el mismo Celendín si la Municipalidad se hubiera dignado implementar un museo de sitio que los albergase.

Mientras recorremos su exuberante exhibición de historia natural contemplo las raíces expuestas y fantasmagóricas, y me acechan los recuerdos de aquella vez, cuando era un niño pequeño de ocho años de edad y me escapé de mi casa para ir a Llanguat, el valle encantado donde las plantas parásitas crecen en el aire y saltan de árbol en árbol hasta que se enamoran de algún árbol cojudo y dejan de chibrinquear.

Aquella fue mi primera vez. . . Mi primera vez que fui a Llanguat, cuyo fogoso y sensual escenario no deja nada a la imaginación.

* * *

Ahora, después de más de medio siglo, estaba a punto de revivir aquella loca escapada a Llanguat, ¡y quien sabe teniendo como compañero y guía a un científico tan excepcional como el Doctor Nelo!

Me iría con el Sabio, si acaso pudiese convencerlo de que me acompañase. Y de fiambre, me robaría de nuevo una lata de atún de la tienda familiar y un rocoto de la huerta para preparar en Llanguat ají soltero y darnos un atracón con las yucas de algún solar.

Lo primero que había que hacer era convencer al Doctor Nelo. Viajar allá con él, que conoce el nombre quechua y el nombre científico de todas las plantas, animales y rocas, y que imita y traduce el canto de las aves, que conoce el componente químico de las aguas termales, las leyendas de los Chilchos de Pallaj y de los llanguatinos de Mamag y Pumachaca. . . ¡Viajar con él, realmente sería el despelote!

* * *

Mientras recorremos su exuberante colección geológica en los alares de su patio principal, empiezo a tentarle al estilo Satanás.

Le digo:

—¡Masque vamos a Llanguat!

El responde:

—No puedo. ¡Qué va a decir mi mujer cuando regrese de Cajamarca y no me encuentre en casa!

Le digo:

—¡Casualmente por eso! Me refiero a que ella se ha largado a Cajamarca dejando la sala de tu museo con candado, y a ti te ha dejado prácticamente en la mismísima calle. ¡Ahora tienes la gran oportunidad de desquitarte! Ven conmigo a Llanguat, y cuando ella vuelva y no te encuentre, y se entere de que te largaste a Llanguat, le va a dar un colerón. O a lo mejor se pone a llorar de pena pensando que te has ido a tirarte al río La Llanga. Tú sabes como son las mujeres. . . ¡Te habrás desquitado de ella con estilo, de manera magistral!

* * *

Entonces le brillan los ojos, y me dice con la expresión infantil del Chavo del Ocho:

—¡Eso! ¡Eso! ¡Eso! ¡Zaz! ¡Vamos! Y de paso disfruto de un buen baño medicinal en las pozas de aguas termales. Este va a ser un buen pretexto, porque de veras lo necesito para mis várices. ¡Qué mujer ni qué mujer!

De inmediato nos fuimos a la Oficina de Turismo en la Plaza de Armas para comprar los pasajes. Para que no se me fuera a desanimar, pagué por adelantado los dos pasajes ida y vuelta, y le dije que no se preocupara por el fiambre. Yo llevaría dos latas de atún, y en Llanguat nos pelaríamos una planta de yucas de cualquier solar, y las sancocharíamos para comérmolas con ají soltero, exactamente como hice cuando me escapé a Llanguat a los ocho años de edad.

Entro a casa para avisarle a mi Mama Lila que me voy a Llanguat, y del mismo estante de la tienda ella toma dos latas de atún Florida para nuestro fiambre, sin que yo se lo pida.

La historia de mi primera escapada a Llanguat parecía repetirse.

* * *

Descendemos al valle en la segunda camioneta que partió temprano al día siguiente. Con nosotros van dos familias, hijos de celendinos que habían venido de Lima para conocer la tierra de sus progenitores. Todos estaban agolpados sobre nosotros dos, ansiosos de escuchar las explicaciones del Doctor Nelo, y nos ajochan con sus preguntas.

Bajando por Shururo, el Sabio señala sobre una mata un indiopishgo, y todos los turistas sacan la cabeza por las ventanas para observarlo henchidos de asombro y admiración, porque han oído mucho hablar de él, pero nunca han visto su majoma.

Pero el indiopishgo levanta vuelo y se manda a mudar, y nos deja con los crespos hechos.

* * *

Entonces una muchacha superdotada le pregunta al Doctor Nelo:

—¿Cómo es el indiopishgo? ¿Ah? ¿Por qué se le llama “pishgo”? ¿Ah?

Y el Doctor Nelo le responde sin ninguna malicia:

—*Pishgo* es una palabra del quechua del norte que significa “pájaro”. *Indio pishgo* significa “pájaro indio”. Y analógicamente, en el dialecto shilico se le llama “pishgo” al pene.

—¿A quién?

—Al pene.

—¿Y por qué, ah? ¿Acaso canta?

Y uno de los turistas le responde desde la última banca:

—No canta, pero encanta.

Otro pasajero añade, sin son ni ton:

—El indiopishgo es un pájaro en una jaula de oro. . .

Y otra shilica risueña comenta desde el asiento del fondo:

—¡Jaula de trapo será!

* * *

Así seguimos nuestro descenso al valle encantado de Llanguat. Entonces el Doctor Nelo nos señala un árbol de pate y comenta:

—Ese es un árbol de pate. La lana que se forma dentro de sus frutos sirve para hacer almohadas de lujo.

Más abajo nos señala un árbol de gualanco o guarango cuya copa estaba cubierta con ciertas plantas parásitas aéreas llamadas “siemprevivas”, y explica:

—Las siemprevivas se desplazan en el aire y se acomodan en las copas altas de los gualancos, y allí crecen.

* * *

Al bajar de la camioneta en el sitio de las aguas termales, en la entrada de Llanguat, el Sabio nos señala una planta al ras del suelo y comenta:

—Este es el chamico de temple cuyo nombre científico es *Datura stramonius*, porque contiene daturina. . .

Luego nos señala una planta de hiquerilla, y cuando nos indica su nombre científico y sus propiedades laxativas, su atención se desvía hacia un bello pájaro con su pecho rojo que estaba apostado sobre la copa de un gualanco:

—¡Miren ese lindo pajarito que está allá! Es el guanchaco, que tiene el pecho rojo, o como decimos en Celendín, “colorado”. De allí deriva la canción, “¡Guanchacóoo pecho coloradooo!” —Y se pone a cantar—.

Acto seguido señala un pájaro que habla, llamado “quién-quién”, porque cuando pasas por el camino pregunta con insistencia quién diablos eres vos.

Luego se pone a imitar los sonidos que emite el quién-quién, tanto cuando habla el macho como cuando le contesta la hembra.

¡Y todos los turistas se divierten sin pagar!

* * *

El Doctor Nelo está en su gloria. Para nada parece acordarse de su mujer, ni se preocupa de la maja que le espera a nuestro regreso.

Y al disponernos a almorzar, se le ocurre ser generoso e invita jugo de caña de azúcar o guarapo a todos los turistas que nos rodean como moscas.

El guarapo es traído en un balde desde el mismo trapiche, y a pesar del calor reinante es muy fresco.

Pero los turistas no nos dejan comer en paz nuestro atún con yuca sancochada y ají soltero, y nos ajochan con infinidad de preguntas.

Aquel día en Llanguat volví a sentir como cuando tenía ocho años de edad, y a esta hermosa experiencia con el Doctor Nelo dedico una historia entera que lleva por título, “El Valle de la Fantasía”, que te aconsejo no leer.

* * *

De regreso a Celendín, la cuesta de Llanguat en combi, no a pie ni con llanques como antaño, fue como un sueño.

El Sabio señala a la distancia el cerro Tolón y dice:

—Ese es el cerro encantado de Tolón; es el Tolón grande, porque también hay el Tolón chico, al otro lado de la fila.

Y se pone a hablar de las apariciones fantasmagóricas del finado Don Augusto Gil, todo sipralla, en las inmediaciones de ese cerro. Nos habla de sus cuevas encantadas, de los duendes y de los íncubos que habitan en su interior. Nos habla de las luminarias que se avistan de noche y que cuando uno se acerca a mirarlas, desaparecen como por encanto. Y comenta:

—Esas luminarias que se encienden y desaparecen no son otra cosa que “fuegos fatuos” que indican la presencia en el lugar de restos óseos de la gente de la cultura Marañón.

Y aclara:

—Los fuegos fatuos son resultado de la combustión natural del sulfato tricálcico que contienen los restos óseos, y ocurren generalmente en las lunas verdes, es decir, en la fase del cuarto creciente.

* * *

Sin haber sentido la cuesta de Llanguat llegamos a Celendín y cruzamos en diagonal la Plaza de Armas, calabaza calabaza cada uno a su casa.

Y admirando el motivo escultórico de la fuente de agua, comento:

—¡Mira qué lindos angelitos!

Y el sabio responde:

—¡Esos no son ningunos angelitos! Esos son los hermanos Copocho. El Miguel Angel Díaz, que hizo la escultura, ha querido representar a sus cuatro hermanos, los artistas representativos de Celendín, como niños jugando sivrallas con el agua de la fuente. El abanderado con el potocho shilico sques el Benancio, el mayor. Luego vienen el Julio y el Miguel Angel. Y el que se está cayendo al abismo sques el César Copocho.

Y al recordar esta familia de artistas geniales, comento:

—Sólo faltaría que el Miguel Angel Díaz haga como Paul Gaugin, el afamado pintor francés, cuando se retiró a vivir en la isla encantada de Tahití: Pintar el acalorado y vistoso esplendor de Llanguat como fondo de seductoras majas desnudas.

* * *

¡Por qué diablos tenía yo que echar a perder nuestro maravilloso tour a Llanguat mencionando a las “majas desnudas”! Porque a estas horas. . . ¡Es más que probable que ya le estén dando su maja desnuda al Nelo!

Como al Doctor Nelo le esperaba, como se dice en francés, un encuentro *tête à tête* con su mujer, por haberse largado a Llanguat sin su conocimiento, pensé que no era prudente tentarlo a acompañarme al día siguiente a Oxford, que digo, a Oxamarca.

Pensé que era mejor nomá comprar mi boleto de regreso a Lima para la madrugada siguiente, y no verme involucrado en una pelea de pareja. El mismo bus que me trajo desde Cajamarca me llevaría de regreso, con su conductor, el Cabrerita (Jorge Cabrera Velásquez), mi compañero de salón en la Escuela N° 81, y también mi primo.

Cuando me dirijo a la agencia de la empresa Atahualpa para comprar mi boleto, estoy que tiemblo de miedo y me lo imagino al Doctor Nelo, sivralla. Y pienso con evidente preocupación: “¡A estas horas segurito que ya le están dando su maja desnuda por haberse escapado a Llanguat sin el consentimiento de su mujer!”

ADDENDUM: La palabra “maja” en España significa “mujer muy hermosa”. En Celendín significa “huasca”, “rebenqueada” sobre la piel desnuda. Hay los que opinan que es algo rico.

17 LA NUMERO 5 EN MI VIDA

Molly es el quinto perrito en mi vida. Cada uno ha dejado una huella indeleble, empezando con Tarzán y siguiendo con Jasper, Peluche y Qatanchik, todos ellos chuscos o chapis, aunque maravillosos. Pero Molly es de alcurnia; el único perro que me ha costado un ojo de la cara.

Cierto día visitamos la casa del abuelito Higinio, y al enterarse que mis brazos estaban ocupados con una perrita que dormía plácidamente, dio un salto atrás, despavorido como si estuviera en presencia de un demonio fatal.

Lo que pasa es que el abuelito es invidente, y en cuanto a los perros es más agnóstico que su hija, mi mujer. Por eso expresó con envidiable sinceridad su opinión negativa, aunque con un escénico toque de humor, como acostumbra, lo cual da espacio para jugarle algunas bromas.

El sólo conoce a los perros por su ladrido. En su vida jamás ha palpado a un perro, ¡y menos a una perra!

Ese día tomé su mano y la pasé suavemente sobre el pelaje abrigado de nuestra pequeña Molly, y él la apartó con violencia diciendo:

—¡Futa!

* * *

El abuelito recogió ayer a Lili de sus clases de natación y la llevó en un taxi al Coro Infantil donde estaba ensayando para cantar villancicos en la noche de Navidad.

En la entrada del edificio yo esperaba al abuelito con unas llaves que nos había prestado, y una bolsa que contenía una pequeña toga y algunos cassettes de villancicos que envié mi esposa para la directora del Coro Infantil.

Ellos llegaron a tiempo, y Lili entró a su ensayo. Así me quedé en la calle, a solas con el abuelito.

El me pregunta:

—¿Por qué no me das mis llaves de una vez?

Le respondo:

—Es que no tengo una mano libre. En una tengo la bolsa y en la otra tengo a nuestra pequeña Molly. Y si la pongo sobre la vereda mientras busco las llaves de mi bolsillo, se me puede escapar hacia la pista.

La Avenida Saavedra es una de las avenidas de más tránsito en la ciudad de La Paz y es de doble sentido. Por eso le dije:

—Tú tienes que ayudarme sosteniendo a mi Molly en tus manos mientras yo busco tus llaves.

El aceptó de mala gana, y puse a la perrita sobre las puntas de sus nerviosos dedos extendidos, mientras él giraba su cara a un costado y hacia atrás, lo más que podía, al estilo de la niña de El Exorcista. ¡Cómo habría apretado el hombre su pancita, que la perrita gritaba peor que la Chilindrina!

Tomé a Molly en mis brazos y guié al abuelo a su taxi, de regreso a su casa. Cuando subía al auto le dije:

—¡Este es un día histórico, abuelo!

El pregunta por qué, y respondo:

—Porque has tenido la experiencia maravillosa de sostener en tus manos, por primera vez en tu vida, a una linda perrita como Molly.

En silencio plegó su bastón, y antes de que yo le cerrara la puerta del auto, dijo:

—¡Futa!

* * *

En la calle nos detienen los niños pequeños, las personas adultas y las parejas de enamorados para admirar la gracia de nuestra pequeña Molly.

Cierta noche entré con Lili y Molly a una tienda donde venden tacos mexicanos, sólo para preguntar desde qué hora atendían, porque quería que mi esposa probara estas delicias que disfruté cuando vivía en El Paso y Ciudad Juárez.

Todos en la tienda quedaron prendados de Molly, especialmente una pareja de jóvenes enamorados que la acariciaban. Y el muchacho, mirándome entre risas y compasión, me dijo con su acentuada pronunciación paceña:

—Yo conozco bien a estos *pessitos*, porque he tenido uno. ¡Estos *pessitos* no tienen *pesdón*, porque son unos *tessibles*!

Efectivamente, mientras me pongo un zapato, Molly me roba el otro y se dispara con él patinando sobre el piso.

Corro tras ella para quitarle el zapato, y cuando vuelvo y me siento en la silla con el zapato en alto, Molly se prende de mi media, logra sacarla de mi pie, y se dispara hasta la cocina. ¡De veras que estos *pessitos* no tienen *pesdón*!

* * *

Varias personas que tienen un Cocker Spaniel son las más interesadas en conversar con nosotros para darnos consejos. Una ancianita que sale acompañada del suyo, se detiene a conversar conmigo y me dice:

—Los perritos de esta raza conservan siempre sus características de bebés. Por eso son ideales como mascotas para los niños pequeños. Pero hay que cuidarles mucho, porque cuando son adultos pueden padecer de irritación en los ojos. Eso se soluciona dándoles desde pequeños jugo de zanahoria.

Molly también es la chica preferida de los niños que viven en nuestro condominio, e incluso de sus padres. Esto me da alivio porque sé que cuando yo viaje al Perú para mi trabajo en la Universidad CBUP, todos contribuirán para llenar el vacío que yo deje en su corazón, porque como dije al principio, Molly es la hembra que más me ha amado y me ha colmado de besos.

Ella duerme a mi lado y es la culpable de todos los chupones que exhibo con orgullo. Las mujeres se mueren de envidia pensando que me los hace mi mujer. Y cuando estoy trabajando en mi computadora, ella me acompaña y pone su cabecita caliente sobre el peine de mi zapato y duerme plácidamente a mis pies.

A cada rato suben los niños del departamento de abajo para pedírmela “prestada” para jugar con ella en el patio cubierto de grass. Esto me ayuda cuando Lili está en su clase de perlititas o en la piscina de natación.

También los abuelitos Pil y Anfonso se han puesto a chochar con ella.

* * *

En nuestro condominio sólo hemos tenido un percance que lamentar: Cierta mañana, Molly subió del patio a nuestro departamento en el segundo piso, y como encontró la puerta cerrada subió un piso más arriba, donde vive la Cruela de Vil.

Un estentóreo grito de la perrita me hizo saltar de mi sillón. Miré abajo, y no la vi. Subí de nuevo, y me encontré con la mujer que dizqué la había encontrado sentadita junto a su puerta e intentó bajarla a nuestro departamento levantándola de la nuca. Pero sabe Dios si la levantó de su parte más atractiva: ¡Sus orejas!

Le cuento lo ocurrido a mi esposa que acaba de llegar del mercado, y ella comenta:

—¡Hay de todo en la viña del Señor!

Le pregunto:

—¿Te refieres a que también hay perritos?

Poco a poco Amanda le ha abierto su corazón. Ahora le compra sus mini-galletitas a colores y con forma de huesos, pacos (policías) y carteros.

Hasta la tía Stael ha logrado tenerla un minuto sobre sus rodillas, aunque levantando nerviosamente sus manos en alto, para no tocarla. ¡Cuán glorioso es el cambio operado en su ser!

* * *

Desde hace varios días, Lili me viene insistiendo:

—Total, ¿aceptas mi apuesta? ¿Sí o sí?

Haciéndome el loco, le pregunto:

—¿Cuál apuesta?

Ella quería apostar conmigo si los perritos tienen ombligo, o no. Ella se había anticipado a decir que sí tienen. Pero antes de aceptar la apuesta, y a riesgo de perder plata como siempre, le consulté al Flaco, un amigo nuestro que fuera profesor de biología en una universidad de Lima. El me da cátedra:

—Todos los mamíferos tenemos ombligo, y como los perritos son mamíferos, también tienen ombligo.

Le digo:

—¿Así que la Molly tiene ombligo? ¿Y cómo no se nota?

El Flaco responde:

—Si observas bien, verás que sí hay una pequeña manchita oscura, que es su ombligo. Pero no confundas su ombligo con una de sus tetitas. La perrita tiene el número de tetitas según el número de crías que tendrá; una tetita por cada cachorrito, con un pequeño margen de error.

* * *

Realmente me quedé boquiabierto ante tal erudición. Tenía razón el Flaco, pues cuando visitamos una granja de chanchos en Huaral, el dueño nos mostró que cada chanchito tenía su propia teta conocida, y los demás chanchitos tenían que respetar el derecho natural.

El Flaco sigue instruyéndome:

—En los mamíferos más desarrollados las crías son menos en número, y en los especímenes más altamente evolucionados, como por ejemplo, yo, es sólo una cría nomás.

Asombrado de la divina Providencia, le tomo del pelo:

—Pero las hembras humanas tienen dos tetas, a pesar de que por lo general tienen una sola cría a la vez. . .

Y el Flaco me instruye:

—Es por razones de equilibrio, pues trotar con una sola teta a cuestas sería muy incómodo. ¿No te parece?

Con tanta información acumulada se entiende que yo no iba a aceptar la apuesta de la Lili. Así que opté por hacerme el loco. Además, ella ya había ubicado el lugar exacto del ombligo de Molly, con la ayuda de su amiga Jennifer.

* * *

Ahora acabamos de regresar de su tercera vacuna; todo en la fecha indicada.

Su médico veterinario se alegra de verla cada vez más grande y sanita. Lo mismo la chica que nos la vendió, se enternece al tomarla en sus brazos y al enterarse que se llama Molly, como ella.

Jennifer, la niña del departamento de abajo, que a esta altura del partido ya parece ser la dueña, nos ha acompañado al veterinario. Efectivamente, cuando yo la disciplino en casa, Molly se las arregla con salir puertas afuera y bajar al departamento de Jennifer que da al patio donde ahora pasa la mayor parte del día.

Mi esposa se ríe de que yo sea el que compra el perro y el que corre con todos los gastos de las vacunas, con las preocupaciones diurnas y nocturnas, con sus baños y con sus pedicures y manicures, mientras que “los de abajo” son los que la disfrutan más, sin sufrir gastos ni insomnio. Y me dice, sonriendo:

—¿Es verdad que Molly es el quinto perro en tu vida?

Respondo:

—Sí, ¿por qué?

Y me dice, en estilo bíblico y estallando de risa:

—¡Porque cinco perros has tenido, y el que ahora tienes, no es tu perro!

18 LAS REFLEXIONES DE ROCCO

La Molly ya está sana y fuerte, y muy contenta en la casa de la familia Pires. Por tanto, mi viaje a Lima tuvo lugar el 23 de junio, horas antes de la víspera de San Juan que se anunciaba en la radio como el día más frío del año.

Abordé el bus de Ormeño a eso de las 4 de la tarde, y después de pasar la frontera en Desaguadero penetramos en la oscuridad de la noche, aunque el frío anunciado no lo sentimos para nada a causa de la buena calefacción del bus.

Así empieza otra experiencia inolvidable: La gran cantidad de fogatas encendidas en las colinas y en las aldeas del grande territorio de Puno para festejar la noche de San Juan daban la sensación de que a medida que nos sumergíamos en la noche, nos introducíamos en una gran joya o en una corona de piedras relucientes. Y el paso por los poblados nos hacía ver a la gente abrigándose junto a las fogatas encendidas junto a las puertas de sus casas o en las esquinas y en las plazas.

* * *

Para añadir a la magia de aquella noche de ensueño, el recorrido del bus era escoltado por una visión espectacular del planeta Marte que en este año 2003 se ha acercado a la Tierra.

Marte, del mismo color que las fogatas, como un dios de fuego se desplaza delante de nuestro bus, como si precediera las celebraciones de la víspera de San Juan.

Esta hermosa visión celestial espantó mi sueño, a pesar de estar tan cansado con los preparativos para las actividades de la CBUP. Sólo a ratos venía a mi mente que en Lima asistiríamos a un acontecimiento muy importante: La primera graduación de Maestría de la CBUP, entre cuyos graduandos destaca ¡un gato! Me refiero al “Gatito de la CBUP”, un muchacho tan interesante que desde ahora ya empezamos a extrañarle.

En esos momentos se producía en mi mente y en mi alma una extraña asociación entre la ceremonia de graduación que se avecinaba y el receptáculo resplandeciente de esta luminosa noche de San Juan.

* * *

En la mañana siguiente a mi llegada a Lima, me encuentro en un momento de aturdimiento, ordenando papeles y preparando una agenda para mis actividades que durarían un mes.

En eso llega de visita mi hermano Lázaro. Yo me siento un tanto culpable de no poderle atender como es debido, dado mi apresuramiento para terminar los preparativos antes de ir a la CBUP.

Entonces, tomo una copia de la última historia que había escrito, “Compartiendo el dolor”, que estaba a la mano sobre la mesa, y se lo doy a leer, para pasar el rato.

Le digo:

—Mientras se alista Elenita, lee esta historia que he escrito recientemente. También le di a leer la poesía que ha escrito mi pequeña hija Lili Ester y que está dedicada a su tierna perrita Molly.

A él le da curiosidad la poesía y comenta:

—Está bonita su poesía. Tiene ritmo y rima. . .

Luego se pone a leer la historia de principio a fin, y tras un largo momento de silencio siento que moquea y se limpia sus ojos humedecidos.

Le miro y le pregunto:

—¿Qué te ocurre? Estás llorando. .

Y responde:

—Lo que cuentas en tu historia también lo he experimentado yo. Hay que haberlo experimentado para poderlo comprender. Yo tengo un perro llamado Rocco que también fue operado como la Molly, claro, por otras razones porque es macho. Por eso sé lo que es pasar noche tras noche de insomnio a su lado, para atenderle, para hablarle, para ayudarle a sobrellevar el dolor. Porque sé por experiencia estas cosas es que el diluvio del llanto se me viene encima.

* * *

El momento es especial.

Muy conmovido, dejo de lado todo lo que estaba haciendo y me pongo a conversar con él.

Yo no le conocía a mi hermano en esta dimensión sentimental, y escucharle hablar me conmueve.

Me dice:

—A mi perro yo no le arrojé la comida al suelo, porque no me gustaría que nadie me arrojara la comida a mí así. Yo trato a un perro como quisiera que me traten a mí. Por eso siempre que le doy comida a un perro se lo alcanzo a su boca. ¡Cuánto más cuando se trata de mi propio perro, mi Rocco! Aunque se trate de un perro, a él le debo haber aprendido muchas cosas importantes en la vida. El me ha enseñado a reflexionar.

Le pregunto:

—¿Y qué le pasó a tu Rocco? ¿Algún accidente?

* * *

Mi hermano Lázaro procede a contarme con lujo de detalles la historia de Rocco, y me conmueve tanto que le digo:

—Por favor, escríbeme la historia del Rocco para darla a conocer a todo el mundo.

Y responde:

—Yo no soy bueno para escribir. Pero lo que sí te prometo es que le escribiré una carta a Lili Ester, contándole a grandes rasgos acerca de mi perro, e incluiré algunas reflexiones que he escrito a raíz de esa experiencia de atenderle a lo largo, no de una operación, sino de cuatro operaciones que tuvo que pasar.

* * *

Hacia el final de mi larga estadía en Lima, cuando ya me había olvidado de la promesa que me hiciera mi hermano, y me encontraba poniendo en orden mis maletas para mi regreso a casa en La Paz, llega mi hermano con una carta para mi pequeña Lili Ester. Y como el sobre estaba abierto, me pongo a leer:

Lima, 20 de julio del 2003

Niñita

Lili Ester Chávez:

Es muy agradable dirigirme a ti por medio de la presente, para encargarte que le des un beso y un saludo a tu mamacita de parte de tus tíos Lázaro y Edith.

Te cuento que he leído el poema que has compuesto para tu perrita Molly, a quien quieres mucho. También sé que la operaron y que está bien.

¡Qué coincidencia! Pues nosotros también tenemos un perrito que se llama Rocco. Tiene un año y medio; es de color negro con marrón en las patas y en el pecho, y pesa aproximadamente 55 kilos.

Pues a él también le operaron cuatro veces de sus codos porque le salieron unas protuberancias llamadas “bursitis”. Para que se sane tuve que darle sus medicinas a la hora indicada por su veterinario.

Dormí con él para cuidar que no se haga daño la herida, y para hablarle para que se tranquilice cuando tenía dolor.

Así estuve quince días viéndole. Ya está completamente sano. Es un perrito a quien queremos mucho y le cuidamos, porque el Señor nuestro Dios ha dicho del hombre: “Señoree sobre todo animal.” Y estas palabras, pienso, nos enseñan a amar y cuidar de los animalitos para que después demos cuenta a Dios de nuestros hechos cuando estuvimos en vida.

Yo no sé hacer poemas como tú, pero tengo un escrito intitulado “Reflexiones de Rocco”, y como es muy bonito te envió una copia junto con la foto de mi Rocco, para que te hagas una idea de cómo es él. Espero que te guste.

Bueno, mi querida Lili, he tenido el gusto de escribirte y te deseo muchas bendiciones del Señor nuestro Dios en unión de tus papis a quienes te pido que les quieras mucho y les obedezcas.

Hasta pronto, tus tíos Lázaro y Edith

* * *

A continuación incluyo las “Reflexiones de Rocco”, por mi hermano Lázaro Chávez. Una foto grande del Rocco ocupa la mayor parte de la página, y alrededor de ella están escritos los siguientes pensamientos:

Yo jamás he hecho una guerra; es el hombre que hace la guerra. Sin embargo, se suele decir: “¡Cuidado con el perro!”

Yo no hago trampas como el hombre. Sin embargo, en las entradas de los casinos está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no armo escándalos como los congresistas. Sin embargo, en la puerta del Congreso está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no tengo la intención de robar, como el hombre. Sin embargo, en los negocios está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no secuestro aviones, como los hombres. Sin embargo, en los terminales aéreos está escrito: “¡Prohibido el ingreso de los perros!”

Yo no blasfemo contra Dios, como lo hace el hombre. Sin embargo, en la puerta de la iglesia está escrito: “Afuera quedarán los perros”.

Esta es la recompensa al único verdadero y fiel amigo del hombre, al cual pide solamente un poco de pan y alguna caricia.

MORALEJA: ¡Perros de todo el mundo, uníos! No se engañen: Vuestro enemigo no es el gato; es el hombre.

19
EL CUCHICITO HIGINIO



El Abuelito Higinio partió a la presencia del Señor el 8 de mayo del presente año, 2017. Y nos dejó de herencia a su viuda, doña Olguita, respecto de quien le prometimos mi esposa Amanda y yo, que la cuidaríamos con mucho amor. A propósito, Amanda es hija del Abuelito Higinio con su primera esposa que se llamaba Amelia, que ya está en la presencia del Señor, pero cuida de Olguita como una hija. Yo, igual.

Para darle la debida atención, alquilamos para ella en el Edificio Alcázar un departamento muy pequeño, como de juguete, que se encuentra a seis cuabras de nuestro departamento en el Edificio Alameda, de El Prado. Allí tomamos desayuno juntos, y asimismo tenemos juntos el almuerzo. En el anochecer ella se prepara algo, o disfruta un tecito con sus visitas que nunca le faltan, sobre todo sus vecinos de al lado, Rut y Enrique, que son un amor.

Ella nunca está sola.

* * *

La Olguita perdió la vista a los cinco años de edad. Por eso para ella siempre era más difícil orientarse que para el Higinio, quien le sirvió de ojos a lo largo de los 21 años que estuvieron casados. Por eso, aparte de sus comidas tenemos que estar pendientes de muchas otras cositas en su departamento.

Una de esas cosas que debemos controlar en su departamento es el calefón, el calentador eléctrico de agua. Si dejamos prendido el calefón todo el tiempo, su cuenta de la electricidad sube hasta las nubes. Por eso tuvimos que acostumbrarnos a la disciplina de encender el calefón cuando entramos a su departamento, y apagarlo cuando salimos.

Al comienzo fue muy difícil acostumbrarnos a atender este detalle, a causa de distintas distracciones que ocurrían desde que la saludábamos al entrar. Pero yo encontré la solución: En un rincón de nuestro departamento hallé un chanchito que le había servido de alcancía a nuestra pequeña Lili Ester. Tiene nueve centímetros desde su hocico hasta su cola que es como un rulito pegado a su potito.

Dicho sea de paso, como usted bien sabe, a los chanchitos se los ha agarrado de bajada para convertirlos en alcancías. Usted no verá un perro de alcancía, o un conejo, y menos un gato. Sólo a los chanchitos, que aquí en Bolivia se les llama “cuchicitos”, y en Celendín se los llama “cohecitos”.

* * *

Es un chanchito de yeso pintado de rosado, el color de los chanchitos de lujo en la vida real. Es una caricatura de chancho, porque es redondo como una pelota de jebe: A una pelota se le ha puesto delante un hocico pequeño y atrás una colita que de pequeños más parecen dibujados que en relieve.

Ese chanchito que estaba puesto junto al teléfono de la sala, ya sin dinero, porque Lili se lo había comido de pequeña nomás, me hacía acordarme del Abuelito Higinio, no porque él se pareciera a un chanchito, sino porque él le tenía un amor eterno a los chanchos, a quienes se refería con la palabra “cuchicito”, que viene del quechua *cuchi*, “chancho”.

Cuando el Abuelito Higinio se refería a los “cuchicitos”, se deshacía en palabras de *quasi* veneración, porque para él en la vida terrenal no había nada parecido a un “cuchicito”. ¡Qué lástima que en el cielo no hayan cuchicitos! Aunque vaya usted a saber. . .

* * *

Tomé este cuchicito que yo le llamé en mi corazón, “el Cuchicito Higinio”, y se lo llevé a la Olguita, para que sirviera para hacernos recordar de prender o de apagar el calefón. Para mí, en el fondo de mi corazón es el “Cuchicito Higinio”, pero nunca lo llamé así delante de la Olguita por respeto a su sensibilidad. Ante ella, yo lo llamaba el “Chanchito Calefón”, y ella lo llamaba “El Chanchito Calefón Calefón”, con nombre y apellidos.

Gracias al Cuchicito Higinio o al Chanchito Calefón Calefón la cuenta de la electricidad ha bajado considerablemente, porque sólo de verlo, eso estimula nuestros jocosos comentarios y nuestra memoria para saber lo que se debe hacer al comienzo y al último de cada visita que le hacemos a la Olguita.

Al final de cada visita mía a la Olguita, me despido diciéndole: “Te dejo en compañía de tu Chanchito Calefón Calefón.” Aunque en mis adentros le digo: “Te dejo con tu Cuchicito Higinio!” —que ocupa un lugar central en su mesa-comedor—.

Ella no palpa y se muere de risa.

¡Da ganas de comérselo, de puro gracioso que es!

* * *

Un día le digo a Olguita:

—Me estoy llevando tu cuchicito a mi casa. Como ahora es Halloween y Todos los Santos, no te vayas a asustar cuando palpés en tu mesa y no lo encuentres a tu chanchito. No vayas a pensar que el Higinio ha venido a visitarte y de paso se ha largado llevándose tu cuchicito.

Esto no es broma. Muchas cosas espeluznantes ocurren en Halloween y Todos los Santos. Y si yo no tengo la precaución de ponerla sobreaviso, las consecuencias podrían ser de lamentar.

Pero, ¡qué atrevimiento el mío! ¡Que después de haberle regalado el chanchito, y después que ella se ha encariñado tanto con él, yo me lo lleve a mi casa!

La pobre Olguita exclama, sobre-exaltada:

—Pero, ¿para qué lo lleva usted a mi cuchicito?

Y le respondo:

—Para que la Amanda le tome su fotografía.

* * *

Efectivamente, se requería su foto para la cubierta del volumen de historias que lleva por título, *El Cuchicito Higinio*, que le hemos regalado a Olguita por Todos los Santos. Después de la foto, el chanchito ha vuelto a hacerle compañía.

Y a propósito del Chanchito Higinio, o del Chanchito Calefón Calefón —como tú quieras llamarlo—, te contaré una anécdota muy a tono con Halloween:

Se cuenta de un chanchito pequeño, que un día se puso a explorar su cuerpecito gordito, y un tanto preocupado a causa de lo que finalmente descubrió, le preguntó a su mamá:

—¡Mamita! ¡Mamita! ¿Por qué tengo un güequito debajo de mi rabito?

Y su mami le respondió:

—Porque si lo tuvieras en la nuca, serías alcancía.

* * *

Para mañana, día de Todos los Santos, toda la familia tenemos planeado hacerle al Abuelito Higinio una visita en el Cementerio “Los Jardines del Paraíso” en Huajchilla, para deleitarnos con su presencia y sus recuerdos, y disfrutar en su honor de los placeres de la carne. Más concretamente hablando, nos deleitaremos con el “cuchicito”, que tanto le gustaba a él, y que tanto él veneraba por sobre todas las cosas.

Entonces, la Olguita exclama:

—¡Ay, no doctor! ¡Por favor, no!

Le pregunto:

—¿Por qué no, Olguita?

Y responde, con una sonrisa de oreja a oreja:

—Porque al oler el cuchicito, ¡¡¡el Higinio es capaz de salirse de su tumba!!!

20
MI PERRO ES EL MEJOR



Antes de que la Molly viniese a formar parte de nuestra familia y de nuestra vida, la Lili Ester tuvo a su Qatánchik. No era un perro entrenado, educado, ni mucho menos obediente, pero era el mejor perro del mundo, ¡porque sique era su perro de la Lili Ester!

La Lili tiene ocho años de edad, la edad cuando yo también tuve mi primer perro, como lo narro en la historia que aparece al final de este libro, y que lleva por título “La maja desnuda”. De modo que yo sé lo que significa tener su propio perro a esta edad.

En realidad, éste fue el primer perro de su propiedad.

* * *

Lili Ester venía pidiéndonos un perro desde hace más de un año. “La Osita tiene su perro que se llama Ricky Martins” —insistía—. Pero nosotros no contábamos con un lugar apropiado para tener uno.

Ella quería adoptar cualquier perro callejero que se cruzara en su camino, no importaba cuán mapioso y desventurado fuera. Y para desgracia nuestra, ella parece tener un especial appeal o atractivo para los perros de toda la ciudad.

Su interés por los perros la llevó a convertirse en especialista. Ella podía reconocer las diferentes “marcas registradas de perros”: Dálmatas, salchichas, bull dogs, pequineses, puddles. Llegó a desarrollar una especial habilidad para distinguir los perros chapis de los de raza y pedigree, hasta el punto de establecer la cantidad de sangre azul que había de por medio.

* * *

Cierto día, cuando yo me encontraba trabajando en la universidad en Lima, muy temprano en la mañana ella me llama por teléfono desde La Paz. Muy emocionada me dice:

—Papi, quiero revelarte algo muy importante: Se nos está ofreciendo la gran oportunidad de tener un perro fino, de marca, nuevo de paquete. Se trata de un Fox Terrier de 400 dólares, ¡y completamente GRATIS! ¿Lo aceptarías tú en casa? Mi mamá ya ha dicho que sí. —Como se vé, ella siempre acudía primero a “las ligas mayores”—.

Una familia, amiga nuestra, quería obsequiarnoslo porque tenían confianza en nosotros en lo que se refiere a un trato ejemplar. Previamente, la Lili ya había convencido a su mamá que era el obstáculo más difícil de vencer, ya que ella les tiene miedo a los perros: A los gigantescos grand daneses, a los diminutos chihuahuas y a los perros en la pantalla de televisión. Sólo faltaba obtener la aprobación mía, y como la Lili conoce a fondo mi parecer, añadió:

—Es su hermanito del perrito que le ha tocado a la Tere. Tiene tres mesecitos, es chiquitito y no va a crecer. ¡Exactamente como dices que a ti te gusta!

* * *

Le dije que faltaba poco para mi regreso a casa y que esperara mi llegada para que yo mismo viera qué clase de perro quería introducir en nuestra familia.

Ella aceptó mi propuesta con tan extraña humildad y sumisión, que tras cortar la llamada yo me quedé conmovido y pensativo.

También me llamó Amanda y le comenté de mi grata sorpresa por los cambios operados en su ser. Y ella responde:

—Es que está enamorada del perro. Aquí también se está comportando de maravilla, como una niña ejemplar, tanto, tanto, tanto, ¡que de veras me asusta!

* * *

Durante el día y la noche cambié de parecer. Viéndolo por el lado amable, tarde o temprano tendríamos un perro en casa —pensé—, y quizás la oportunidad había llegado. ¿Por qué entonces no proceder de la manera que nos deje los mejores recuerdos?

Al día siguiente le llamé a la Lili y le dije:

—Si a ti te gusta ese perro, yo lo acepto. A mi llegada espero encontrar en casa al nuevo miembro de nuestra familia. Yo sé que mi trabajo de limpieza, tanto en la casa como en los alrededores y en el patio, se va a incrementar. Pero yo me comprometo a mantener todo limpio para que nuestros vecinos no se incomoden.

* * *

Mi viaje de regreso a La Paz estuvo colmado de ansiedad por conocer al perro. ¿Cómo será? ¿Tendrá buen carácter? ¿Tendrá buenos modales?

Nuestra pequeña Lili Ester es hija única, pero ella no sufre de soledad pues es una chica muy popular en el Colegio Boliviano Israelita (CBI), y a menudo tenemos a sus amiguitos en casa. Pero ella siempre quiso tener un hermanito para seguir jugando con él cuando todos sus amiguitos se hayan ido a sus casas y ella se quede nuevamente sola. Ante la imposibilidad de tener un hermanito, ella nos dijo que se contentaba con un perro.

Una vez en casa después del largo viaje por aire y tierra desde Lima a La Paz, lo primero que hice fue ver al perro. Allí lo tenía la Lili recostado sobre una caja abierta, con su cabeza sobre una almohada que ella misma había confeccionado con anticipación, y tapado con una linda frazadita que no alcanzaba a cubrirle ni las patas ni el rabo. Es que el perro era el triple en tamaño de lo que se me había dado a entender por teléfono. ¡Imagínese que a su almohadita ahora la mastica como si fuera chicle!

Además, su perro de la Lili es trompudo, bigotón y de ojos profundamente enamorados. ¡Un perro chapi!

Le pregunté a la Lili:

—¿Ya le has puesto nombre?

Y respondió:

—Se llama Qatánchik Rufo Peña Chávez.

* * *

Qatánchik era el nombre de un perrito que nos prestaron cierta vez en Lima, y significa “chiquito” en hebreo. Pero “Rufo”, le pregunté:

—¿Y de dónde diablos has sacado el nombre “Rufo”? ¿Por qué no le has llamado “Mallku” o “Evo”, que están de moda? ¿Por qué no le llamas “Bigotón” o “Pokemón” o “Liloco” o “Lilón”?

Y respondió:

—Porque cierta noche tuve una pesadilla con un perrito muy interesante que se llamaba Rufo.

Al reflexionar respecto del apellido materno, “Chávez”, comenté:

—Por lo que veo, a mí me han puesto de mamá. . .

Y efectivamente, Amanda, fiel a su promesa, nunca se preocupó por atender al Qatánchik cuando se hacía pis en nuestro apartamento. Toda la carga la asumí yo. Pero el perrito ha aprendido muy pronto a indicar que quiere ir al baño, y ha dejado de ser un problema. Lo hace temprano cada mañana parándose sobre mi pecho en la cama. El se ha convertido en mi reloj despertador.

* * *

Aquella noche cuando llegué a La Paz, mientras el Qatánchik dormía plácidamente, la Lili sacó de su bolso un papel sucio y corrugado que contenía instrucciones acerca de su flamante perro, y leyó: “He nacido el 28 de junio. Mi papá es Fox Terrier de pura raza. Mi mamá es mestiza, porque su papá es Fox Terrier y su mamá es chapi. Soy muy cariñoso y me gusta jugar mucho antes de dormir.”

Yo comento:

—Lili, si Dios nos ha dado un perrito, nosotros seremos muy responsables y cuidaremos de él con todo nuestro amor. Pero tú también tienes que hacerme la promesa solemne de que cada vez que juegues con el perro, después te lavarás las manos con agua y jabón.

* * *

Amanda no tardó en enamorarse del Qatánchik. Ella es quien se ocupa de que no le falte su leche Pil Fortificada y sus deliciosos chorizos con verdadera carne de res marca Krokant en cuya caja está escrito: “SOLO PARA PERROS. . . ¡NO INSISTA!”

El Qatánchik está vacunado y es muy aseado, y nuestra pequeña Lili juega con él hasta el cansancio, como si se tratase de un peluche viviente. Y radiante de alegría lo llama “mi hermanito”.

Ella lee el borrador de esta historia y enérgicamente me hace una sola observación:

—No lo llamo “mi hermanito”. ¡Es mi hermanito!

El Qatánchik no se da tregua para jugar con nuestra Lili. Ella le hace “carretilla” y baila tango con él. Pero cuando llegan dos o tres de sus amigas, él se escapa y las mira detrás de la puerta. Y se escapa otra vez, como pensando: “Con una sí, ¡pero con tres, jamás!”

Pero todo es en vano porque dice la Lili que él es el “regalo prometido” y el juguete preferido.

* * *

Ahora la Lili está satisfecha, pero no ha dejado de contemplar compasivamente a los perros callejeros, y con creciente tristeza comenta:

—¡Pobres perritos! Ellos pueden encontrar algo de comida en las bolsas de basura. Pero. . . ¿y el agua limpia para calmar su sed? ¿Dónde pueden encontrar agua en las calles de cemento? Y si la pudiesen encontrar, sólo sería agua contaminada con venenos. Si ellos siquiera pudiesen decir la palabra “agua”. . . Pero no pueden hablar. . .

Mientras le escucho en silencio, pienso en los niños abandonados a su suerte, sobreviviendo en las calles, chocándose a cada paso con corazones de cemento. Y vuelvo a pensar: “Pero los perritos están muchísimo peor, porque ni siquiera pueden hablar.”

Entonces la Lili Ester propone sugerirle al alcalde de La Paz, el Dr. Juan del Granado, que en cada plazuela o en las avenidas de la ciudad existan bebederos especiales para los perritos callejeros, para que aplaquen su sed.

* * *

Como el Qatánchik llegó a nuestro hogar en el día de San Francisco de Asís, el Santo Patrón de la Ecología, yo lo miro muy de cerca, pegando mis ojos a sus ojos inocentes, y le digo con simulada severidad:

—Hermano Qatánchik. . .

Pero como al estilo del Chavo del Ocho él se alegra y se emociona demasiado, le advierto:

—Hermano Qatánchik, no te acerques mucho. . .

Parafraseando de este modo las palabras del Logo de Gubbia al Santo de Asís.

* * *

Cierto día mi pequeña Lili Ester me hizo una apuesta: Se trataba de escribir la historia de nuestro perrito Qatánchik, yo escribiría mi historia por mi lado, y ella la suya por su lado, sin que ninguno de los dos intentara plagiar.

Ella me pidió que yo mismo estableciera el monto de la apuesta. Como ella me dijo que tenía en su chanchito 40 bolivianos, acordamos que el monto fuera 40.

Al rato me dijo que su historia ya estaba lista. ¡Yo no lo podía creer! Veinte años me ha costado a mí escribir 1.001 historias. Yo ni siquiera había terminado el primer párrafo de la mía. . .

Luego vino la confrontación de nuestras historias, y pidió que primero yo leyera la mía.

Cuando terminé de leer la presente historia, ella dijo emocionada:

—Tu historia es infinitamente superior a la mía. ¡Realmente tú has ganado!

Se dirigió a su cuarto y trajo la suma de la apuesta. Pero yo protesté porque eran 40 centavos de boliviano.

Le dije:

—¿Y los 40 bolivianos?

Respondió:

—Yo dije 40. Yo no dije 40 bolivianos ni 40 dólares. Yo sólo dije que en mi chanchito tenía 40 bolivianos. ¿Verdad mamá?

Su mamá le da la razón.

En este momento Lili trae su historia acerca del Qatánchik, la cual se resume en las siguientes palabras: ¡MI PERRO ES EL MEJOR!

A mí me parece que es sólo el título de su historia. Pero como ella ha abusado de mi nobleza, yo me adueño de este título y se lo pongo a mi presente historia. Y si demanda derechos de autor, mi coartada es esta: Este es el título de mi historia; no es su historia de ella. ¡Jojolete!

21
MI FALSO GRINGO
Por Melisa Tarifa



Después de concluidos mis estudios de Medicina Veterinaria pasé a la agotadora labor de investigación científica que requería mi Tesis de Grado, trabajando al lado y bajo la dirección de mi Asesor Académico nombrado por mi Universidad. Pero esto en sí no era tan agotador; lo que realmente me agotaba era el largo trajín diario para llegar a las instalaciones adjuntas al Zoológico de Mallasa, que se encuentra en un suburbio al sur de La Paz, a mano izquierda de la ruta que conduce al puente de Irpavi y más al sur a la extensa área cultivada de Avircato que provee gran parte de las verduras que se venden en La Paz.

Después de cada día de intenso trabajo en el laboratorio en Mallasa y en la atención médica de los animales del Zoológico, empezaba mi retorno a casa, subiendo por la misma pista que conduce a La Paz.

Está demás decir que esta larga labor me mantuvo un tanto distanciada de mis mascotas queridas: Un perro engreído llamado Chico y un gato más engreído aun llamado Gringo. A ellos sólo podía acariciar temprano cada mañana y tarde en la noche. El resto del día ellos dos me esperaban con ansiedad, pero contaban con la compañía continua de mi

sobrino Adrián, de tres años de edad. Su madre, mi hermana María de los Angeles, y mis padres que se turnaban para que ellos tres no estuviesen solos ni un momento; una labor bien programada, dadas sus actividades en el banco y sus otros centros de trabajo.

* * *

Cierto día, al volver agotada de mi diaria labor en el laboratorio veterinario de Mallasa, me encuentro con una ingrata noticia: De alguna manera mi travieso sobrino que jugaba con mi gato hizo que se resintiese y se mandó a mudar de la casa para no regresar durante el santo día. Al volver de Mallasa yo no lo encontré en casa.

La espera de su regreso fue larga y desesperante. Y en esa noche fría, contrastada con mis días abrigados en la depresión geográfica donde se esconde el Zoológico de Mallasa, no hubo quien abrigase mis pies.

Esto se repitió en las noches siguientes porque mi adorado Gringo no volvió, a pesar de todos los anuncios que pusimos en facebook y en las redes sociales de internet acompañando a su foto este texto:

**Mi nombre es Gringo.
Ayúdame a volver a mi casa.
Me perdí por la calle Ruperto Jurado, zona Alto Tejar.
Si me has visto, ayúdame a encontrar mi casa.
Mi familia está muy preocupada por mi pérdida.
Por favor llama al celular 78940971.
Me perdí el jueves 6 de mayo del 2022.
Como verás por mi foto,
soy angora de color blanco con naranja.
Se dará recompensa por ayudarme
a volver con Melisa, mi mamá.**

* * *

Cierta mañana después de varios días tocó la puerta de la casa una señora de la zona de Alto Tejar que tenía a mi Gringo en sus brazos.

Por cierto, yo no estaba en casa en ese momento. Yo me encontraba en Mallasa, en mi centro de labor, y lo que paso a referir se ciñe a la historia que me refirió mi madre.

Me dice mi madre que la alegría de todos en casa era grande: El Gringo había vuelto. Los anuncios en las redes sociales habían logrado tocar los corazones de tantas personas que comparten el más tierno amor por estos seres vivientes que cultivan con nosotros un diálogo vital.

* * *

Le dijo la señora, aun teniendo en sus brazos a mi Gringo:

—Hemos visto los anuncios acerca de este lindo gatito, y nos ha apenado mucho que se hubiese perdido en medio de tanto peligro que hay en esta trajinada parte de la

ciudad. Pero al cabo de unos días lo vimos vagando en la calle, intentando pasar la calzada. Y cuando le ayudamos a pasar deteniendo el tráfico con nuestras manos en alto, pudimos levantarlo en nuestros brazos para llevarlo a nuestra casa.

Ella continuó refiriendo con detalle cada momento pasado al lado de mi Gringo:

—Por su foto en internet supimos su nombre, Gringo. El se mostró alegre al escucharlo de nuestros labios, y agradecido de nuestro cariño se hizo amigo de nuestro perro y de nuestros niños pequeños. Pero como teníamos la dirección de su mami, sabíamos que haríamos mal en retenerlo en casa, lejos de ella que lloraría por verlo volver.

* * *

Al día siguiente llevó a mi Gringo a nuestra casa.

Mi madre abrió la puerta y dio un grito de alegría al verlo volver sano y salvo, y de inmediato, en presencia de dicha señora me llamó por teléfono para darme la grata noticia: “¡Tu Gringo ha vuelto! ¡Una señora muy buena lo ha encontrado cruzando la calle Ruperto Jurado y lo ha librado de ser atropellado por los carros! ¡Ella lo ha traído a casa, y él alegremente ha vuelto a jugar con el Chico, su mascota!”

Todo el santo día no ví otra cosa que el paso de las horas hasta que llegase el momento de volver. Y al entrar a casa, mi Gringo y mi Chico corrieron para darme la bienvenida, y a ambos intenté sostener en mis dos brazos.

Como siempre mi Gringo subió a mi cama y me esperó para abrigarme los pies.

La dicha era general. Era para nosotros un gran día de fiesta.

* * *

Pero yo soy su madre, y como su madre que soy, pronto vi algo extraño en él; no en su aspecto y su color blanco con naranja, sino en su aire personal. Lo observé con cuidado y una sombra de tristeza envolvió mi alma.

El no era mi Gringo. Pero como parecía encantarle este nombrecito que da honor a su aspecto choco, todos en casa decidimos tras un cuarto intermedio que se llamaría Gringo como a nuestro gatito que partió para no regresar.

Pronto mi Gringo se acostumbraría a verme sólo de mañana y al anochecer, pero estaba consciente de ser amado y cuidado por todos, y en especial por mi Chico con quien jugaba como si fuera su mascota.

También se las entendía con Adrián, su torturador.

* * *

Pasaron varios días y ocurrió con mi Gringo algo muy conmovedor: El regresó a casa, como si nada hubiera ocurrido, como si no pensase en el sufrimiento que nos había ocasionado.

Yo le cuento esta historia a mi amigo Moisés cuando me preguntó acerca de mi gato y mi perro. Yo le digo:

—Te cuento que ya no tengo un gato. . .

Debí ser más específica porque él me interrumpió diciendo:

—¿¿¿Qué le pasó a tu gato???

Y le aclaré:

—Ya no tengo un gato; ahora tengo dos gatos. Tengo dos gatos y un perro. . .

Cuando acabo de contarle esta historia, él me dice:

—¿Y cómo has solucionado el problema de que los dos gatos se llamen igual?

Y le respondo:

—A mi primer gato le sigo llamando Gringo. Y al segundo le llamo “Falso Gringo”.



Mi Gringo y mi Falso Gringo

Y me dice, riendo:

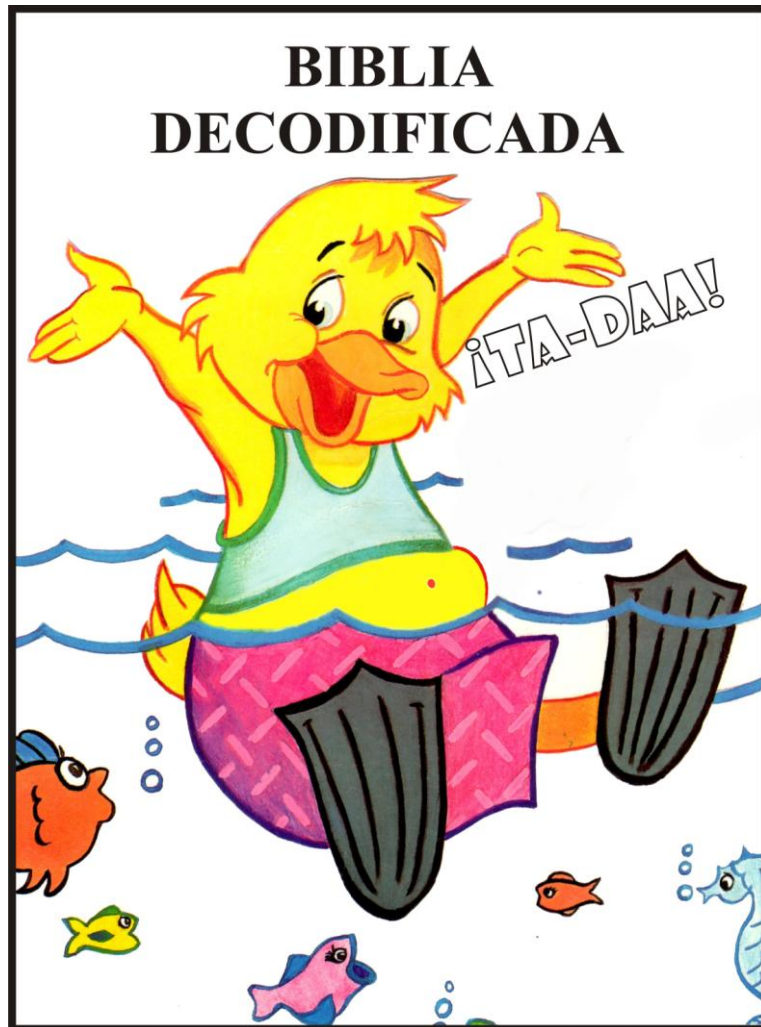
—¡Menos mal!

Le pregunto:

—Menos mal, ¿qué?

Y me dice:

—¡Menos mal que no le has llamado Falso Conejo! Porque en el fondo los gatos son muy orgullosos y no aguantan pulgas. Tú sabes. . .



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ



BIBLIOTECA INTELIGENTE

| Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace “Inicio” diviértete con “El Changuito de la Biblioteca Inteligente” y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip “Caminando por la Vida”.


Luego ingresa al enlace “Biblioteca Inteligente” y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace “Antologías de Historias Cortas” y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



**LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP**

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE Y MUSEO DE LA BIBLIA
(Al pie, empastados en color azul están los originales de la Biblia RVA)**





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651